A. FIODOROV

El Comité Regional clandestino actúa

Alexei Fiódorov

EL COMITE REGIONAL CLANDESTINO ACTUA

*

ALEXEI FIODOROV
DOS VECES HEROE DE LA UNION SOVIETICA

EL COMITE REGIONAL CLANDESTINO ACTUA

★

Fondo de Cultura Popular A. C.
México D. F.

El autor del libro, Alexei Fiódorov, dos veces Héroe de la Unión Soviética, dirigió la organización bolchevique clandestina de la región de Chernígov y fué el jefe de uno de los destacamentos guerrilleros más importantes (en la retaguardia enemiga) de Ucrania.

Este verídico libro relata cómo la población soviética, inspirada por pequeños grupos bolcheviques, fué uniéndose poco a poco para luchar contra los invasores alemanes.

Alexei Fiódorov abarca en sus recuerdos sólo la primera etapa de esta lucha, el año 1941, período en que se reúnen y concentran las fuerzas bolcheviques en la clandestinidad y madura la ira popular.

El lector ve a Fiódorov cuando solo, en un carro campesino, entra en la región donde antes de la guerra había dirigido la organización regional del Partido. Al final del relato vemos a Fiódorov rodeado de muchos centenares de bolcheviques del Partido y sin partido, que constituyen una fuerza temible para los nazis. El pueblo que ha creado un nuevo régimen social, donde no existe la explotación del hombre por el hombre, es invencible.

Tal es la deducción fundamental de este notable libro, en el que resalta con profundidad y brillantez la grandeza de espíritu de los sencillos hombres soviéticos que lucharon tenaz y valerosamente contra el enemigo en las difíciles circunstancias del terror fascista.

Printed in the Union of Soviet Socialist Republics

LIBRO PRIMERO

LOS COMUNISTAS PASAN A LA CLANDESTINIDAD

PALABRAS DEL AUTOR

Los cuatro años de guerra contra la Alemania fascista han sido los años más difíciles y los más importantes de mi vida. Y no sólo de la mía. La mayoría de los ciudadanos de nuestro país puede decir lo mismo.

Cúpome en suerte ver, sentir y reflexionar mucho. Es una lástima que no llevase un diario. Pero tengo buena memoria y si algunas cosas no menciono es, sin duda, porque no son muy importantes o, quizás, porque no las conocí a fondo. Quiero relatar únicamente aquello que he visto con mis propios ojos, o, cuando menos, lo que conozco con toda seguridad.

Durante la guerra he desempeñado distintos cargos. Era el secretario del Comité Regional del Partido Comunista (bolchevique) de Chernígov (Ucrania) y continué ejerciendo el mismo cargo en la clandestinidad al ser ocupada la región por el enemigo. Más tarde fuí también secretario del Comité Regional de Volinia y mandé asimismo una de las unidades más importantes de guerrilleros de Ucrania.

Los comités de Chernígov y Volinia agrupaban a miles de comunistas y jóvenes comunistas, que por una u otra causa habían quedado en la retaguardia enemiga, a centenares de células del Partido y de las Juventudes, a decenas de destacamentos guerrilleros y grupos de resistencia. Todo esto constituía una fuerza importante.

Solamente la unidad a mi mando exterminó a más de 25 mil invasores alemanes y sus secuaces; provocó el

descarrilamiento de 683 convoyes de tropas y material de guerra: aviones, tanques, camiones, piezas de artillería e hizo volar 8 trenes blindados con todos sus equipos. Nuestros dinamiteros volaron 47 puentes ferroviarios, 35 mil metros de vía férrea, 26 bases petroleras y depósitos de combustible, 39 polvorines y depósitos de ropa. Las minas colocadas por nuestros guerrilleros hicieron saltar por los aires 12 tanques y 87 autos. Estas cifras están muy lejos de reflejar todos los daños inferidos al enemigo por nuestra unidad guerrillera. El Gobierno ha valorado altamente sus hechos de armas: baste decir que 19 combatientes y jefes ostentan el título de Héroe de la Unión Soviética y varios miles han sido condecorados.

Con esta resistencia armada ante los invasores, con esta lucha desigual, los comunistas en la clandestinidad y los guerrilleros supieron levantar el espíritu del pueblo, demostrándole que el Partido Comunista y el Poder soviético vivían en Ucrania, y que no estaba lejana la hora en que sobre Ucrania volvería a brillar el sol de la Constitución Staliniana.

Tal vez mi relato carezca de hilación y colorido, pero trataré con toda sinceridad bolchevique de contar cómo los comunistas en la clandestinidad y los guerrilleros de Chernígov y Volinia han luchado por la libertad y la independencia de nuestra Patria.

CAPITULO PRIMERO

BOMBAS SOBRE CHERNIGOV

ERA DOMINGO, y acababa yo de regresar de un viaje a unas importantes obras situadas a doscientos kilómetros aproximadamente de Chernígov.

Durante el viaje nos sorprendió un aguacero. La carretera se convirtió en un lodazal, el coche empezó a patinar y, por último, quedó atascado. Para colmo, nos dimos cuenta de que nos habíamos olvidado de comprar cigarrillos. Todo esto nos parecía una gran calamidad. Y no era para menos: nos encontrábamos atascados en el campo, bajo la lluvia, con la perspectiva de una noche en vela y, por añadidura, sin nada que fumar.

Durante la noche intentamos varias veces desatascar el coche. Todos estábamos mojados y sucios. Hasta las diez de la mañana no conseguí llegar a casa. Tenía hambre y sueño. Recordaba las impresiones del viaje: la entrevista con los constructores, las limpias y cuidadas viviendas colectivas, los ricos trigales en sazón que se alzaban como una muralla a ambos lados de la carretera y los campos cercanos cubiertos de pequeños arbustos de "cok-saguís", planta cauchera, que muy recientemente habíamos empezado a cultivar en la región de Chernígov y de la cual tanto nos enorgullecíamos. . .

Estaba quitándome las botas empapadas, soñando con tenderme sobre el diván, cuando en la habitación entró mi mujer.

— ¡Por fin! —exclamó—. Más de diez veces te ha llamado por teléfono la misma persona, que no ha querido dar su nombre. La primera vez eran las siete de la mañana y no hace más que llamar y llamar...

No había terminado de decírmelo, cuando volvió a sonar el teléfono. Levanté el auricular.

— Alexei Fiódorovich, ¿me oye? Alexei Fiódorovich...—el que hablaba estaba evidentemente emocionado, repetía mi nombre y patronímico e intercalaba sin cesar las palabras "¿me oye?", "pues verá". Me costó trabajo comprenderle. No se decidía a pronunciar la palabra "guerra".

Me volví a enfundar la bota mojada, tomé del plato un trozo de empanada y bebí, en el mismo jarro, unos tragos de leche. Mi aspecto debía ser bastante extraño, porque mi mujer no hacía más que mirarme alarmada. Le conté lo ocurrido, me despedí de todos, salí de la casa y me dirigí al Comité Regional.

Hasta después de la guerra no volví a pisar mi casa.

En el Comité Regional, a excepción del compañero de guardia, no había nadie. Llamé a Kíev, a Nikita Serguéievich Jruschiov, secretario del Comité Central del Partido Comunista (bolchevique) de Ucrania. Las ideas se agolpaban en mi cabeza. "La guerra con los fascistas... Claro, tarde o temprano tenía que comenzar... ¡Serenidad! ¡Organización! ¿Conseguirán sus aviones llegar a Chernígov?... ¡Ah, qué cosecha, qué cosecha tan maravillosa! —y recordé las murallas de los trigales a los lados de la carretera—. ¿Cómo recogerla ahora?..."

— ¿Es usted, Nikita Serguéievich? Soy Fiódorov, de Chernígov...

Jruschiov hablaba serenamente, en voz algo más baja que de costumbre. Me contó que los alemanes habían bombardeado Zhitómir y Kíev, que en algunos lugares habían sido arrollados nuestros puestos fronterizos.

Después, el camarada Jruschiov me dió algunas instrucciones prácticas.

Media hora más tarde estaban reunidos en mi despacho los miembros del Buró del Comité Regional.

A las doce habló por radio el camarada Mólotov.

En el transcurso de aquel día tomé parte en varios mítines.

En la mañana del 23 de junio aparecieron sobre Chernígov aviones enemigos de exploración.

* * *

Los primeros días de guerra fueron de particular intensidad. Tanto en la región como en la ciudad se movilizaba con rapidez a la gente; en Chernígov iban formándose unidades militares. Miles de hombres llegaban desde todos los distritos en tren, en camión, en carro o simplemente a pie.

Todos trabajaban con abnegación. Unos mil quinientos koljosianos, obreros, empleados y amas de casa habían salido a construir fortificaciones. Aparte de ese trabajo, realizado de un modo planificado, los vecinos se pusieron a construir refugios y cavar zanjas en cada patio y a llevar arena a las bohardillas.

Yo viajaba continuamente: recorrí las fábricas que sobre la marcha comenzaron a producir material de guerra, visitaba todos los días los centros de reclutamiento. Tenía que hablar, explicar, levantar los ánimos. Al llegar la noche, me encontraba completamente afónico.

Pero también por las tardes y por las noches celebrábanse reuniones, entrevistas con los jefes de las unidades, con los directores de las empresas, con los secretarios de los Comités de Distrito. No dormía más de tres horas y ni siquiera de un tirón. Pasábanse días enteros sin que viera a mi mujer ni a mis hijos.

Tampoco conseguí estar con la familia el día en que

abandonó Chernígov. Llegué a la estación un minuto antes de la salida del tren y mientras abrazaba a mi mujer y a mis hijos, despidiéndome de ellos, el tren arrancó y tuve que saltar en marcha.

Un solo sentimiento nos embargaba a todos: la responsabilidad.

Nuestro razonamiento era éste: somos comunistas, y además dirigentes, por lo tanto respondemos de los hombres, del patrimonio popular, de la libertad del pueblo. Sólo teníamos una obsesión: trabajar. La conciencia no nos permitía el menor reposo. Un compañero muy bueno y sincero decía que le daba vergüenza acostarse en la cama y dormir.

Sobre Chernígov aparecían cada vez con mayor frecuencia aviones enemigos de exploración. El empalme ferroviario fué lo primero que bombardearon. Era la noche del 27 de junio. Media hora después del bombardeo, ya me encontraba allí. Vi a las primeras víctimas de los fascistas: dos mujeres muertas y un niño destrozado por la explosión. Trataba de permanecer sereno, pero no podía reprimir un estremecimiento. Mi mente se negaba aún a admitir aquello. Me parecía que se trataba de un terrible error, de un accidente nefasto, y que bastaría tomar medidas para que nada de eso volviera a repetirse.

El 28 de junio llegaron a Chernígov el camarada Malenkov, secretario del Comité Central del Partido Comunista (bolchevique), y el Mariscal de la Unión Soviética Budionni. La reunión, mejor dicho, la charla con ellos, duró más de tres horas. Recorrimos la ciudad, examinamos los objetivos militares y, cuando regresamos al Comité Regional, el camarada Malenkov fué requerido al teléfono por el camarada Stalin. Aquella misma noche los representantes del Cuartel General abandonaron Chernígov.

Menciono esta entrevista porque tanto a mí, como a los demás camaradas que participaron en ella, nos

animó y nos situó en la realidad. Empezamos a comprender que la guerra era *un trabajo,* un trabajo sistemático, planificado y concienzudamente meditado, de una tensión y una envergadura nunca vistas.

* * *

Antes del discurso que el camarada Stalin pronunció por radio el día 3 de julio de 1941, nadie en nuestra región había pensado en la preparación del Partido para la clandestinidad, nadie se había preocupado de la organización de destacamentos guerrilleros. Confieso que tampoco yo pensé hasta entonces en ello.

Los alemanes seguían desarrollando la ofensiva. El Oeste de Ucrania estaba ya convertido en campo de batalla. Y aunque sobre Chernígov habían aparecido muchas veces aviones enemigos y las ciudades de la región habían sido bombardeadas una y otra vez, a nosotros, dirigentes de la región de Chernígov, nos parecía imposible que los alemanes pudieran penetrar hasta allí, hasta las profundidades de Ucrania.

El día 4 de julio, hablando ante los obreros ferroviarios de Chernígov, dije que los fascistas no lograrían abrirse paso hacia nuestra ciudad y que podríamos trabajar tranquilamente. Yo, en efecto, lo creía así.

De regreso del mitin de los ferroviarios, en el Comité Regional, supe que había llegado de Kíev el camarada Korótchenko, secretario del Comité Central del P. C. (b) de Ucrania. No estuvo más que un día en Chernígov. De acuerdo con las organizaciones regionales, trazó el plan para la evacuación de la gente, de las instalaciones industriales y los bienes que debían salir en primer lugar. Al despedirse nos aconsejó que hiciéramos una lista de los guerrilleros de la guerra civil:

— ¡La experiencia de esos guerrilleros puede sernos útil, camarada Fiódorov!

Por la tarde me llamaron por telégrafo desde el Comité Central, e inmediatamente salí en auto para Kíev.

Aquella misma noche me recibió el camarada Jruschiov. Me describió la situación en los frentes y me dijo que había que mirar las cosas cara a cara. Era preciso no desdeñar la ofensiva alemana y evitar que la penetración del ejército enemigo en las profundidades del país nos sorprendiera desprevenidos.

Jruschiov me propuso que comenzara a preparar inmediatamente a los comunistas para la clandestinidad y organizase de antemano un destacamento guerrillero en cada distrito.

— En cuanto regrese a Chernígov, comience sin perder tiempo a seleccionar a los hombres, a preparar en los bosques bases para los guerrilleros; preocúpese de la instrucción militar de los hombres seleccionados. El camarada Burmistrenko le dará instrucciones más detalladas.

Mijaíl Alexéievich Burmistrenko me explicó cómo debía seleccionar a los cuadros para el trabajo clandestino, la organización y la formación de los destacamentos guerrilleros y me dió a conocer el manejo de las claves.

Me sorprendió que el Comité Central tuviera ya estructurado todo el sistema de organización del Partido en la clandestinidad.

— Recuerde —me decía el camarada Burmistrenko al despedirse— que para el trabajo del Partido en la clandestinidad hay que destinar a los hombres más probados, valientes, serenos, leales. Explique a la gente todo el peligro que les espera. Que mediten si tienen suficiente valor para ello. Y si no pueden, que renuncien... ¿A quién recomienda usted para secretario del Comité Regional clandestino de Chernígov?... ¿Ha pensado usted en eso?

No sé si palidecí o enrojecí ante esta pregunta, recuerdo tan sólo que mi corazón comenzó a latir precipitadamente.

— Ruego que para ese trabajo se me destine a mí —contesté.

El camarada Burmistrenko tardó en responder. Me miró fijamente y volvió a preguntarme.

— ¿Lo ha pensado bien?

— ¡Sí!

— Ahora no le puedo dar la respuesta definitiva —me contestó—. Por si acaso, en cuanto llegue a Chernígov, prepare otro candidato. Informaré de su deseo al camarada Jruschiov.

Yo insistí, le dije que otro candidato tendría que volver a Kíev para recibir instrucciones, que en eso se perdería tiempo y que yo tenía ya esas directivas y podía comenzar el trabajo...

El camarada Burmistrenko me interrumpió:

— Regrese a Chernígov y haga lo que se le ha mandado; se le comunicará por teléfono la decisión del Comité Central.

Unos días más tarde, ya en Chernígov, supe que mi deseo había sido satisfecho: el Comité Central recomendaba mi candidatura al Comité Regional clandestino de Chernígov.

* * *

¿Comprendía yo entonces a lo que me comprometía? ¿Me daba cuenta exacta de las dificultades que me esperaban? Yo no era ya un muchacho, estaban lejos los tiempos del trabajo físico. Durante los últimos años ni siquiera había hecho deporte, llevaba más de doce años sin montar a caballo.

En el viaje de regreso de Kíev me puse a reflexionar en mi decisión. Reflexión, pero no vacilaciones. Tenía la certidumbre de que yo servía para el trabajo ilegal y que en ese trabajo sería más útil al Partido que en cualquier otro.

Al llegar a Chernígov, convoqué al Buró del Comité

Regional. Al informarles de que era necesario organizar el Partido en la clandestinidad, todos se sorprendieron. ¡Crear el Partido ilegal! Hasta las mismas palabras parecían sacadas de un libro, nos parecían irreales. "El Partido bolchevique en la clandestinidad" sonaba a historia del Partido. Y he aquí que nosotros, aunque no muy jóvenes, pero hombres de formación soviética, teníamos que prepararnos para pasar a la clandestinidad.

Cuando yo pregunté: "Bueno, camaradas, ¿quién de vosotros está de acuerdo?", en el despacho se hizo tal silencio que hasta oí las voces de la calle, aunque las ventanas estaban cerradas.

Me sorprendió que el primero en alzar la mano fuera Nikolai Nikítich Popudrenko. Y me extrañó porque todos le conocíamos como un amantísimo padre de familia. Siempre que tenía ocasión, lo mismo durante un viaje que en su trabajo en el Comité Regional, hablaba de su mujer, de su hijo, de su hijastro o de su hija. Popudrenko, tercer secretario del Comité Regional, era un magnífico funcionario del Partido, muy honrado, sincero y recto. Más tarde, en su labor clandestina y, sobre todo, en la unidad guerrillera, revelóse como un hombre decidido, extremadamente valeroso, a veces incluso demasiado temerario. Pero de eso hablaré más adelante.

Después de Popudrenko levantaron la mano otros camaradas. Todos los miembros del Buró del Comité Regional decidieron quedarse en Chernígov. En aquella reunión nombramos el Comité Regional clandestino compuesto por siete miembros.

Designamos también a sus sustitutos para el caso de que alguno de ellos fuese detenido; tuvimos también en cuenta esa posibilidad. Después nos distribuímos las obligaciones y examinamos un plan previo de acción.

Poco después todos nos habíamos acostumbrado a la nueva situación. Ahora existían en la región dos Comités Regionales del Partido: el legal y el clandestino. La

existencia del segundo no la conocía nadie, a excepción de sus miembros. Unos días más tarde quedó organizado del mismo modo el Comité Regional de las Juventudes Comunistas, dirigido por los camaradas Boiko y Krasin.

Formalmente yo seguía siendo secretario de los dos Comités del Partido, del legal y del clandestino. Pero desde aquel día puse en manos de los compañeros todo mi trabajo legal, y me entregué a la preparación de la nueva y desconocida vida que nos esperaba.

* * *

El Comité Central del Partido exigía de nosotros, del Comité Regional, una preparación seria. Debíamos de preveerlo todo, inclusive las condiciones de vida de los futuros guerrilleros.

...Los futuros jefes guerrilleros se habían separado ya de sus familiares y seguían unos cursos especiales donde aprendían a volar puentes, quemar tanques, apoderarse de los documentos de los Estados Mayores alemanes; los miembros de Partido destinados a trabajar en la clandestinidad habíanse despedido también de sus viejos apellidos: tenían que acostumbrarse a no volver la cabeza si alguien les llamaba por el nombre que tenían antes de la guerra.

Toda la segunda mitad de julio y parte de agosto el Comité Regional clandestino se dedicó a prepararse para el trabajo en la ilegalidad y a la formación de los destacamentos.

Nos repartimos la labor: yo era el encargado de organizar los Comités de Distrito ilegales del Partido y de las Juventudes. Además, estaba encargado de la evacuación de los habitantes y de los bienes de la región.

Nikolai Nikítich Popudrenko tenía a su cargo la preparación de los grupos de dinamiteros. Pétrik se ocupaba de seleccionar literatura, organizar una base

poligráfica, conseguir y guardar papel: era el secretario de agitación y propaganda. Nóvikov, Iaremenko y Rudkó estaban encargados de seleccionar los cuadros para las células de base en el campo y en las fábricas. A Kapránov se le encomendó la organización de las bases de productos.

Cada día citábamos en el Comité Regional a diez o quince personas de los diversos distritos. Yo conocía a casi todos, pues había tenido con ellos relaciones de trabajo. Sin embargo, la verdad era que no los conocía bien. Con algunos me equivoqué. La guerra ha obligado a revisar las opiniones que antes se tenían sobre unas u otras personas y, con frecuencia, a modificarlas.

Los camaradas pasaban a mi despacho uno a uno. La conversación comenzaba casi siempre igual. Igual para mí, naturalmente, porque hablaba con muchos, pero para el recién llegado la sorpresa era total.

— ¡Salud, camarada, siéntese! ¿Sabe para qué le hemos llamado?

— No.

— ¿Ha pensado usted en la posibilidad de que los alemanes ocupen su distrito? ¿Qué haría usted si surgiese ese peligro? ¿Qué le parecería quedarse en la clandestinidad y dirigir el Comité de Distrito ilegal?

La mayor parte de las veces a esta propuesta seguía una larga pausa. Yo continuaba:

— Piénselo, reflexione; espero su respuesta.

Si el camarada aceptaba en el acto, le explicaba los peligros a que se exponía.

— Tenga en cuenta que puede usted ser traicionado, que le pueden sorprender. Usará usted otro nombre, llevará otra documentación. Pero si le registran, pueden descubrir directivas cifradas, listas de organizaciones. Le torturarán. ¿Tendrá usted suficiente entereza para soportarlo todo y, si hace falta, morir por nuestro pueblo, por la causa del Partido de Lenin y Stalin?

Algunos vacilaban. Tan pronto como observaba en alguien síntomas de abatimiento, le mandaba regresar. Un hombre así no servía para el trabajo clandestino... ¿Qué sucedería si se viese en las garras de los "S. A."? Tal vez fuese honrado, pero era poco probable que soportara si llegaban a pegarle en las espaldas con baquetas al rojo.

Por eso, un diagnóstico prematuro de cobardía, por decirlo así, es de suma importancia. Al seleccionar a los hombres, me dedicaba precisamente a establecer ese diagnóstico. Desde el punto de vista político, los hombres convocados por mí habían sido comprobados previamente. Me interesaba sobre todo la firmeza y la resistencia de su carácter.

Era muy penoso descubrir en un compañero, bueno y trabajador, ese terrible bacilo de la cobardía. Recuerdo a un secretario de distrito en el cual tenía confianza y del que estaba seguro.

Le llamé, hablé con él... ¡Y había que ver al hombre!

Empezó a decirme que estaba enfermo, que toda su familia se encontraba mal de salud, que no podría cumplir en el trabajo, que tenía una memoria pésima.

Al fin confesó francamente:

— ¡Tengo miedo! ¡Quiero vivir aún!

El presidente del Tribunal Regional de Chernígov era un hombre fuerte, de unos treinta y cinco años, muy buen orador y con mucho aplomo. Pensamos en él para el trabajo clandestino. Al principio rebulló en la silla, pero en seguida se dominó, sacó un bloc y se puso a escribir. Cuando terminamos de hablar, me estrechó la mano y con verdadero entusiasmo me dijo:

— Puede confiar en mí, Alexei Fiódorovich. En el primer instante la sorpresa me ha hecho vacilar, pero ahora lo he comprendido... ¡El deber lo ordena! ¡La Patria lo exige!

Pero en el último momento se fugó. Naturalmente

nos hizo mucho daño. Era tarde ya para buscar a otro en su lugar.

La mayor parte de los camaradas accedían con sencillez y valor a quedarse en su localidad y estaban dispuestos a incorporarse al trabajo clandestino.

Cuando yo preguntaba: "¿Ha pensado usted en la posibilidad de que los alemanes ocupen su distrito?", casi todos los camaradas respondían: "Sí, lo he pensado".

Y cuando el compañero se enteraba de que en la retaguardia alemana funcionarían el Comité Regional del Partido Comunista, Comités de Distrito, células locales y organizaciones de las Juventudes, y que el movimiento guerrillero estaría dirigido por el Partido, me estrechaba con fuerza la mano y me decía:

— ¡Magnífico, Alexei Fiódorovich! Eso quiere decir que seguiremos trabajando juntos, que no abandonaremos a Ucrania. ¡Y yo no sabía qué hacer! ... Voy a enviar a la familia y me quedaré a la completa disposición del Partido.

Yo comprendía que el camarada, al estrecharme la mano, veía en mí al representante del Partido, a un correligionario, al ejecutor de las indicaciones stalinianas.

En un mes seleccionamos y enviamos a los distritos, para el trabajo clandestino, a más de 900 hombres.

* * *

En los distritos, los camaradas se preparaban activamente para trabajar en la ilegalidad y para la lucha guerrillera. El Comité Regional recibía diariamente información telefónica y telegráfica de la marcha de estos preparativos, al mismo tiempo que los partes de la evacuación de la industria y de la recogida de la cosecha. Por supuesto, los informes sobre esta preparación eran transmitidos secretamente.

A mediados de julio pudimos comprobar que quien

mejor llevaba ese trabajo era el camarada Kúrochka, secretario del distrito de Jolmi. El mismo se había ofrecido a quedarse en la clandestinidad y daba muestras del mayor celo en toda la preparación de este nuevo trabajo, para todos desconocido.

En el distrito de ese camarada actuaba un batallón de caza, compuesto de voluntarios. El camarada Kúrochka había decidido, con mucho acierto, que los combatientes de ese batallón, que ya tenían cierta experiencia de la lucha contra el enemigo en los bosques, en unas condiciones parecidas a las guerrilleras, podrían formar el núcleo del destacamento. Los doscientos cuarenta combatientes del batallón de caza accedieron a quedarse en la retaguardia enemiga como guerrilleros.

Las organizaciones de base del Comité de Distrito del Partido de Jolmi, del Comité Ejecutivo del Soviet de Distrito y del Comisariado del Pueblo de Asuntos Interiores se incorporaron íntegras al futuro destacamento. Habían comenzado ya a ejercitarse en el tiro, en el lanzamiento de granadas, en la táctica de la lucha guerrillera. En el taller mecánico de la fábrica de alcohol transformaron una ametralladora de aprendizaje del *Osoaviajim** en una de combate. (Dicho sea de paso, esto se hizo con casi todas las ametralladoras de aprendizaje existentes en la región. Claro está que el resultado no fué muy considerable, en total unas 30 ó 40 ametralladoras, pero con ellas logramos exterminar a no pocos enemigos y proteger la vida de decenas y tal vez de centenares de guerrilleros.)

Quince días antes de la ocupación del distrito de Jolmi, el batallón de caza y todos los voluntarios incorporados a él marcharon a los bosques para dejar pasar el frente.

En el distrito de Koriukovka, donde el camarada

* Osoaviajim: anagrama de una organización social voluntaria llamada "Sociedad de ayuda al Ejército, a la Aviación y a la Marina". *(N. del Trad.)*

Korotkov era el primer secretario del Comité de Distrito, los miembros del activo, inmediatamente después del llamamiento que el camarada Stalin dirigiera al pueblo por radio, y aun antes de haber sido requeridos por el Comité Regional, dispersáronse por las aldeas a fin de preparar a los comunistas y koljosianos de vanguardia para hacer frente a la posible ocupación alemana y organizar la lucha guerrillera contra el enemigo. A su debido tiempo quedaron organizadas once células comunistas clandestinas. Todos los que se manifestaban dispuestos a quedarse en la retaguardia enemiga recibían detalladas instrucciones.

En el distrito de Nósovka, el camarada Stratilat, secretario del Comité de Distrito, y más tarde uno de los jefes guerrilleros de mayor talento, había adoptado, mucho antes de la ocupación, una medida muy interesante: el Comité de Distrito llamó a todos los que recientemente habían llegado al distrito y a los jóvenes comunistas. Los que querían quedarse, y servían para el trabajo clandestino, fueron enviados a poblados y aldeas donde nadie los conocía. Allí, esos camaradas ocuparon cargos secundarios en los Soviets de aldea, en los koljoses, en los hospitales, etc. Estos hombres prepararon centros de enlace conspirativos y cohesionaron en torno suyo a un activo grupo de resistencia.

Desde el distrito de Oster comunicaron que habían instalado una base para cien guerrilleros, donde tenían ocultos víveres para ocho meses aproximadamente, armas, municiones y otras muchas cosas. El distrito contaba con dos destacamentos organizados, uno de quince y otro de veinte hombres, y habíase celebrado una reunión con los comunistas del distrito destinados al trabajo ilegal.

Desde casi todas partes de la región recibíamos noticias semejantes.

* * *

Vasili Lógvinovich Kapránov, bajito, grueso y extraordinariamente bondadoso, que había sido vicepresidente del Comité Ejecutivo Regional de Chernígov, y era ahora miembro del Comité Regional clandestino, estaba encargado de preparar las bases guerrilleras.

El más impenetrable misterio rodeaba su actividad. A sus depósitos iban a parar decenas de toneladas de harina, latas de conserva, toneles de aguardiente, etc. Se acercaban los camiones, los cargaban con pesados sacos, los contables extendían los recibos, pero solamente Kapránov sabía adónde iba destinado todo eso.

El camión deteníase en el campo, en la linde de un bosque, lo descargaban y el chófer daba la vuelta. Cuando el camión vacío alejábase a una respetable distancia, del medio del bosque salían unos carros y unos hombres cargaban en ellos todo lo traído. Los caballejos seguían primero el sendero, pero después se adentraban en el bosque. Los hombres que acompañaban los carros disimulaban con ramas y hierbas las huellas de las ruedas. Pero lo más frecuente era que no hubiese carros, y entonces había que llevar a cuestas toda la carga.

Allí trabajaban los futuros guerrilleros. Recogían un cargamento de lo más variado: azúcar, galletas, cartuchos, ametralladoras, botas de fieltro, moldes de imprenta.

A todo esto había precedido un intenso trabajo de los hombres de Kapránov*, que habían abierto profundas zanjas y apuntalado sus paredes.

Unicamente los miembros del Comité Regional clandestino —y ni siquiera todos— conocían el lugar donde se hallaban los depósitos de Kapránov. Más tarde, cuando los compañeros marcharon a sus lugares, a cada uno se le indicó la posición de la base próxima a ellos.

---

* Los mejores ayudantes del camarada Kapránov fueron los camaradas Afanáschenko y Baskin.

Varias veces acompañé a Kapránov a centenares de kilómetros de Chernígov, a la espesura de algún bosque, y él solía decirme:

— Mire, Alexei Fiódorovich, yo creo que éste es un buen sitio. La aldea más próxima está a diez kilómetros, el ganado no acostumbra a pastar por aquí.

— ¿Qué tal persona es el guardabosque?

— Tenemos informes seguros, es persona de confianza y se queda con nosotros.

Los camaradas sondeaban la tierra para comprobar la profundidad de las aguas del subsuelo. Teníamos el tiempo justo. Si la zanja era abierta a ciegas, corríase el peligro de que luego se inundara y, entonces, habría que cavar otra en un nuevo sitio. Kapránov era una alhaja en este sentido: siempre obraba sobre seguro.

Las bases de aprovisionamiento, por lo general, consistían en una zanja de unos tres metros de profundidad, con una superficie de 30 a 40 metros cuadrados, entibada con gruesos troncos, según todas las reglas de los zapadores. La madera para las vigas, naturalmente, no se cortaba al lado de la base, sino a unos trescientos pasos por lo menos. El fondo de la zanja estaba apisonado y cubierto de ramas, para preservarlo de la humedad. La tierra extraída era esparcida lejos de allí o arrojada a los barrancos y ríos.

Estos fosos, que en realidad eran importantes depósitos subterráneos, tenían por techo unos troncos, recubiertos de tierra hasta el nivel del suelo. Luego tapábase todo con césped o musgo, donde se plantaban arbustos o pequeños arbolitos.

En más de una ocasión, Kapránov me llevó a los lugares de esas bases camufladas y jamás pude descubrir ninguna. Kapránov me indicaba unos tocones, diversas señales que yo debía recordar.

De ese modo los hombres de Kapránov construyeron nueve bases. Lo hicieron tan bien, que sólo una, y ésta,

por casualidad, fué descubierta más tarde por los fascistas.

En total, los destacamentos de distrito construyeron unas doscientas bases en la región.

De no haberse realizado este trabajo, los destacamentos guerrilleros, sobre todo en el primer período de organización, lo hubiesen pasado mal. Las bases de aprovisionamiento decidieron el destino de muchas unidades guerrilleras. La población no siempre podía alimentarnos, y hasta que no empezamos a arrebatar armas al enemigo, no pudimos tampoco alimentarnos a su costa.

* * *

El 18 de julio, el Comité Regional recibió una nueva instrucción: organizar, además de los destacamentos guerrilleros de distrito, un destacamento regional de unos 150 ó 200 hombres, con sus respectivas secciones de caballería, minadores e infantería.

Comenzamos a reclutar voluntarios. A los pocos días, 186 hombres seleccionados, de probada confianza, reuniéronse en la sala del Soviet de la ciudad para recibir las últimas instrucciones.

Había allí las más diferentes personas: funcionarios del Partido, ingenieros, empleados, obreros, koljosianos, actores, músicos, cocineros... Todos ellos vestían de distinto modo, con arreglo a su situación social y a su género de vida. Ahora no voy a hablar de ellos por separado. A muchos los he visto en la retaguardia alemana, con muchos recorrí miles de kilómetros por la tierra ucraniana abrasada por el fuego de los combates...

Así, pues, los hombres habían sido seleccionados y las bases preparadas. Al parecer, todo estaba dispuesto para recibir a los intrusos. ¿Habrían comprendido nuestros comunistas en la clandestinidad que lo fundamental

era el apoyo del pueblo, que nuestra causa sagrada, cuando el enemigo campase por sus respetos en nuestra tierra, era estar al lado del pueblo, impulsarlo a la lucha? No había que olvidar que nosotros, los comunistas, éramos los organizadores, solamente el armazón. He aquí lo que no se podía olvidar un solo instante. Y entonces ninguna fuerza enemiga sería capaz de quebrantarnos.

* * *

En la mañana del 8 de agosto el primer grupo del destacamento guerrillero regional salió de Chernígov hacia el lugar de su dispositivo. El calor asfixiante presagiaba lluvia.

Setenta hombres, unos con chaquetas guateadas, otros con abrigos de invierno, algunos con abrigos de piel o de cuero marcharon al bosque.

Yo acompañé a los camaradas. Por ahora, iban únicamente de prácticas, para entrenarse. Así determinamos su misión. Nos guiaba el propósito de que los jefes y combatientes se imaginaran ser ya guerrilleros. Que aprendieran a esconderse, a disparar, a arrastrarse sin ser vistos hacia los "objetivos del enemigo".

Cuando los camaradas se ocultaron tras un recodo, los seguí largamente con la vista.

El 10 de agosto, el destacamento llegó a su lugar de destino, a los bosques del distrito de Koriukovka, sector de Gulino, al lado del río Snov. Habíamos elegido este sitio porque pensábamos que allí no se librarían grandes combates: así podrían esperar que el frente los rebasase y pasar desapercibidos.

El lugar nos atraía, además, por sus condiciones naturales. Entre los espesos zarzales que cubrían casi toda la orilla del río Snov, podía ocultarse todo un ejército. Y a unos doscientos o trescientos metros de la orilla, comenzaba el bosque.

Al día siguiente visité a los camaradas.

El jefe del grupo, capitán Kuznetsov, que anteriormente había trabajado en el *Osoaviajim*, y el comisario político, camarada Démchenko, encargado de la sección militar del Comité Regional, habían repartido ya entre los futuros guerrilleros las armas, y ahora se dedicaban regularmente a la instrucción militar: tiro al blanco, limpieza del fusil, reglamento militar, reglamento de campaña. Era un típico campamento de *Osoaviajim*. Comida a discreción y, hasta el momento, ningún peligro...; como si no hubiera guerra.

En Chernígov, ordenóse a los camaradas no tener trato con la población, no descubrirse, mas los guerrilleros estimaron, por lo visto, que eso era una medida circunstancial y comenzaron a ir por las aldeas en busca de leche y algunos de los jóvenes a pasear con las muchachas.

Por las tardes, en el campamento se cantaba y bailaba a los sones de un acordeón. El sitio era maravilloso, hacía calor, y a no ser por los fusiles en pirámide, hubiese podido creerse que aquello era una casa de descanso.

A las doce de la noche la gente, en grupos, se retiró al cuartel, situado en la casa grande y bien acondicionada de la administración forestal. Los jefes se tumbaron en unas camas y los demás sobre montones de heno seco y fragante.

Pero en cuanto todos estuvieron acostados y alguien incluso empezó a roncar, se dió por orden mía la señal de "alarma". Obligué a la gente medio dormida a formar y abandonar en el acto el campamento para jamás volver a él. Les dije que tenían que pasar la noche en chabolas hechas entre los zarzales y ocultarse de la población mientras no llegasen las tropas enemigas.

— Debéis aprender a vivir de modo que todos ignoren vuestra existencia.

Alguien se acercó a mí y trató de convencerme:

— Pero aquí hay pantanos, la gente puede enfermar.

Mas cuando en el cielo bramaron los aviones alemanes y empezaron a caer bengalas, todos callaron impresionados...

Los aviones alemanes iban a bombardear Chernígov.

* * *

Nunca estuve de tan mal humor en mi vida como aquellos días del 23 al 29 de agosto de 1941.

Volvía del frente Central, después de una conversación con el Consejo Militar, cuando tropecé con una columna de coches de turismo: detuve al primero y pregunté a sus ocupantes quiénes eran y a dónde iban. Yo examiné su documentación y ellos revisaron la mía. Los viajeros eran los dirigentes de la región de Gómel y con ellos iba el camarada Edínov, secretario del Comité Central del Partido Comunista (bolchevique) de Bielorrusia.

— Los nuestros han dejado Gómel —me dijo el camarada Edínov—. Los alemanes avanzan sobre Chernígov.

Llegué al Comité Regional rendido de cansancio y hambriento. Me llevaron al despacho un plato de "borch"; me senté al lado de la ventana y coloqué el plato sobre el alféizar.

Aulló la sirena. Ultimamente, todos los días teníamos unas veinte alarmas. Yo estaba acostumbrado ya y la mayoría de las veces ni siquiera bajaba al refugio. Los bombardeos, hasta entonces, no habían sido muy intensos.

Mientras comía, miré por la ventana. Desde allí veía una gran parte de la ciudad. Por encima de los tejados divisé a lo lejos varios aviones. De entre las nubes desprendióse otra negra bandada y un minuto después ya estaban los alemanes sobre la ciudad. Vi cómo caían las bombas y hasta pude precisar que el primer edificio volado había sido el teatro, después el local de las milicias, el edificio de Correos... Seguí comiendo maquinalmente. Los bombarderos pasaron por encima de la casa del Comité Regional. Las explosiones, el traqueteo de las ametralladoras y el estampido de los antiaéreos fundiéronse en un horrible estruendo... La gente corría alocada por las calles. Alguien gritaba desesperadamente, era imposible descifrar si era una voz de hombre o de mujer...

Salí del despacho y me encaminé al refugio. Iba como mareado. Acercábanseme los compañeros de trabajo; yo respondía maquinalmente a sus preguntas. Tenía la sensación de que un peso inmenso había caído sobre mis espaldas...

En el pasillo, casi en tinieblas, me detuvo un hombre a quien no conocía.

— Estoy aquí desde esta mañana, camarada Fiódorov. Vengo del distrito...

— Dígame.

— Me han expulsado del Partido y he recurrido ante el Comité Regional... Estamos en guerra, camarada Fiódorov, ¿cómo puedo vivir fuera del Partido?...

— ¿No sabe usted que hay alarma aérea? Para resolver su asunto, tengo que llamar a los camaradas, examinar documentos. Y todos están en el refugio... Le ruego que venga usted mañana.

— Mañana será tarde. Los alemanes se acercan a nuestro distrito...

En aquel instante una bomba estalló tan próxima que bajo nuestros pies tembló la tierra.

Esto no pareció impresionar a mi desconocido interlocutor. Yo aceleré el paso. El siguió andando a mi lado.

— Comprenda, camarada —proseguí yo—, que en esta situación es imposible.

— Sí, sí —accedió él tristemente, y me tendió la mano.

No me fijé en su rostro, pero su apretón de manos

fué cordial. Lamenté sinceramente no haber podido hacer nada por él.

Por primera vez pasé toda la noche en el refugio. Los aviones alemanes volvieron doce veces. Estar sentado, esperando pasivamente, sin saber ni ver nada, es una ocupación humillante.

Por la mañana, aunque la alarma seguía, regresé al Comité Regional.

Negras madejas de humo colgaban sobre los tejados de las casas, lenguas de fuego subían hacia el cielo. Por todas partes crepitaban los incendios.

Los bomberos trataban de apagar las llamas, pero ¡qué podían hacer cuando a cada minuto surgían nuevos y mayores focos! La gente sentíase incapaz de luchar contra el fuego.

En Chernígov ya no quedaban más que unos centenares de personas: casi toda la población había evacuado.

El mando alemán no ignoraba, naturalmente, que en la ciudad no existían unidades ni objetivos militares. Sin embargo, los pilotos alemanes destruían cualquier casa que apareciese a sus ojos, perseguían a cada persona que lograban divisar. Los pilotos alemanes actuaban con arreglo al feroz programa del fascismo.

En una tregua, decidí recorrer la ciudad.

Marchamos por la calle de Shevchenko. Cada tres o cuatro casas, un incendio. A nuestro encuentro venía galopando un caballo cojo. El chófer tuvo que meterse en la acera, si no el animal, enloquecido, se hubiera precipitado sobre el coche.

Detrás de nosotros, a unos quince metros todo lo más, desplomóse un muro. Las vigas cayeron ardiendo sobre el caballo.

En la ancha acera vi a un hombre con sombrero y gafas que andaba a gatas. Le llamé. No me respondió. El chófer detuvo el coche y yo volví a gritar:

— ¡Camarada!

Entonces se levantó, me miró con unos ojos turbios y corrió hacia el portal de una casa. Hubiera sido absurdo seguirle.

Salimos a la plaza de Kúibishev. La mayor parte de las casas ardían, algunas habíanse desplomado ya; hasta en el centro de la plaza percibíase el calor de las llamas.

En medio de la plaza, con los brazos extendidos, estaba de pie un hombre alto y grueso, con el rostro negro por el hollín. Le llamé.

No nos veía. Volví a llamarle inútilmente. El chófer acercó el coche hasta casi rozarle. Así al hombre alto de una mano y él se metió dócilmente en el coche, pero tardó aún bastante en responder a mis preguntas.

Más tarde, cuando le conté cómo le habíamos encontrado, se encogió de hombros:

— No recuerdo nada.

Recorrimos varias calles más. Cuando llegamos al jardín, volvieron a aparecer los "Heinkel". Uno de ellos lanzó una ráfaga de ametralladora contra el coche. Las balas silbaron por encima de nuestras cabezas.

Recogimos a otras dos personas. A uno lo tuvimos que atar: se había vuelto loco.

Tardamos casi una hora en el viaje. Durante este tiempo, la ciudad volvió a ser bombardeada por dos grupos de aviones de bombardeo. Regresamos al Comité Regional. Yo tenía miedo de no encontrar allí más que escombros. Pero el Comité Regional, por milagro, estaba casi intacto. En un radio de doscientos metros no había quedado casa sin averiar; sin embargo, en el edificio del Comité Regional habían volado tan sólo algunos cristales.

Aquella noche tomamos la decisión de evacuar. El Comité Regional del Partido, el Comité Regional de las Juventudes Comunistas y el Comité Ejecutivo Regional debían dirigirse al pueblo de Lukashovka, a quince kilómetros de Chernígov. Era insensato quedarse allí. Chernígov estaba completamente aislado. La central

eléctrica había sido averiada y cortadas las comunicaciones telegráficas y telefónicas. En la ciudad apenas quedaban habitantes: las fábricas y empresas también habían sido evacuadas.

Abandonamos apesadumbrados la ciudad desierta y destruída. Al pasar por delante de mi casa, descubrí con asombro que estaba intacta. Pensé en detener el coche y llevarme algunas cosas, una muda de ropa, por lo menos, unas botas.... Pero no me decidí, cosa que no tardé en lamentar.

Yo llevaba un abrigo de cuero, guerrera, pantalones militares y botas de piel de becerro. Colgada de una correa la cartera de campaña. Este era todo mi bagaje.

* * *

El 26 de agosto salieron ya de Lukashovka hacia el distrito de Jolmi, en un camión y en un coche de turismo, veintiséis guerrilleros más y una parte del Comité Regional clandestino encabezado por el camarada Popudrenko. Habíamos decidido que yo me quedaría cierto tiempo aún.

Al despedirme, abracé a cada uno de ellos.

— Tan pronto termine de evacuar la población y las empresas industriales —les dije— y acompañe al Ejército Rojo hasta los límites de la región, volveré a reunirme con vosotros. ¡Estad seguros de que os encontraré!

Al día siguiente, supe que los distritos de Jolmi y Koriukovka habían sido ocupados ya por los alemanes. El grupo de Popudrenko pasó la línea del frente con ayuda de los combatientes de la 18 división, que se encontraba en aquel sector.

Yo no sabía entonces que me esperaban muchas peripecias antes de reunirme de nuevo con mis camaradas.

* * *

Voy a hablar brevemente de mi infancia y de mi juventud. Abandonado por mis padres, fuí recogido por Maxim Trofímovich Kostiria, piloto de una barcaza del Dniéper, al que expreso mi agradecimiento.

Todos sabían que yo era un expósito y los chicos, naturalmente, se burlaban de mí, aunque me tenían miedo: mis puños eran fuertes. Y si no hubiera sido por la revolución, ¡cuánto me hubiese tocado sufrir en mi juventud! Las muchachas decentes no se dejaban cortejar: ninguna querría casarse con un bastardo.

Vivía en las afueras de Ekaterinoslav, actualmente Dniepropetrovsk, en el poblado de Lótzmanskaia Kámenka. Allí me recuerdan todavía. Terminé con buenas notas una escuela de dos años. Yo era un chico muy travieso, pero tenía afán por aprender. Acaso, porque comprendiera desde pequeño que la vida me sería difícil.

A los doce años comencé ya a trabajar. Fuí zagal del pastor de un ricacho. A los catorce años me separé de mi padre adoptivo y comencé a ganarme yo solo la vida. He sido pastor, acarreador, trabajé en la construcción. Así hasta los diecinueve años.

A principios de 1920 trabajaba en un hospital, anteriormente del Zemstvo; hacía todo lo que me ordenaban: barría el patio, partía leña, encendía las estufas, sacaba a los muertos. En el hospital ingresaban, de vez en cuando, combatientes del Ejército Rojo. Probablemente influenciado por ellos, se me ocurrió ingresar voluntario en el Ejército Rojo. Tenía ya bastantes años, y podría haberme dado cuenta por mí mismo que el Ejército Rojo era precisamente el lugar que me correspondía. Pero no fué así. Me atraía más el aspecto material: la ropa, el calzado, la buena alimentación.

Hice un curso de seis meses en una escuela de caballería y de allí salí como ayudante de jefe de sección. Me destinaron al regimiento de caballería N° 54,

de la 9ª división de caballería del Kubañ. En aquel entonces era yo un buen mozo. Montaba bien a caballo, pero con los cosacos del Kubañ es difícil competir en eso. Todos eran soldados veteranos que habían pasado por la guerra con Alemania y la civil. No podía ocupar entre ellos un puesto de mando, aunque no fuese importante, y por eso quedé como ayudante del jefe del escuadrón.

Participé en algunos combates. Al principio, nuestra unidad retrocedió, pero después pasó a la ofensiva. En mi vida personal no ocurrió nada de particular en aquella época, si descontamos que me hice un celoso partidario del arma de caballería y un entusiasta del caballo, de las espuelas y del sable. Yo pensaba entonces que mi destino y mi vocación eran pertenecer a la caballería.

Sin embargo, no llegué a oficial: durante una expedición contra la banda de Tiutiúnik caí enfermo y me llevaron al hospital con una pulmonía. La enfermedad se complicó, y tardé en curarme más de medio año. Una vez repuesto, el Comisariado de Guerra me destinó a un regimiento ferroviario como jefe de sección.

Allí presté servicio, luchando contra los bandidos, hasta 1924. Ese mismo año fuí desmovilizado, y así terminó mi carrera militar.

Contaba entonces 23 años, pero no tenía ninguna profesión, y ni siquiera un propósito determinado. Estaba seguro, sin embargo, de que sabría andar por la vida. Físicamente era fuerte y en el ejército se había templado mi voluntad.

Tenía vehementes deseos de estudiar. Pero no era posible ingresar en un instituto o en una escuela técnica. Me faltaban los conocimientos para ello. Decidí trabajar y estudiar al mismo tiempo.

Logré entrar de ayudante de entibador en la construcción del túnel ferroviario Merefa-Jersón. Digo que lo

logré, porque en aquel entonces había muchos parados todavía.

En la construcción del túnel es cuando recibí una educación bolchevique y adquirí un verdadero temple de obrero.

El trabajo era duro, siempre en las tinieblas y en la humedad. Pero yo estaba encariñado con el trabajo, con los hombres que dominaban el oficio a la perfección.

Vivía en el poblado de Mandrikovka, próximo a las obras. Poco después me casé. Como tenía que montar la casa, trabajaba con afán.

¿Cuáles eran entonces mis aspiraciones y mis deseos? Ya estaba casado y tenía una hija. Si en aquel tiempo me hubieran dicho: "¿Qué te parecería, Alexei, si fueras a trabajar al Partido, primero de secretario de un Comité de Distrito y después de secretario de un Comité Regional?", me hubiese encogido de hombros echándome a reír. Ni siquiera pertenecía a las Juventudes Comunistas.

Si yo sentía grandes deseos de instruirme, el Poder soviético y el Partido Comunista tenían un interés aún mayor en que personas como yo estudiaran y se capacitasen.

Mis aspiraciones eran modestas: ser contramaestre de mina. Por eso me fijaba atentamente en los camaradas mayores, más expertos, y no me negaba a hacer ningún trabajo.

No existía aún el movimiento stajanovista*; hasta los obreros de choque aparecieron más tarde. Si, por ejemplo, algún obrero rebasaba en mucho la norma, alguno de los viejos solía decir: "No rebajes los

* Movimiento de masas entre los trabajadores de la U.R.S.S. por una elevada productividad de trabajo y una mejor utilización de la técnica. Llamado "stajanovista" por el nombre del iniciador de este movimiento, el minero de la cuenca del Donetz, Alexei Stajánov. *(N. del Trad.)*

salarios". Ya entonces eso no me gustaba. A veces, hasta los delegados sindicales se ponían resueltamente enfrente de la administración: "La administración es la que debe responder por el plan..." Tampoco eso era de mi agrado.

Para mí eran un modelo los obreros que trabajaban no por obligación, sino a conciencia.

Me agradaban, sobre todo, dos contramaestres de turno: los hermanos Grigorián, Artem y Iósif. Sencillos en el trato, ayudaban siempre con sus consejos tanto a viejos como a jóvenes y, si a alguno le hacía falta, le prestaban dinero. Eran unos magníficos obreros, que se complacían en enseñar lo que sabían, gente alegre, aficionada a bailar y a pasar el tiempo libre con los amigos. No eran reacios a beber, pero no rebasaban la medida. Me gustaba cómo iban vestidos: bien, pero sin ostentación.

Mi mejor amigo y maestro era Iván Ivánovich Bobrov, que trabajaba en el mismo turno que yo. También era entibador, pero de categoría superior a la mía. Bobrov era comunista y realizaba un gran trabajo social: era el encargado del sector de la producción en la organización sindical de la mina.

Bobrov fué quien me acostumbró a leer regularmente los periódicos y consiguió que la lectura llegara a ser para mí una necesidad vital; gracias a él me aficioné a la literatura política. Bobrov me llevaba consigo a las reuniones sindicales, me hacía intervenir en la discusión de los problemas de la producción y fué el primero en hablar conmigo sobre mi ingreso en el Partido.

Mientras tanto, en Mandrikovka se había construído un club. Y si antes nos pasábamos las tardes en casa, o íbamos de visita, o paseábamos en grupos por las calles del pueblo, ahora empezamos a tener nuevas ocupaciones. En el club había biblioteca y dos círculos artísticos de aficionados: el dramático y el musical.

Mi historia no tiene nada de extraordinario para un ciudadano soviético. Se puede resumir en unas palabras: el Partido, el Poder soviético han sido los que me educaron, los que me impulsaron hacia adelante. Mi espíritu, mis horizontes han ido desarrollándose paralelamente al desarrollo cultural del país.

Uno año más tarde fuí elegido miembro del Comité sindical, al mismo tiempo desplegaba una intensa labor en el club. El 27 de junio de 1926 era ya candidato a miembro del Partido. Y justamente un año después, el 27 de junio de 1927, recibí el carnet de militante del Partido Comunista.

A fines de 1927, cuando terminamos el túnel, ya era contramaestre minero, y cobraba un buen salario.

Tenía veintiséis años y era un hombre serio. Por lo que se refiere a mi actividad social, estaba encargado de los asuntos del club, presidía la Comisión cultural del sindicato y había sido elegido miembro del Buró de la organización del Partido.

Después me llamaron a Moscú, al Comisariado del Pueblo y me propusieron marchar al Cáucaso a trabajar en la construcción de la central eléctrica de Rion; muchos de estos trabajos eran en roca y había que abrir varios túneles. Trabajé también allí de contramaestre y después regresé a Ucrania.

Frisaba ya en los treinta años, y me encontraba en Ucrania, después de haber trabajado en Dniepropetrovsk, cuando conseguí, por fin, realizar mi antigua aspiración de estudiar. Ingresé en el tercer curso de la Escuela Técnica de Construcción en Chernígov. Al año terminaba los estudios y ya comenzaba a pensar en proseguir estudiando en el instituto, cuando mi destino cambió bruscamente. Me llamaron al Comité Local del Partido y allí me dijeron:

— Necesitamos hombres como tú para trabajar en los distritos rurales.

— ¿Y cómo son "esos hombres"?

— De origen proletario, educados en la producción, fieles al Partido. En los distritos rurales nos faltan hombres así.

Y salí para la región de Chernígov, hacia el distrito de Koriukovka, como presidente del Consejo Sindical de la región.

Después fuí elegido presidente de la Comisión de Control* en el distrito de Ponornitsa, de la misma región. Algo más tarde me eligieron para segundo secretario del Comité de Distrito.

El Partido seguía interesándose por mí, me ayudaba a desarrollarme. En los cursos de preparación de secretarios, organizados por el C. C. en Kíev y, más tarde, en los cursos del Comité Central del Partido Comunista (bochevique) en Moscú, obtuve los conocimientos teóricos que me faltaban.

A principios de 1938 fuí elegido primer secretario del Comité Regional de Chernígov del Partido Comunista de Ucrania.

Soy un funcionario del Partido. Eso quiere decir que todo mi tiempo, toda mi inteligencia, todas mis fuerzas están al servicio del Partido de Lenin y Stalin. Y a cualquier parte donde vaya, cualquier cosa que el Partido me ordene, la cumpliré como un deber sagrado.

Ahora, cuando miro atentamente a mi alrededor, y me fijo en los camaradas que marchan a mi lado, veo que la enorme mayoría de ellos han salido del pueblo. Sus biografías podían ser distintas, pero sus intereses y sus objetivos son los mismos: los que marca el programa del Partido bolchevique.

---

* Comisión de Control: órgano electivo del Partido destinado a prestar ayuda a los Comités del Partido para afianzar la disciplina, luchar contra las infracciones de los Estatutos y decisiones del Partido y atraer a las amplias masas al trabajo para el mejoramiento del aparato soviético. *(N. del Trad.)*

CAPITULO SEGUNDO

DIAS DIFICILES

NUESTRAS TROPAS retrocedían combatiendo. Todos los distritos de la región de Chernígov, a excepción de Yáblunovka, estaban ya ocupados por el enemigo. En Yáblunovka —un poblado pequeño y pintoresco, abundante de vegetación—, habíanse concentrado centenares de autos, decenas de unidades militares, carros llenos de refugiados, grupos de gente que nadie conocía. Los aviones volaban de día y de noche. Lanzábanse en picado sobre las caravanas de autos, incendiaban las aldeas, disparaban en vuelo rasante contra grupos de gente que marchaba por los senderos, contra las manadas de vacas...

En este pueblo, el 15 de septiembre, se reunieron por última vez los representantes de las organizaciones del Partido, de los Soviets, de las Juventudes y otras de la región de Chernígov. Eramos unos treinta hombres.

La reunión se celebró en el Comité de Distrito del Partido. Habíamos tapado cuidadosamente las ventanas. Sobre la mesa ardía un quinqué de petróleo al que faltaba la camisa. Desde la calle llegaban el ruido de los carros, las voces de los carreros, el zumbido de los motores de los autos...

La casa temblaba sacudida por las explosiones de las bombas de aviación y de los proyectiles de artillería.

El quinqué expandía un humo espeso. Esperando a que se hiciese un poco de silencio, aunque relativo, claro está, examinaba a los reunidos. Nadie podía permanecer tranquilo ni callado. Yo conocía personalmente a

casi todos, pero a muchos, al verlos sin afeitar, con los ojos inflamados por el cansancio y la ansiedad, apenas si los podía reconocer.

Golpeé la mesa pidiendo atención. Y, más o menos, pronuncié estas palabras.

— En el orden del día no figura más que una cuestión. Todos, claro está, sabemos cuál es. Nuestro ejército abandona mañana el último distrito de la región de Chernígov. Y nosotros somos de aquí, camaradas. En estas tierras han luchado contra los alemanes los famosos destacamentos de Schors*... Supongo que no será necesario haceros propaganda. La decisión está tomada. Mañana todos pasamos a la ilegalidad. Cada cual conoce sus obligaciones, su lugar, su nuevo nombre, su contraseña de Partido... Ha llegado el momento decisivo, camaradas...

Una voz chillona, que no reconocí, me interrumpió desde un oscuro rincón.

— ¡No es justo eso, camarada Fiódorov!

— ¿Qué no es justo? Salga aquí, a la luz.

Pero el que hablaba prefirió continuar el "debate" desde el oscuro rincón. Atragantándose y balbuciendo habló presuroso.

— No se sabe dónde puedo ser más útil. Es una decisión, pero yo no comprendo por qué se ha tomado. No estamos armados como es debido. Los cuadros dirigentes del Partido y de los Soviets de la región pueden ser exterminados uno a uno, por cualquier estúpida casualidad. Usted, como secretario del Comité Regional, debe preocuparse de conservar...

Me costó grandes esfuerzos dominarme. Incluso ahora, cinco años después, al recordar aquella vocecita

* *Schors, Nikolai* (1895-1919): Héroe de la guerra civil, uno de los organizadores del movimiento guerrillero del pueblo ucraniano durante la ocupación alemana del año 1918. *(N. del Trad.)*

vil que salía de la oscuridad, vuelve a encendérseme la sangre.

Golpeé la mesa con el puño y traté de decir con voz serena y persuasiva, pero no sé cómo saldría.

— Cállese, ¿me oye? No se ocupe de los cuadros dirigentes, y venga aquí, haga el favor. Hable de usted. ¿Qué quiere?

El hombre se acercó, mejor dicho, se arrastró, agarrándose al respaldo de las sillas; cuando llegó a la mesa apoyó en ella las manos abiertas. No me miró a la cara ni una sola vez. Era Rojlenko, antiguo presidente del Consejo Regional de la Cooperativa de Consumo y... futuro pastor. Llegó hasta el extremo de fingirse loco, engañó a los médicos, le eximieron del servicio militar y estuvo apacentando vacas cerca de Orsk.

Pero esto ocurrió más tarde. Aquella vez, en la reunión, dijo, sin mirar a nadie.

— Estoy dispuesto a defender a la Patria hasta la última gota de mi sangre. Pero os ruego que me enviéis al ejército. No quiero perecer estúpidamente, como un perro... No quiero, no puedo...

"No quiero, no puedo"; de mi memoria no se ha borrado aquella voz temblorosa, aquella fisonomía barbuda y crispada. Más tarde me contaron que en una conversación íntima había expuesto su verdadero criterio: "En esta guerra, lo más importante es conservar la vida".

Pues bien, me parece que la ha conservado.

Ahora, al mirar hacia atrás y examinar tranquilamente todo lo visto durante la guerra, se comprende que en la elección de los hombres, en aquel primer período, forzosamente tenía que incurrirse en equivocaciones enojosas, por decirlo así.

...Después de las "manifestaciones" de Rojlenko, todos nos pusimos de acuerdo rápidamente sobre el modo de llegar a nuestros lugares de destino.

Nos distribuímos en grupos. Conmigo quedaron los camaradas Pétrik, Kapránov, Kompanets, Sirotniátnikov, secretario del Comité Regional del P. C. (b) de Zhitómir y Rudkó.

* * *

El 16 de septiembre, por la mañana, los alemanes comenzaron a batir Yáblunovka con morteros.

Desde aquel momento el Comité Regional del Partido de Chernígov se encontraba en la ilegalidad. Pero, ¿existía efectivamente? La existencia del Comité Regional presupone también la de las organizaciones de distrito y de base. Yo no ponía en duda que las hubiera. Pero, ¿dónde estaban? ¿Cómo ligarme a ellas, cómo dirigirlas? Todas estas cuestiones me preocupaban grandemente.

La estructura de la organización legal del Partido había sido rota. Y nosotros, los dirigentes, constituíamos un pequeño grupo de hombres mal armados, sin un lugar fijo, sin medios de transporte y comunicaciones.

Pero la fe en la fuerza del Partido, en la fuerza de resistencia del pueblo era un apoyo moral para cada uno de nosotros.

El objetivo estaba claro: abrirse paso hacia las regiones forestales del norte, allí donde teníamos nuestras bases, donde estaba Popudrenko con el destacamento regional de guerrilleros. Y ya desde allí podríamos establecer contacto con los Comités de Distrito y las células. El objetivo estaba claro, pero, ¿cómo alcanzarlo?

Pensábamos salir por la noche hacia Bubnovschina. Allí cambiaríamos de ropa es decir, trataríamos de conseguir una ropa más adecuada: pensábamos hacernos pasar por combatientes del Ejército Rojo evadidos del cautiverio.

Mas ya por la mañana supimos que Bubnovschina había sido ocupada por el enemigo. Por última vez nos sentamos en el auto del Comité Regional y salimos para Piriatin, cabeza de distrito de la región de Poltava.

Piriatin estaba cercado. Los alemanes habían envuelto la ciudad y la mayor parte del distrito. Dos o tres divisiones nuestras habían establecido una línea de defensa circular, y trataban de romper el cerco del enemigo.

Se ha escrito mucho sobre los cercos alemanes en aquel período. Yo no he sido ni oficial ni soldado de aquella agrupación bloqueada por el enemigo, y no soy quién para juzgar de los méritos y defectos de la operación de Piriatin. Por eso me limitaré a relatar lo que ocurrió con nuestro pequeño grupo.

El día que llegamos a Piriatin, los alemanes bombardeaban tan intensamente la ciudad, que tuvimos que pasar varias horas metidos en una zanja. Estábamos de un humor de mil diablos. Sin embargo, ni siquiera aquel día perdimos la costumbre de reír.

Cuando salimos corriendo desde el coche hacia la zanja, uno de nuestros camaradas, hombre muy serio, al ver un avión alemán que volaba bajo, sacó de pronto una bomba de mano que llevaba en el cinto y alzó el brazo... Tuvimos que sujetarle. Estaba dispuesto a lanzar la bomba contra el avión. Se recobró en el acto y lo mismo que todos nosotros se echó a reír.

Hubiera sido perfectamente inútil permanecer en Piriatin. Decidimos abandonar la ciudad y abrirnos paso hacia nuestra tierra de Chernígov.

Nuestro confortable "Buick" ya no nos hacía ninguna falta. Quisimos entregárselo a algún oficial, mas no encontramos a nadie que quisiera cargar con el hermoso coche, muy bueno para la ciudad, pero poco adecuado para el frente. En el depósito no quedaba ni una gota de gasolina.

Teníamos guardado un cuarto litro de alcohol. Rocié con un poco de alcohol los asientos del coche y el motor. El resto lo derramé sobre la capota y acerqué una cerilla encendida; una alta llama azul subió hacia el cielo.

Kapránov, Rudkó, Kompanets, Pétrik, Bobir, Roguinets, Siromiátnikov y yo echamos a andar por la carretera en dirección al bosque.

* * *

Aunque los alemanes tenían cercado el distrito de Piriatin, no habían conseguido establecer una línea continua de frente. El mando alemán recurría entonces a aparatosos efectos de luz y de ruido y también a inesperados asaltos, con una abundancia de fuego inútil e insensato.

Ninguno de nosotros era militar profesional: no podíamos darnos exacta cuenta de la situación.

Recuerdo que aquel día me encontré con la gente más diversa, unos conocidos y otros no. Todos tenían algo que preguntar. Uno inquiría la suerte de alguna aldea; el otro, si habíamos visto a una compañía de zapadores, aquél pedía un pitillo y procuraba enterarse con disimulo de quiénes éramos y qué hacíamos allí.

En la linde del bosque donde estábamos acampados, había tanto movimiento como en la calle de Gorki de Moscú en un día de sol. Claro, que menos ordenado pero, en cambio, mucho más ruidoso.

Los obuses silbaban por encima de las cabezas; a derecha e izquierda oíase el tableteo de las ametralladoras. De pronto, vimos a Rojlenko. Se acercó con bastante desenvoltura, aunque bien es verdad que no se atrevió a tender la mano a ninguno.

— ¡Ah, camarada Fiódorov! —exclamó, dirigiéndose a mí—. ¡Conque también usted ha abandonado la región de Chernígov! Bueno, vamos juntos.

Tuvimos que atajarle enérgicamente. Pero a Rojlenko le impresionaron menos nuestros insultos que nuestro firme propósito de abrirnos paso hacia la retaguardia alemana. Alejóse de allí inmediatamente.

Tuvimos también encuentros agradables. Quizás el

más grato nos lo deparó Vladímir Nikoláevich Druzhinin.

Uno de los camaradas, creo que fué Kapránov, dijo:

— Mirad, es Druzhinin.

Yo lo llamé. Nos abrazamos, después desayunamos juntos los restos de un bote de conservas y bebimos una copa. Hacía más de un año que no nos veíamos. Habíamos sido grandes amigos. Nuestra amistad databa ya de 1933, cuando yo trabajaba en el distrito de Ponornitsa. El estaba entonces al frente de la sección de organización del Comité de Distrito de Nóvgorod-Séversk, que era vecino al nuestro. Tenía la maravillosa cualidad —que tanto apreciaba yo en él— de no sentirse jamás abatido. Siempre lo hacía todo alegremente, entre bromas y chanzas; era un hombre enérgico, de rebosante vitalidad, y, además, un magnífico organizador. Vladímir Nikoláevich sabía hablar con naturalidad y soltura lo mismo con un obrero, que con un campesino o un intelectual.

Desde 1938 hasta 1940 había trabajado conmigo en el Comité Regional de Chernígov, como encargado de la sección de organización. En vísperas de la guerra, Druzhinin fué elegido segundo secretario del Comité Regional de Tarnópol.

Y ahora, el destino volvía a juntarnos. Vladímir Nikoláevich vestía capote militar y tenía el grado de mayor. Era comisario de un batallón y había participado en los combates. Nos pusimos a convencerle de que se viniera con nosotros a trabajar en la clandestinidad, con los guerrilleros.

La propuesta le agradó. Su unidad había salido ya del cerco. El Estado Mayor de la división, a donde debía dirigirse para establecer contacto, había "cambiado de emplazamiento" por culpa de los aviones.

Druzhinin era ahora jefe de su propia persona; no tenía a quién informar.

— Está bien, camarada Fiódorov, me pongo a sus órdenes. Nos dedicaremos a organizar en la retaguardia una división guerrillera.

Y, en efecto, juntos organizamos nuestra unidad, él de comisario y yo de jefe. Pero eso fué más tarde. En aquella ocasión, Druzhinin se esfumó tan repentinamente como había aparecido.

No sé quién tenía un mapa del distrito. Logramos orientarnos, establecimos con nuestros medios la situación y acordamos avanzar todos juntos hacia la aldea de Kurenkí y desde allí, por un atajo, dirigirnos a Chernígov.

Al oscurecer salimos a la carretera. El tiempo era infame: lluvia fría y viento huracanado. No se veía nada. Solamente el resplandor de los incendios iluminaba el cielo: ardía la ciudad, ardían las aldeas. Se luchaba delante y detrás de nosotros y a derecha y a izquierda. A cada instante recomenzaba el tiroteo, pero no sabíamos quiénes disparaban ni por qué.

Grupos de hombres, unos vestidos de paisano, otros de militar, pasaban a nuestro lado o los veíamos venir de frente. Tropezábamos con cadáveres humanos y caballos muertos. Los autos, con los faros apagados, nos alcanzaban.

Poco después nos enteramos de que no podíamos ir a Kurenkí: los tanques alemanes habían penetrado allí. Pero nuestro deber era no detenernos y seguimos caminando.

Las pesadas botas de piel de becerro, bastante toscas, me rozaban los talones. Quizás llevara los peales mal puestos, o tal vez el contrafuerte fuese demasiado duro; el caso era que las malditas botas me hacían daño y no me sentía con ganas de hablar de nada; sólo pensaba cómo cambiar de calzado.

Pero yo no quería descubrir mi malestar a los camaradas; sobre todo porque alguno comenzaba a quejarse ya. El grande y grueso Siromiátnikov se lamentaba de que le dolía el corazón.

— Son figuraciones tuyas —le decía yo tratando de animarle—. No hagas caso del corazón, camarada Siromiátnikov. Y acuérdate de que el corazón es un órgano de retaguardia que no se recomienda llevar a la guerra.

De ese modo procuraba alentar a Siromiátnikov. Pero cuando me dijo que se ahogaba y me pidió que hiciéramos un alto, confieso que me alegré de la ocasión.

— Bueno, camaradas, hay que atender al ruego de Siromiátnikov. Padece del corazón. Hagamos un alto.

Nos sentamos al lado de una zanja. Me quité las botas en el acto y comencé a liarme de nuevo los peales: tenía ampollas en los pies, y en algunos sitios, hasta sangre. Con una vara me hice una especie de bastón bastante sólido y dije:

— También puede servirme de arma. Si le doy con él a un alemán en el casco, puedo romperle la cabeza.

Mas a pesar de las bromas, los pies me seguían doliendo. Y estábamos así, sentados al borde de la zanja, cruzando de vez en cuando alguna que otra palabra, cuando, desde la carretera, torció hacia nosotros un hombre.

— ¡Qué diablos hacéis aquí sentados! ¡Levantaos! —comenzó a vociferar—. Hemos roto el cerco y hay que salir.

Lo alumbramos con una linterna. Era un coronel. No hubo más remedio que acatar las órdenes militares.

Y, de nuevo, a la carretera, a chapotear en el barro. Al amanecer vimos que, al mismo tiempo que nosotros, avanzaba una importante unidad militar, acompañada de bastante población civil. Todos eran hombres; no

se veían ni mujeres ni niños. Los paisanos tenían un aspecto parecido a nosotros: unos llevaban la pistola colgada al cinto, a otros les abultaba el bolsillo.

A la izquierda, a unos trescientos metros del camino, divisábase un bosque.

Los bosques de la región de Poltava no son grandes ni espesos. Sin embargo, de día más vale ir por el bosque que a campo traviesa o por la carretera. Así, por lo visto, pensaban muchos. Alguien envió una patrulla de exploración al bosque. Comunicaron que había allí unos grupos insignificantes de alemanes. Y nosotros, entre militares y paisanos, éramos un millar aproximadamente.

Los oficiales se reunieron, deliberaron y decidieron arrojar a los alemanes del bosque. Se dió la orden de desplegarse en línea.

Nuestro grupo también lo hizo.

Los alemanes intentaron repeler el ataque con fuego de mortero y fusiles automáticos, pero nuestra superioridad era evidente. Tomamos el bosque. Aunque pequeño, abundaban los árboles y arbustos... Al desplegarnos, Rudkó había quedado junto a mí: a él lo encontré, pero Druzhinin, Kapránov, Kompanets y otros desaparecieron sin dejar rastro.

Abandonamos la carretera muy oportunamente. Media hora más tarde aparecieron en ella unos motoristas alemanes, seguidos por unas treinta tanquetas. De habernos encontrado con ellos, lo habríamos pasado mal.

* * *

Pável Rudkó era mucho más joven que yo, más sano, más ágil. Cuando era preciso saltar de un mojón a otro, yo tardaba mucho, como si tuviera que zambullirme en un río de agua muy fría. Yo saltaba pesadamente; las rozaduras de los talones me hacían un daño atroz. Rudkó saltaba como un cabritillo y son-

reía. Pero, a pesar de eso, cuando hacíamos un alto se alegraba más que yo.

A Rudkó le gustaba mucho hablar. Tan pronto nos deteníamos en algún sitio, Rudkó comenzaba:

— ¡Qué horror! ¿Se ha fijado usted, Alexei Fiódorovich, en aquel cadáver del koljosiano caído al lado del tocón del roble? Aquella mano rígida, crispada, los ojos abiertos... Parecía que estaba pronunciando un fogoso discurso, dirigiéndose al pueblo...

Después de un minuto de silencio, Rudkó miraba a su alrededor y proseguía:

— Mire ese pájaro. Es un gorrioncito corriente. A él poco le importa todo. Pía: chic-chiric. Y mientras canta esta sencilla canción, centenares, ¡qué digo centenares!, millares de hombres mueren bajo un diluvio de balas.

— Oye, Rudkó, cállate de una vez.

— ¿Acaso no tengo razón, Alexei Fiódorovich? Me duele el alma, Alexei Fiódorovich, no puedo callar.

Una vez, pasamos a unos doscientos metros por delante de una casita: seguramente era la del guardabosque... En la puerta vimos a un campesino que de pronto se puso a disparar con un automático.

Comprendimos que se trataba de un alemán disfrazado. Echamos cuerpo a tierra. El alemán abrió fuego de mortero. Tiraba las minas en tablero de ajedrez, en dirección aproximada donde nos habíamos ocultado. Rudkó, dándose cuenta del peligro, me dijo:

— Alexei Fiódorovich, Alexei Fiódorovich, sea humano, déme la pistola. Permítame que me pegue un tiro.

No le di la pistola. Nos arrastramos hacia atrás, dimos un rodeo y volvimos al sitio donde ya habían caído las minas. Todo salió bien.

— ¿Ves? —le dije a Rudkó—, estás sano y salvo.

— Sí, Alexei Fiódorovich, esta vez hemos tenido suerte. Pero, ¿qué pasará dentro de media hora? ¿Qué

ocurrirá mañana? ¿Y qué valor tiene nuestra vida si tenemos que arrastrarnos como gusanos? ¿Para eso, acaso, he estudiado en la Universidad?

Este era Rudkó.

Yo mismo me sentía francamente mal. Tenía vehementes deseos de dormir, de comer. Además me atormentaban los pies. "¡Ojalá —pensaba— se me hagan pronto callos!" Me molestaba también el abrigo de cuero. ¿Quién habrá dicho que el cuero es impermeable? No sólo cala, sino que se impregna de humedad y pesa como unas cadenas de hierro.

Pero a nadie confesaba mis tormentos.

* * *

En este bosque encontré a un coronel. Como era el jefe militar de mayor graduación, me acerqué a él y deliberamos. Comenzamos a charlar con cierta reserva, limitándonos a frases generales. Por ejemplo, que las cosas no marchaban bien, que no había línea de frente..., que no se sabía dónde estaban nuestras unidades, ni dónde los alemanes...

— Bueno, y a todo esto ¿quién es usted? —me preguntó el coronel con aire de jefe, mirándome de arriba abajo.

— Cómo decirle... ¿sabe, camarada coronel?, apartémonos un poco, y veamos, si le parece, nuestra documentación.

El coronel era el jefe de artillería de un cuerpo. Se llamaba Grigóriev. Sus documentos así lo confirmaban. Y también su aspecto, sus maneras, su modo de hablar, todo revelaba en él a un experto jefe militar. Yo pensé: "He aquí al hombre que necesitamos". Y le propuse sin más ambages:

— ¿Qué le parece, camarada Grigóriev, si organizáramos un pequeño destacamento guerrillero?

El coronel tardó en responder; se llevó la mano a la frente y comenzó a pasearse pensativo.

— Sí —dijo al cabo de unos minutos—. Esa idea ya se me había ocurrido a mí. Usted es diputado del Soviet Supremo de la U.R.S.S. y de la República Socialista Soviética de Ucrania, secretario de un Comité Regional del Partido, y puede ser perfectamente el comisario; yo me encargaré del mando.

Aunque no me gustaba mucho el modo de expresarse del coronel, no podía elegir. Había que comenzar por algo.

Recorrimos el bosque reuniendo a la gente. Se unieron a nosotros unas decenas de hombres, combatientes del ejército en su mayor parte. Formamos, nos numeramos. Eramos noventa y seis hombres. Hicimos recuento de las armas de que disponíamos: ochenta y tres fusiles, dos fusiles ametralladores, cuarenta y seis bombas de mano, doce automáticos, veintitrés pistolas, cuarenta botes de conservas de carne y cuatro panes y medio.

El coronel declaró ante las filas que éramos un destacamento guerrillero.

— El que no quiera venir con nosotros, que dé dos pasos al frente.

Ninguno se movió. El coronel, entonces, señaló a cada uno su puesto, designó a los exploradores, la intendencia, dividió el destacamento en dos secciones y seleccionó a un grupo de oficiales para el Estado Mayor.

* * *

Por la carretera de Kurenki-Járkovtsi avanzaban casi constantemente unidades alemanas: tanques, de uno a uno o en grupo, infantería motorizada, motoristas, convoyes de intendencia. En la reunión de jefes donde, además de mi severo e imponente coronel, asistieron dos

tenientes más, se decidió que ya era hora de abandonar el bosque. Los alemanes no tardarían en "peinarlo".

Más allá de la carretera, a unos doscientos metros, comenzaba otro bosque. Dió la casualidad de que en el destacamento había un tractorista de la comarca, quien nos dijo que desde aquel bosque era más fácil abrirse paso hacia la retaguardia alemana. No recuerdo qué otros motivos existían, pero, en todo caso, era necesario marchar de allí cuanto antes.

— Pasaremos la carretera en pequeños grupos —ordenó el coronel—. Déme su automático, camarada comisario. Yo iré el primero con este tractorista para examinar el terreno y regresaré después. Calculo que será cosa de un par de horas.

Entregué dócilmente mi automático al coronel, le deseé buena suerte y ordené después a los combatientes que se dispersasen por los arbustos y descansaran. Todos estábamos terriblemente fatigados; la noche pasada no habíamos dormido y las anteriores casi tampoco. Nos repartimos equitativamente los restos de comida, guardamos para el coronel y su acompañante la parte que les correspondía y nos dispusimos a esperar.

Me eché a dormir. Tres horas más tarde me despertaba el de guardia.

— ¿Ha regresado el coronel? —pregunté yo.

— No, camarada comisario, no ha vuelto. Por el Oeste han comenzado a disparar fuertemente. Creo que debemos largarnos de aquí.

— Tendremos que esperar al jefe. ¿No conocéis la orden?

Esperamos una hora más, pero el coronel no regresó. Todos le habíamos visto cruzar la carretera sin novedad.

La desaparición del coronel* nos produjo a todos

* Encontré al coronel Grigóriev dos años y medio después en circunstancias de las que hablaré más adelante.

una impresión abrumadora, tanto más penosa para mí, porque me había quedado sin el automático.

Alguien encendió una hoguera en el bosque; unos alemanes que iban por la carretera, al ver humo, abrieron fuego de ametralladora y mortero. A rastras nos adentramos en la espesura. Rudkó desapareció. Inquieto, grité, imitando el habla de un campesino.

— Rudkó, ¿dónde has metido el caballo?

Los alemanes lanzaron varias ráfagas de ametralladora en la dirección en que había sonado mi voz.

Me arrastré unos metros más y grité de nuevo: "¡Rudkó!". Otra vez el fuego alemán me localizó. Los combatientes refunfuñaron y con razón. ¿A santo de qué los descubría con mis gritos?

No tuve más remedio que resignarme a la pérdida del camarada. Más tarde supe que había huído simplemente.

Nuestro destacamento se desmoronó. Quedamos solamente siete. No habíamos prestado juramento ninguno, no podíamos, en realidad, considerarnos guerrilleros, pero nos manteníamos firmemente unidos.

Los siete vagamos por el bosque del distrito de Chernuji, en la región de Poltava, unos cinco o seis días. Pasábamos hambre. Comíamos hierbas, raíces: una vez tuvimos suerte. Unos pastores nos trajeron un puchero de patatas cocidas y medio pan. Fué un verdadero banquete. Pero en vez de hartarnos, no sirvió más que para excitarnos el apetito.

* * *

Cuando anocheció decidimos entrar en la aldea, por una calle ancha y sucia. Las casas distaban bastante unas de las otras, separadas por jardines. Acababa de oscurecer y ya no se veía un alma. Silencio, el terrible

y abrumador silencio del miedo. En las casas, naturalmente, habría gente. Antes, cuando se pasaba al anochecer por la calle de una aldea, los perros comenzaban a ladrar desde todas partes, y se lanzaban a los pies del transeúnte. En aquella ocasión caminábamos los siete sin percibir el menor ruido.

Ibamos del siguiente modo: yo delante, detrás de mí el teniente y los cinco restantes en fila india, guardando entre sí una distancia de dos pasos. Tal vez hubiera sido mejor ir más separados, pero cada uno quería oír respirar al compañero que iba delante.

Los pies me seguían doliendo espantosamente; caminaba apoyándome en el bastón. El pesado abrigo de cuero me asfixiaba. ¿Quién anda en septiembre con un abrigo de cuero forrado de piel? Pero el invierno se nos echaba encima y no había perspectivas de otro.

Marchábamos en silencio. Yo les guiaba, pero ¿a dónde? Y me decía: "Si encontráramos a un viejo o a una vieja, por lo menos", y como al conjuro de este pensamiento descubrí una inmóvil silueta humana en la puerta de una casa.

Iba yo a abrir la boca para llamarle, cuando en el mismo instante la silueta se volvió y sobre el fondo de un claro tronco de abedul, divisé confusamente un automático, suspendido de una correa, y un casco.

¡Era un alemán! El primer alemán vivo que veía tan cerca.

Sin darme cuenta, seguramente impulsado por el miedo, saqué la pistola del bolsillo y disparé contra él. No sé si lo maté o no. Agachándome, doblé por un lado de la casa, hacia la huerta, gritando a los muchachos:

— ¡Alemanes!

En ese momento comenzó el tiroteo: chisporroteó un automático, después otro, y otro, una bengala rasgó el cielo. Yo corría con todas mis fuerzas, saltando por los terrones de las huertas, tropezaba, caía, volvía a levantarme y a correr. Bajo mis pies rompióse una tabla y caí dentro de una fosa. Salí de ella a duras penas y seguí corriendo. Al saltar una alta empalizada, mis pantalones se engancharon en un pincho, rompiéndoseme casi por la mitad.

— *Halt!*

Disparé dos veces en dirección a la voz que me daba el alto y continué corriendo cuesta abajo, hacia el río... De nuevo bengalas y tiros. Me empezó a doler intensamente una rodilla. Pensé: "Me han herido los canallas", pero como podía correr me tiré de cabeza al río, que había surgido inesperadamente ante mí. Recordé que lo habíamos pasado de día, pero por aquel lado formaba un recodo. Nadé hacia la orilla opuesta. Mi abrigo flotaba, inflándose en la superficie; el viento se me había llevado la gorra. Y por todas partes, a la derecha y a la izquierda, oía:

— *Halt, halt, halt!*

Dos fritzes me habían divisado y acribillaban a balazos el agua. Y por si era poco, las malditas bengalas. Tan pronto se elevaba una, yo sumergía la cabeza. Pero era imposible permanecer así mucho tiempo. La bengala se mantenía en el aire más que yo bajo el agua... Aquel río, llamado Mnogo, no era ancho, pero sí profundo. Costaba trabajo nadar con el abrigo y las botas. Cuando llegué a la orilla opuesta no salté a tierra; continué sin salir del agua, a lo largo de la ribera, oculto por los zarzales. No asomaba más que la cabeza. Una bota se me había quedado en el limo del fondo. La otra la tiré. Pensé en deshacerme también del abrigo, pero se me ocurrió una buena idea: hundí el bastón en el barro —no sé cómo lo llevaba aún en la mano— y colgué encima el abrigo; escondí la cartera con el mapa y los papeles en el fango y para mayor seguridad lo apisoné lo mejor que pude. Después, a rastras, me dirigí hacia los arbustos.

Me costaba trabajo deslizarme así. Los codos empezaban a dolerme. La rodilla seguía torturándome... Me toqué para ver si tenía sangre: no, no estaba herido.

Me senté al pie de un arbusto, encogí las piernas y respiré. Los alemanes disparaban contra mi abrigo colgado en el palo. Surcaba el aire una bengala, e inmediatamente abrían fuego. Un minuto más tarde el gabán cayó al río y se lo llevó la corriente.

Sentado entre los arbustos me eché a reír. Sí, a reír. Me imaginé el aspecto que tendría un hombre grueso, con una condecoración en la guerrera, sin botas, sin abrigo, sin gorra, calado hasta los huesos y encogido como un ovillo... "Pues sí —pensé—, estoy bueno para dirigir desde aquí debajo de un arbusto..."

Cuando cesaron los disparos, salí de mi escondite y eché a andar de prisa por el campo. Pero no era exactamente un campo, sino un cañaveral recientemente cortado. ¡Entonces sí que lamenté mis botas! No había andado más de veinte metros y ya tenía los calcetines y los peales hechos trizas, y los pies llenos de desgarraduras. ¿Mas qué podía hacer? Seguí andando. Habría recorrido unos dos kilómetros, cuando divisé los contornos de unas casuchas y a la izquierda una parva de trigo. Me acerqué. Era una parva grande, y junto a ella otra pequeña. Me acomodé entre las dos. Procuré ocultarme con paja, pero seguramente se me veían los pies. En seguida quedé dormido, mejor dicho, sentí como si me desvaneciera.

Volví en mí unas cuatro horas después, hecho un ovillito, igual que cuando era pequeño y no quería levantarme de la cama. Tumbado, temblando de frío, con una mano me arrancaba las espinas clavadas en los pies, y con la otra apretaba la pistola. En los bolsillos llevaba cartuchos de repuesto. Volví a cargar la pistola. Seguí tendido, sin atreverme a asomar la cabeza. Me reprochaba sin cesar el haber huído de los

alemanes, yo, que tanto había condenado siempre la cobardía...

Durante mucho tiempo estuve apostrofándome, y después me puse a pensar en qué hacer.

A unos quinientos pasos había unas casas en las que vivían koljosianos. ¿Qué dirían al verme aparecer?

Yo soy hombre de masas, vivo para los demás. Nunca he conocido la soledad, no la he buscado ni la necesito. Digo esto porque esconderse sólo para salvar la vida, era inconcebible para mí. Hasta pensarlo me repugnaba.

Pero confieso que en aquel momento me desorienté. Además, encontrábame débil físicamente, con los pies hinchados, sangrando, y... no me sentía seguro de mí mismo.

Cantó un gallo. "Va a amanecer" —pensé. De pronto a mi lado rebulló algo, el haz que me cubría se estremeció y cayó a un lado...

Me incorporé de un salto, empuñando la pistola... Había amanecido ya, pero yo no descubrí a nadie. Solamente a mi alrededor cacareaban unas gallinas. ¡Malditas, menudo susto me habían dado!

* * *

Durante la guerra jamás me vi en tanto peligro como en aquellos días. Mi aspecto era tal que podía provocar risa y piedad. Lo confieso sin rubor, porque creo que todos los que han empezado la guerra como yo, reconocerán para sus adentros haber tenido momentos de decaimiento físico.

Pero volvamos a lo que me sucedía a mí. Repito que jamás me encontré en tanto peligro como entonces. Me había dejado ganar por el cansancio. Seguramente dormí unas cuatro horas en aquella parva de trigo y me podían haber apresado tranquilamente mientras dormía. Para

colmo, llevaba en los bolsillos de la guerrera los siguientes documentos: el carnet del Partido, el carnet de identidad como secretario del Comité Regional, el carnet de identidad de miembro del Comité Central del Partido Comunista (bolchevique) de Ucrania, la libreta de condecoraciones y los carnets de diputado al Soviet Supremo de la U.R.S.S. y de la R.S.S. de Ucrania.

Aquel amanecer, cuando me despertaron las gallinas, no vi a mi lado a ningún ser viviente.

Me levanté y ya me disponía a marchar, cuando abrieron fuego de mortero sobre el campo; cerca de mí, a unos trescientos metros, tabletearon ametralladoras. No sé quién disparaba contra quién. Estaba ya acostumbrado a precaverme de todo. Y hubiera sido estúpido, además, haberme mezclado con mi pobre pistola en aquel tiroteo.

Volví a tumbarme, acomodándome entre la parva. Las gallinas, cacareando, escarbaban afanosas la tierra a mi lado; los gallos lanzaban su altivo y libre ki-ki-ri-kí. Sentía odio por esos bichos. Conocía la afición de los alemanes por las gallinas y los huevos. Probablemente vendrían en busca de carne blanca y toparían conmigo.

Me atormentaba el deseo de fumar. Pero estaba tan helado que no podía moverme... Además, los cigarrillos y las cerillas estaban mojados.

Poco después cesó el tiroteo. Oí el rastrear de unos pasos y una tos que sin duda era de vieja. No se oían voces; eso significaba que la viejecita estaba sola. Se puso a llamar a las gallinas, bisbiseando y gruñendo algo.

Alargué las piernas, que se me habían quedado entumecidas, me volví resueltamente y, apartando la paja, me puse en pie de un salto.

— ¡Dios santo, Dios santo! —gritó la vieja agitando los brazos.

Comprendo que era para asustar a cualquiera ver a

un tipo así: descalzo, barbudo, mojado, con la cabeza llena de paja.

La vieja se persignó y quedó como petrificada. También yo guardé silencio unos segundos; la mañana era soleada y me sentí deslumbrado.

— ¡Oigame, abuelita! —dije con la mayor tranquilidad que pude—. No tenga miedo. No muerdo. ¿Los alemanes están lejos?

— Quiá, en la aldea. Están llevándose el trigo y el ganado.

— ¿No tendrás, abuela, algo de comer? ¿un pedazo de pan o un tazón de leche?

Al tiempo que hablaba con la vieja, yo miraba alrededor: lo que en la oscuridad habíanme parecido casas eran gallineros. El koljós sacaba las aves al campo para luchar contra los parásitos y había construído unos gallineros bastante espaciosos. La vieja, seguramente, sería la encargada de las aves.

— ¿Y bien, abuelita, no tendrá un bocado que dar a un soldado ruso?

— No tengo nada, querido... ¿te parece bien asustar así a la gente?

— ¿En aquel bosque hay también alemanes? —y señalé la linde que comenzaba a unos trescientos o cuatrocientos metros de la parva.

— Los alemanes están por todas partes —respondió la vieja.

Por detrás de los gallineros apareció un viejo senil. de abundante barba verdosa, con un barlak sobre los hombros.

— Este mozo, abuelo, pide comida —explicó la vieja.

El viejo me miró de soslayo; sin decir nada comenzó a desatar su capuchón. Tardó mucho tiempo en hacerlo. Después sacó un gran trozo de pan y un pedazo de tocino; sin decir nada, me los tendió y se

sentó en el suelo. Mientras engullía, los viejos no me quitaron los ojos de encima.

— Oye, mozo —dijo, al fin, el viejo— a unos cien pasos de aquí, hay un soldado muerto. Lleva un capote muy bueno. En vez de pasar frío ve y quítaselo.

Sin dejar de masticar, denegué con la cabeza.

El viejo me miró con curiosidad.

— ¿No te parece bien? ¿Acaso quieres morir? ¿Eh?

El viejo se levantó y desapareció detrás de la parva donde yo había pasado la noche y parte de la mañana. Regresó con un capote sucio y todo roto.

— Si no quieres quitárselo a un muerto, a mí no me lo vas a despreciar. Llévatelo, muchacho, y salva la vida.

El capote estaba roto, desgarrado casi hasta el cuello. Coloqué un pie encima y acabé por rasgarlo en dos partes. Una mitad me la eché sobre los hombros, la otra la rompí por el medio y me envolví con los pedazos los pies. Los viejos me observaban sin decir nada. Tampoco yo intenté continuar la conversación. No estaba para eso. Me castañeteaban los dientes, me temblaban las piernas y los brazos. No se me había secado aún la ropa después del baño de la noche anterior...

Una vez vestido de esta guisa, me levanté y, despidiéndome de los viejos, me encaminé hacia el bosque.

— ¡Eh, mozo! —me gritó el viejo.

Volví la cabeza.

— Que Dios te acompañe... ¿Tienes armas?

Asentí con la cabeza.

— Pues, antes de morir, mata a un alemán por lo menos. Anda, ve, ¿qué haces ahí parado? ¡Ale, ale, por lo menos no mueras en vano!

En la linde del bosque vi pasar unas siluetas humanas. Rusos, probablemente. Tenía irresistibles deseos de volver a encontrar al teniente y a todo el grupo que había perdido la víspera.

A la derecha, a unos quinientos metros, extendíase una pequeña aldea.

* * *

Por el campo venía corriendo de la aldea una niña descalza, con sólo un vestidito sobre su cuerpo. Sin dejar de correr, gritaba, lastimera, a voz en cuello.

Al verme se detuvo bruscamente a unos cinco pasos de mí y dejó de gritar. También yo me detuve. Era una niña campesina, de rubios cabellos, de unos nueve años. Me miraba con los ojos muy abiertos.

Di un paso hacia ella, y tendí la mano para acariciar sus cabellos. La niña retrocedió y sus labios temblaron.

— Soldadito —dijo, respirando trabajosamente—, ven conmigo, soldadito. Sígueme, de prisa —se agarró de mi mano y tiró de ella—. Los alemanes están pateando a mi madre, la están haciendo pedazos, vamos, de prisa.

Yo no podía caminar de prisa, pero la niña quería que corriéramos y repetía: "Salva a mi mamá".

Habría andado unos quince pasos cuando reflexioné que no debía ir con ella, que no tenía derecho a dejarme llevar por mis sentimientos. Me detuve.

— ¿Qué haces? —exclamó la niña, y tiró de mi mano. Después me miró a los ojos; un temblor convulsivo estremeció sus mejillas. Soltó mi mano y echó a correr al bosque, repitiendo su grito.

Y había tal angustia, tal desesperación en su voz que me lancé detrás de ella, gritando.

— ¡Espera, niña, vamos, vamos donde está tu madre!

Pero la niña no se volvió. Corría tan ligera que yo con mis pies destrozados no podía ni pensar en alcanzarla. La pequeña gritaba sin cesar y durante unos minutos seguí oyendo todavía su voz... Resonaba en

mis oídos al día siguiente, y una semana más tarde. La oigo todavía hoy.

— ¡Soldadito, ven conmigo!

* * *

En el lindero, entre unos matorrales, vi a tres soldados rojos. Los tres llevaban a la espalda unos grandes sacos abarrotados. Tenían un aspecto bastante deplorable, pero sus capotes estaban enteros, aunque sucios, y sus botas en buen estado.

Los tres eran chóferes. Me relataron brevemente cómo fueron cercados. Yo les dije que era comisario de regimiento. No sé si los chóferes me creyeron o les tenía sin cuidado; el caso es que me aceptaron en su compañía y me "incluyeron en el racionamiento".

— Vamos a deliberar, comisario —dijo uno de ellos, de mal talante, rostro tumefacto y sombría mirada.

Diciendo esto, guiñó un ojo a sus compañeros. Los tres se dirigieron a un gran almiar; yo los seguí. En el almiar había un hueco profundo como una gruta. Nos metimos dentro y nos instalamos cómodamente.

El chófer de la mirada sombría desató su saco, extrajo dos botes de conservas, una cantimplora con vodka y un trozo de pan. Despaciosamente, cortó el pan, abrió con diestro movimiento un bote, repartió la carne sobre los trozos de pan, vertió la vodka en el bote vacío y me la tendió primero a mí.

Todos bebimos por turno. Después nos pusimos a comer. Al terminar, uno de los chóferes, moreno y vivaracho, hebreo, a juzgar por sus facciones, dijo al de mal talante:

— Bueno, Stepán, ¿es que vamos a pasarnos todo el tiempo metidos en el almiar?

Stepán le lanzó una rápida mirada, sin despegar los labios.

El tercer chófer, un muchacho picado de viruelas y con acento de ruso norteño, dió una palmada al huraño chófer.

— Sabes, Stepán, vamos a abrirnos paso hacia los nuestros. Ya tenemos a un comisario que, a juzgar por su aspecto, es un tío valiente y vendrá con nosotros.

Stepán clavó su mirada en mí, luego tendió su mano larga y peluda hacia la condecoración que yo llevaba en el pecho y la tocó. Al parecer se emborrachaba fácilmente.

— ¡Un comisario es el que nos hacía falta! ¿Para qué te has colgado eso, estúpido? —me dijo sin quitar la vista de la condecoración—. ¡Quítatelo, si no te lo quitaré yo!

— Estate quieto —intervino el picado de viruelas—. ¡No hagas el tonto, Stepán! Hablemos en serio.

— ¿Que hablemos en serio? ¿De qué tenemos que hablar? Estamos perdidos —gruñó el fosco chófer. Volvió a llenar el bote de vodka, bebió, enjugóse la boca con la palma de la mano y prosiguió lentamente—. Lo que tenemos que hacer es muy sencillo: llevaremos al comisario del brazo a la aldea próxima y que el comandante decida a quién colgar y a quién mandar al campo de prisioneros. Si les llevamos el comisario, los alemanes sentirán más confianza en nosotros. —Al advertir que yo me llevaba la mano al pecho, me la sujetó —. Espera, amigo, no me asustes, ya tendremos tiempo de pelearnos. También yo tengo un cacharro así... Tira tu chapa entre la paja y toma este documento.

Diciendo esto, sacó del bolsillo varias octavillas: "salvoconductos" alemanes. Con un esfuerzo logré arrancar la mano de entre sus fuertes dedos y saqué la pistola... El chófer picado de viruelas, que estaba sentado a mi derecha, me dió un golpe en el brazo que me hizo soltar el arma. Intenté abalanzarme sobre

él, pero con la celeridad de un gato, el chófer picado de viruelas saltó sobre Stepán.

— ¡Canalla, te has vendido!...

El moreno se precipitó a ayudarle y entre los dos derribaron a Stepán.

— ¡Esperad, hermanos, hermanitos! —gritaba éste debatiéndose con pies y manos y mordiéndolos. De pronto emitió un ahogado y extraño ronquido y sus pies golpearon el suelo.

Un minuto más tarde todo había terminado. Salí del almiar y suspiré profundamente. Detrás de mí salieron también el moreno y el picado de viruelas, con sus sacos al hombro. El picado de viruelas, mirando a un lado y sin dirigirse a nadie, dijo:

— ¡A un perro, muerte de perro!

Después, enjugándose con la manga el sudor del rostro, se dirigió a mí.

— No hay necesidad, camarada comisario, de disparar en vano y armar ruido. A veces vale más hacerlo callandito...

No volvimos a hablar más de lo sucedido. Nos adentramos en el bosque, cada uno a vueltas con sus ideas. Yo pensaba que aquellos dos combatientes del Ejército Rojo me habían dado un ejemplo de decisión y necesaria crueldad.

* * *

En el saco del moreno hallóse un impermeable que, aunque corto y viejo, me vino de perlas. Me protegía un poco del viento y de la lluvia. Los muchachos me dieron también una gorra deteriorada. Ataviado de esta suerte, parecía, en efecto, un evadido del cautiverio.

Poco después descubrimos que nuestro grupo no era duradero y que teníamos objetivos distintos. El picado de viruelas estaba decidido, costase lo que costase, a atravesar la línea del frente. Para eso buscaba

compañeros. Mis propósitos seguían siendo invariables: ir a la región de Chernígov. El moreno —se llamaba Yákov Zússerman— anhelaba volver a su terruño, a la ciudad de Nezhin. Esta ciudad pertenecía a la región de Chernígov, y por lo tanto Yákov y yo llevábamos el mismo camino.

Por el bosque vagaba mucha gente. La mayoría, probablemente, era lo mismo que nosotros. Solía ocurrir que veíamos a un hombre que, al divisarnos, se encaminaba a su vez hacia nosotros. Le llamábamos:

— ¡Somos de los vuestros, ven aquí, amigo!

Pero de pronto, el hombre daba la vuelta y echaba a correr. Los que iban solos eran los que tenían más miedo. Era comprensible: cualquiera podía saber de qué gente se trataba...

Pasamos la noche en un prado, en un almiar de heno. Dormimos por turno. Por la mañana comprobé satisfecho que tenía los pies mucho mejor.

Después de comer un bocado, decidimos firmemente buscar compañeros y formar un grupo, si no de guerrilleros, por lo menos de camaradas. Cuantos más fuésemos, más fuertes seríamos.

Mientras hablábamos de todo esto, vi pasar corriendo a un chiquillo cerca de nosotros. Lo llamamos. El muchachito se aproximó sin vacilar.

— ¿No has visto, chico, guerrilleros por aquí?

— ¿Qué son guerrilleros?

El muchacho parecía astuto. Nos fijamos en que llevaba sobre los hombros dos enormes zapatones de los que se usan en el ejército.

— ¿Dónde los has encontrado? —preguntó el picado de viruelas—. Dáselos a nuestro jefe, ¿no ves que está descalzo?

El muchacho, de buen grado, descolgó de sus espaldas los zapatones. Ambos eran del pie izquierdo, pero me los pude poner. Como eran muy grandes,

envolvíme los pies en los restos del capote. Di las gracias al chico y le pregunté:

— Bueno, ¿y qué me dices de los guerrilleros? ¿No los has visto?

— Ahí, detrás del barranco, hay unos hombres, pero no sé quiénes son. Seguid por aquí —nos indicó la dirección y marchamos hacia allá.

Con los pies calientes me sentía como un rey. El que haya sido soldado, comprenderá la importancia que esto tenía. Aunque tropezaba con frecuencia, iba de mejor humor.

Me puse más contento aún, cuando en el grupo del barranco encontré a dos conocidos: eran unos soldados rojos del pequeño destacamento que había perdido dos días atrás.

Ellos me contaron que de los seis hombres que habían participado en el tiroteo nocturno, sólo uno resultó herido y apresado. Los restantes consiguieron ocultarse. A mí me daban ya por muerto. El teniente, con otro, había salido aquella mañana a hacer una exploración y le estaban esperando aún... En total, en el barranco, en torno de la hoguera, éramos siete hombres. Dos anhelaban volver a su terruño, a las regiones de Kíev y Zhitómir; los restantes querían pasar a todo trance la línea del frente; a ellos se unió el chófer picado de viruelas.

Ninguno de aquel grupo nos conocíamos bien. No estábamos, naturalmente, de muy buen humor. Pero, ¿se concibe que unos cuantos rusos, reunidos junto a una hoguera, sean capaces de permanecer callados? Nosotros tampoco fuimos una excepción.

— ¡Qué grande es nuestro país! —exclamó un enorme mocetón envuelto en su capote. Estaba tumbado boca arriba y miraba al cielo—. Nuestro país resistirá, no hay que dudarlo. Pero la cuestión es...

Y no dijo cuál era la cuestión.

Nuestra charla se limitaba, en realidad, a exclamaciones y réplicas indefinidas. Prestábamos continuamente oído a los lejanos disparos y al susurro de las hojas. Desconfiábamos también unos de otros; más de una vez sorprendí miradas recelosas y escrutadoras.

— ¡Qué cosas! —exclamó un pequeño combatiente que llevaba un cinturón muy ceñido—. Un cascote mató a Vaska Siedij, pero a mí no me ha tocado y aquí estoy vivito y coleando... ¿Qué somos nosotros, muchachos, sin ejército? ¿Quiénes somos separados? Sabemos cantar canciones de la Patria: "Grande es mi país natal", pero cuando uno se queda solo, todo el país le cabe en la panza.

— Eso depende de la persona —repuso el mocetón que contemplaba el cielo. De pronto, sin poderse contener, se levantó—. ¿Qué andas diciendo ahí? ¿Qué sabes tú del país y de la Patria? ¡De buena gana te daría un sopapo... para que comprendas! —Se puso a liar un pitillo, con el propósito, evidentemente, de exponer mejor sus pensamientos—. ¿A que no sabes en lo que estaba pensando ahora?

— Pues claro que lo sé —respondió el combatiente bajito—. En la mujer, en los chicos, en la cochina situación en que nos encontramos y también en cuándo volveremos a comer.

— ¡Qué tonto eres! Aquí somos diez hombres. Y si pudieras ahondar en cada uno, verías que no todos piensan en sus necesidades materiales, sino por el contrario, quieren olvidarse de ellas. Estaba pensando ahora en Uralmash, así se llama una fábrica que tenemos en Sverdlovsk, en los tanques que podríamos construir en ella. ¿Y tú en qué piensas? —preguntó de pronto, volviéndose hacia su vecino de la derecha.

Este era un hombre de rostro gris, muy fatigado, y ojos descoloridos por el cansancio. Estaba sentado con

los pies descalzos y calentaba al fuego un dedo en el que tenía un abceso.

— ¿Yo? Yo no pienso, estimado camarada, yo sueño. En general soy un soñador. Pienso en lo que habría que hacer para meter en cintura a Alemania, porque los alemanes no hacen más que exterminar a la humanidad. Cuando tenga mejor el pie y pueda calzarme las botas, empuñaré el fusil y me largaré. Y por mucho que tenga que andar, por muchas vueltas que dé, ¡llegaré un día a Berlín! Cuando agarremos a Hitler por el gaznate, entonces hablaremos... —Comenzó a toser; era evidente que estaba tan fatigado que le costaba trabajo hablar.

— ¡Pero, amigo, si tú te morirás siete veces antes de llegar a Berlín! —le gritó el pequeño combatiente.

— No me pienso morir, aunque tal vez me toque caer en un combate. Pero incluso antes de la batalla en que me espere la muerte, seguiré soñando y haciendo planes...

Aunque todo esto lo había dicho en voz baja y serena, era imposible no creerle: tanta fe brillaba en su rostro.

— ¡Es verdad, amigo! —exclamó alegremente un hombre desde el otro lado de la hoguera—. Hombres como usted y como yo, quiero decir, hombres soviéticos, no conciben la vida sin pensar en el futuro. Soy perito, he trabajado en la central eléctrica del Dniéper, y, además, allí mismo estudiaba. Esta noche, mientras dormía cubierto con la hojarasca y temblaba de frío, pensaba en cómo reconstruiremos todo cuando hayamos echado a los alemanes. Es indudable que los alemanes lo volarán todo, también es indudable que huirán y que nosotros volveremos a construir después mejor aún. ¿No es verdad, camaradas, que es indudable?

Nadie le respondió, y el hombre enrojeció confuso como un joven mozalbete.

— Sí, es indudable, no hay para qué hablar de eso —refunfuñó el grandullón que había sido el primero en comenzar la conversación—. ¡En pie, compañeros! ¿No oís, acaso, que los fritzes vienen hacia aquí?

En efecto, sonaban cada vez más próximas ráfagas de fusiles automáticos. Los alemanes habían comenzado, probablemente, a "peinar" el bosque.

Seguimos dos días más juntos. En el curso de aquellos días vagamos los diez en grupo, haciendo descubiertas e interrogando a los que encontrábamos por qué sitio pasar mejor y dónde estaban los alemanes.

En aquellos lugares el bosque no era espeso, alternando con pantanos y charcos. A cada instante, por encima de nuestras cabezas, pasaban volando hacia el sur bandadas de pájaros.

Caía la amarillenta hoja y lloviznaba. El bosque tenía un aire tristón y casi todos nos sentíamos, si no tristes, por lo menos abatidos.

La gente hablaba de sí misma de mala gana, parcamente. Hasta el segundo día, no supe que el teniente Iván Simonenko —uno de los que iban en el grupo— era miembro del Partido. Me contó que antes de la guerra había sido instructor del Comité Regional de Volinia. Recordé a algunos de nuestros conocidos comunes, y le hice una descripción detallada de ellos. Poco a poco fuimos confiándonos, desapareciendo la reserva. Simonenko era de la región de Chernígov y se dirigía al distrito de Málaia Dévitsa, donde tenía a su madre. Esto me venía muy bien. Yo necesitaba atravesar este distrito para llegar al destacamento regional. Ambos nos pusimos muy contentos, nos estrechamos fuertemente las manos, llamamos a Yákov Zússerman y decidimos partir los tres aquella misma noche hacia la región de Chernígov.

* * *

Juntos los tres deambulamos unos ocho días por los caminos de la región de Poltava y después por los de Chernígov. La descripción detallada de aquellos días podría servir de tema, probablemente, para un relato aparte. Mis dos compañeros eran personas honradas y afectuosas. El más joven de todos era Yákov Zússerman: tenía 26 años.

Yo le decía:

— Yákov, no vayas a Nezhin. Claro que allí tienes a los hijos y a la mujer, pero tú solo, ¿qué puedes hacer por ellos? Te atraparán en seguida y te llevarán a la Gestapo. Salta a la vista que eres hebreo. Quédate con nosotros. Seremos guerrilleros. Por lo menos, si matan a tu familia, la vengarás.

— Seguramente —me respondía él— no le falta a usted razón: nada tengo que hacer en Nezhin. Pero se me parte el alma, quiero ver a mi madre, a mi mujer, a mi hermanita, y sobre todo, a mi hijito. Es tan pequeño, no tiene más que cuatro añitos, pero ya me ha escrito una carta: "Papá, Vova es bueno". Es imposible que estando vivo, y teniéndolos cerca, no vaya a verlos. Déjeme, déjeme marchar.

¿Por qué me pediría permiso? Yo no era su jefe y, por lo tanto, no podía impedírselo. Yákov, por lo visto, se consideraba de la comunidad por ir con nosotros, y tal vez si yo hubiese insistido se habría quedado. Pero yo no quise insistir. El muchacho no hacía más que pensar en Nezhin, soñaba con la familia y con la casa. Se veía que en el mundo no existía para él nada más preciado: "No me importa morir después, ni que me atormenten, ¿pero cómo no voy a ir si puedo hacerlo?"

Simonenko le comprendía mejor que yo. También él anhelaba reunirse con su madre. Estaba firmemente resuelto a no quedarse en la retaguardia alemana, a pasar de nuevo la línea del frente. No iba más que a "tranquilizar a la viejita".

Tres compañeros casuales, tres hombres soviéticos, dormían de día en las parvas de trigo, en los almiares de heno, y en cuanto anochecía, volvían a ponerse en camino.

Marchábamos por Ucrania, de la cual acababan de apoderarse los alemanes.

Hasta en los caminos vecinales tropezábamos con inscripciones en alemán, con flechas en los postes. Si no había gente por allí, rompíamos los letreros, los hacíamos añicos y los tirábamos por el campo.

Un día, por la tarde, salimos a una carretera bastante espaciosa y bien cuidada. El tiempo era apacible y cálido. El sol calentaba y alrededor todo respiraba serenidad. Andábamos despacio, como si fuéramos dando un paseo. A los dos lados de la carretera crecían espesos matorrales cuyas hojas amarillas y rojizas alfombraban la tierra. A lo lejos blanqueaban los manchones de los caseríos; alrededor de las casas veíanse álamos y ramas gruesas, ya desnudas, de árboles frutales.

Todo estaba en silencio, caminábamos tranquilamente y los tres teníamos un apetito magnífico; nos parecía que tan pronto como llegáramos a la aldea o al caserío inmediato, la dueña nos obsequiaría con un "borsch"...

Sí, por extraño que parezca, estos cuadros apacibles existían en la retaguardia enemiga.

Ibamos por nuestros lugares natales, era nuestro paisaje entrañable. Además, atravesábamos un distrito donde no se había combatido, donde la guerra no había dejado su negra huella.

Hacía una hora y media, por lo menos, que seguíamos aquel camino enmarcado por arbustos y, en algunos lugares, por árboles jóvenes. Apenas cruzábamos una palabra. Los tres sentíamos probablemente lo mismo.

Bordeaban la carretera cunetas poco profundas, sobre las cuales se inclinaban las ramas de los arbustos. Te-

nían ya pocas hojas y por eso los tres divisamos al mismo tiempo el cadáver de un hombre tendido en una cuneta. Era un soldado del Ejército Rojo. Habíamos visto ya muchos cadáveres, pero allí, en aquel apacible y tranquilo lugar... Buscamos su documentación para saber quién era el muerto, pero no encontramos nada. Los bolsillos de la guerrera estaban desabrochados y los de los pantalones vueltos del revés. Lo habían matado de un tiro en la nuca.

Veinte pasos más allá, vimos otro cadáver, también en la cuneta, y también con un balazo en la nuca. Aceleramos el paso. No comentamos lo visto: como si no hubiera ocurrido nada. Pero la serenidad que había invadido nuestro ánimo desapareció como por encanto. Sentimos de pronto toda la terrible fatiga que nos abrumaba.

Unos pasos más allá, Yákov recogió un paquete alemán con tabletas de cloruro. Lo abrió, lo olfateó e hizo ademán de tirarlo. Simonenko, en broma, le dijo:

— No lo tires, Yákov. Tal vez te sirvan. Echándolas a un charco, puedes beber sin peligro para la salud...

Yákov se ofendió.

— ¿Crees que me preocupo de mi salud? —y arrojó furioso el paquetito entre las matas.

Poco después Simonenko encontró una cuchara, la miró y, al ver que era alemana, volvió a tirarla. Después vimos en el suelo un botón metálico con un águila resplandeciente.

— Me parece, muchachos —dije yo—, que aquí han desnudado a un fritz.

Anduvimos unos cincuenta pasos y divisamos una pequeña cruz sobre un montículo. El aspecto era de lo más agradable: sobre la cruz, un casco de acero alemán. Eso significaba que no estarían muy lejos los que lo habían enterrado... El camino era llano y podía ser visto desde bien lejos. No había nadie. Sin embargo,

resolvimos apartarnos de la carretera y nos metimos en la espesura de unos matorrales. No habríamos andado unos minutos, cuando oímos susurros y gemidos.

Un muchacho. que llevaba un descolorido uniforme de soldado del Ejército Rojo, trataba de ponerse de rodillas, agarrándose con sus manos ensangrentadas a los arbustos. Simonenko se acercó corriendo a él y, asiéndole por los sobacos, quiso ayudarle, pero el muchacho, gritando terriblemente, se escurrió y cayó de espaldas, sin cesar de gritar. Tenía los ojos muy abiertos, pero probablemente, no veía ni comprendía nada. El pelo, el pecho, las manos estaban inundados de sangre. Tenía la mejilla derecha tan destrozada, que se le veía el hueso de la mandíbula.

Simonenko acercó la cantimplora a los labios del soldado. El agua se derramó, pero algunas gotas cayeron dentro de la boca; el herido hizo un movimiento para tragarlas. Seguía gritando, pero no tan fuerte. Una luz brilló en sus ojos. Con la voz enronquecida, atropellando las palabras, balbuceó.

— ¡Mamá, tápame con el abrigo! —Estas palabras se han quedado grabadas en mi memoria; las repitió varias veces. Después su mirada recobró la claridad —. ¡Hermanitos, me muero! Me llamo Nikodímov... soy de la sexta compañía... echa, echa más —sorbía ávidamente de la cantimplora—, ¡salvad a Seriozha Nikodímov!

Cada vez bebía con mayor rapidez. Simonenko le sostenía la cabeza.

— ¡Acuéstame —ordenó el herido—, sí, acuéstame, ya no puedo resistir más!

Simonenko colocó la cabeza del soldado sobre la tierra. Zússerman y yo permanecíamos de pie al lado de ellos, cambiando de vez en cuando alguna que otra mirada.

— Dadme de comer. Pero, ¡quiá! no podré tragarlo,

los malditos me han roto los dientes. Contad a todo el mundo, muchachos, cómo padeció Seriozha Nikodímov en el cautiverio alemán...

Hablaba y se interrumpía a sí mismo. A veces el relato transformábase en delirio. Sin embargo, comprendimos por sus incoherentes palabras que el grupo de prisioneros al cual pertenecía, llevaba cuatro días sin comer ni beber. El sargento que los conducía les apaleaba con lo primero que encontraba y recientemente había fusilado a dos, que se habían quedado rezagados. Entonces, Nikodímov, con una piedra, le rompió la cabeza.

— Le tiré al suelo y me puse a morderle, los otros me pegaban con los pies y las culatas de los fusiles y consiguieron quitarme al maldito... Y aun estoy vivo, hermanitos... ¿Por qué, para qué quiero la vida?

Después, semiinconsciente, sentóse sobre la tierra, apoyando en ella las manos. Empezó a acusarse a sí mismo, a insultarnos a nosotros y a todos los que habían caído prisioneros; a nosotros, naturalmente, nos consideraba también prisioneros. De pronto, rodó por tierra; un chorro de sangre brotó de su garganta. Cuando se calmó, comprendimos que todo había concluído.

Era necesario enterrarle. No teníamos con qué cavar la fosa. Intentamos saber algo de él, para poder escribir más tarde a su familia, pero encima no llevaba nada.

Nos descubrimos y guardamos silencio un minuto. Miré a Zússerman. Por sus mejillas resbalaban lágrimas. Al sorprender mi mirada, Yákov cubrióse el rostro con las manos y corrió a un lado, tronchando los arbustos. Unos veinte minutos más tarde nos alcanzó. Le temblaba convulsivamente una mejilla. Tratando de serenarse, dijo:

— Me he emocionado, muchachos.

* * *

Los distritos que recorrimos entonces, no habían sido aún muy afectados por la guerra. En aquellos lugares no se combatió.

El frente distaba unos ciento cincuenta kilómetros, las guarniciones alemanas estaban todavía organizándose y los de la Gestapo y demás elementos del aparato represivo no habían llegado aún.

Una vez un viejo koljosiano nos recogió en su carro. Era un hombre de una apacibilidad asombrosa.

— ¿Veis?, el molino funciona. Voy allá en busca de harina. ¿Podía pensar yo acaso que con los alemanes podríamos moler trigo? En total no hay más que tres alemanes en todo el distrito. Lo mismo que antes de la guerra, seguimos con el koljós "Krásnoe Znamia" ("Bandera Roja"). Con el mismo presidente y el mismo contable... Fijaos en aquellos trigales, están sin segar y se pierde el trigo. Quedaos, camaradas, a trabajar aquí. Tenemos mozas guapas y buenas mujeres... Pero muy pocos trabajadores.

Preguntamos al viejo de dónde era, por qué se sentía tan plácidamente y por qué le gustaban tanto los alemanes. Nos respondió que no quedaba otro remedio, ya que el ejército no había resistido, cediendo a los alemanes Ucrania, Moscú y Leningrado; por lo tanto, era necesario adaptarse a las circunstancias.

— No he visto aún a los alemanes. ¿Cómo son?

— Entonces, abuelito, ¿cómo sabe usted que han tomado Moscú?

— Me lo ha dicho el starosta.

— ¿Y usted lo cree?

— ¿Cómo no voy a creerle? Antes recibíamos periódicos, teníamos radio. En cambio, ahora, lo que diga el starosta es la verdad.

No acabábamos de comprender si se trataba de un viejo astuto, que se fingía ingenuo, o si, en efecto, es-

taba convencido por la propaganda que hacían los secuaces de los alemanes.

Cuando supe que el viejo era de la aldea Oserniani, del distrito de Varva, de la región de Chernígov, sentí como una sacudida eléctrica.

— ¿Estamos ya en la región de Chernígov?

— Pues claro...

— Abuelito, en la provincia había antes un dirigente llamado Fiódorov, ¿no sabes dónde está ahora?

— ¿Fiódorov? ¿Alexei Fiódorovich? ¡Pero si antes de la guerra le veía como le estoy viendo a usted ahora! Venía con frecuencia. Cualquiera sabe por dónde anda. Unos dicen que se ha vendido a los alemanes, otros que lo han matado... Quizás esté de starosta en algún sitio...

Al oír eso no pude contenerme. Sentía irreprimibles deseos de agarrar al viejo por el cuello.

— ¡Maldito viejo! —exclamé furioso—. ¿Por qué mientes que conocías a Fiódorov? ¡Yo soy Fiódorov!

Pero el viejo, lejos de desconcertarse, enrojeció de pronto y, volviéndose hacia mí, gritó:

— ¿Que miento? Sesenta y cuatro años tengo de vida y jamás me han llamado mentiroso. ¿Creéis que me voy a asustar porque lleváis la pistola metida bajo la camisa? Soy un hombre viejo, la muerte no me asusta. ¡Usted qué va a ser Fiódorov! Si Fiódorov llegara aquí, la gente iría con él a las guerrillas, el pueblo quemaría el molino y ahorcaría al starosta... Os habéis equivocado, muchachos... A mí no me sonsacaréis nada... ¡A ver, bajaos del carro! ¡Os digo que os bajéis!—gritó enfurecido, dándome un puñetazo en un costado.

¿Qué podíamos hacer? No tuvimos más remedio que bajar. El viejo desenrolló el látigo, fustigó a los caballos en los ijares y los animales arrancaron veloces. Ya se había alejado unos cien pasos de nosotros, cuando el viejo, amenazándonos con el puño, nos insultó colérico:

— ¡Puf, malditos policías!

Después se encogió como si esperara alguna bala. Nosotros, naturalmente, no disparamos.

El viejo volvió a enderezarse y siguió un buen rato, mientras el carro se alejaba, cubriéndonos de improperios.

Así entramos en la región de Chernígov.

* * *

Nos dirigimos a la aldea de Ignátovka, del distrito de Srebnianski. Allí conocía a varias personas.

En adelante, el camino de Yákov Zússerman era distinto.

— Bueno, Yákov, ten cuidado, no caigas en manos alemanas —le dije cuando nos despedíamos—. Si consigues sacar a la familia y tú logras escapar, dirígete al distrito de Koriukovka, allí hay guerrilleros. Allí nos veremos.

Nos abrazamos, pensando que nos despedíamos para siempre.

El 27 de septiembre, ya avanzada la noche, Iván Simonenko y yo, después de doce días de caminar, entramos por primera vez en una casa.

Golpeamos en la ventana de la casa del maestro Sajárchenko. Yo le conocía un poco. Unos meses antes de la guerra había ingresado en las filas del Partido.

Tardaron en abrir. Alguien disminuyó la luz del quinqué y se acercó a la ventana, apoyando la mano en el cristal. Nadie observaba allí las reglas de la defensa antiaérea.

— ¿Quién va? —preguntó una voz masculina.

— Somos de los suyos, camarada Sajárchenko, abra.

Al cabo de unos cinco minutos, la puerta se abrió. Pasamos al interior de la casa. La mujer del maestro avivó la mecha y el dueño de la casa nos contempló en silencio largo rato.

— Me parece haberle visto alguna vez. Pero a su

compañero, desde luego, no le conozco. ¡Ah, camarada Fiódorov!—y se puso rojo como la grana, se encogió y comenzó a hablar en un murmullo. La mujer en seguida empezó a tapar las ventanas.

— ¿No le ha visto nadie, camarada Fiódorov? Porque sabe... Sí, sí... ¡Qué sorpresa! Es que, camaradas... El starosta sabe que soy comunista y, claro, me vigilan especialmente. Ahora, por cierto, no hay alemanes en la aldea. Sin embargo...

— ¿Acaso sólo el starosta sabe que es usted comunista? También lo sé yo. Sé que pertenece a nuestra organización de Chernígov. No estaré mucho tiempo en su casa. Cuénteme cómo andan las cosas, qué medidas ha tomado el Comité de Distrito, cómo han organizado el trabajo clandestino... Y mientras nos refiere todo eso, su compañera quizás pueda prepararnos algo para lavarnos y también para tomar un bocado...

Yo obraba así guiado por una idea repentina. Y mi tono seguro produjo la impresión que esperaba.

"Conviene que esta gente —pensaba yo— consideren mi aparición aquí como un hecho natural y corriente: que piensen que el secretario del Comité Regional anda de inspección por los distritos, interesándose por la actividad de las organizaciones de base".

No les hablé nada de los largos días que habíamos tardado en llegar. "Comienza el trabajo", decidí para mis adentros. Desde aquel momento dejé de ser una fiera acorralada, a la que se persigue. Era yo el cazador. ¡Y que las fieras alemanas escondan el rabo! Por ahora tendríamos que ocultarnos, ser cautelosos, pero ya verían ellos cuando desplegásemos nuestras fuerzas...

Comencé a interrogar a Sajárchenko.

— ¿Supongo que no se habrá usted registrado en la comandancia del distrito?

— ¡Claro, camarada Fiódorov!...

Pero por el modo de contestarme comprendí que si

no se había registrado aún, había pensado en ello. Mas no importaba, desde aquella noche pensaría de otro modo.

— Está bien, eso quiere decir que trabaja en la clandestinidad. ¿Quién es el secretario del Distrito?...

— El camarada Gorbov. No lo he visto aún... Y desgraciadamente no sé dónde se esconde. Mejor dicho, dónde se oculta.

— ¿Qué otros comunistas han quedado en el distrito?

— He oído decir que en la aldea de Gurbintsi actúa un grupo dirigido por el antiguo jefe de distrito del Comisariado del Pueblo de Asuntos Interiores. No recuerdo el nombre de este camarada.

— ¿Qué más noticias tiene? ¿No conoce la existencia de otros grupos? Seguramente están bien camuflados... Mire, camarada Sajárchenko, mañana por la mañana o a lo mejor esta misma noche tendrá usted que ir a Gurbintsi y buscar a este grupo. Que vengan por instrucciones.

En aquel instante la mujer del maestro terció en la conversación:

— Kostia no puede ir.

— ¿Por qué no puede?

— Tenemos hijos, y si a mi marido le pasa algo...

— ¿Y si estuviera en el frente?

— El frente es otra cosa.

El marido llevaba ya un rato haciendo enérgicas señas a su mujer, dándole a entender que no se metiera en lo que no le incumbía.

— Anda, mujer, ve. Más vale que des de comer a los amigos —dijo el maestro.

Cuando la mujer salió, hice una seña a Simonenko. Se dirigió tras ella a la cocina. La mujer, enjugándose a cada instante los ojos, encendió el horno, puso agua a calentar para que nos laváramos y comenzó a preparar una tortilla.

El maestro había conseguido reponerse de la primera

impresión. Me preguntó con serenidad qué debía hacer. Le aconsejé que se trasladara inmediatamente a otra aldea, lo más lejos posible, donde no le conociera nadie.

Sajárchenko me dió unos pantalones y una vieja chaqueta guateada, también me dió una gorra, pero como era pequeña para mí, tuve que descoserla por detrás. No me afeité: decidí dejarme la barba; así sería más difícil que me reconocieran.

Nos lavamos, cambiamos de ropa, comimos y nos acostamos sobre el tibio horno. La noche pasó tranquila.

Al día siguiente, Sajárchenko tardó un buen rato en conseguir despertarme. Había regresado de Gurbintsi con tres camaradas.

Por lo visto, el trabajo comenzaba ya.

* * *

Sajárchenko se entregó de lleno a la labor. Era un hombre fuerte, de unos treinta y cinco años, atormentado por la inactividad antes de nuestra llegada. Precisamente por no tener dónde emplear sus energías, la imaginación le hacía concebir todos los peligros. Pasivo por naturaleza, necesitaba un impulso exterior. Hay muchos hombres así. Fuera de la organización se desorientan. Sólo la organización les anima, les da alientos y energía.

Sajárchenko comenzó a contarme detallada y animadamente cómo, sin ser visto, había pasado por medio de los huertos a la aldea de Gurbintsi y, sin preguntar a nadie, encontrado la casa del camarada que buscaba...

Pero yo le interrumpí. Estaba impaciente por oír a los demás compañeros.

Los recién llegados me contaron que habían organizado un grupo clandestino, constituído por cuatro miembros del Partido y siete de las Juventudes Comunistas. No habían comenzado aún su labor de sabotaje ni a actuar como guerrilleros.

Observé que los compañeros estaban preocupados por algo. Me contaron que días atrás el grupo había sufrido una pérdida muy sensible: en la aldea de Demeevka había perecido uno de los miembros del grupo, el camarada Logvinenko, presidente del koljós "Partisán".

— No sabemos, camarada secretario del Comité Regional, cómo enjuiciar lo sucedido —dijo uno de los recién llegados—. Claro está que Logvinenko murió heroicamente, sacrificó su vida, pero obró de un modo irreflexivo, sin orden ni concierto.

La cosa había ocurrido así: por la carretera que bordeaba la aldea, pasó un coche alemán ocupado por varios oficiales. Logvinenko, al ver el auto, desprendió una bomba de mano que llevaba en el cinto y, al grito de "¡Viva Ucrania soviética, mueran los invasores alemanes!", la arrojó dentro del coche. En la explosión murieron dos soldados. Los restantes saltaron del coche y echaron a correr tras de Logvinenko. No tuvo tiempo de escapar. Le fusilaron allí mismo, en el campo. Todo esto ocurrió en pleno día.

— ¿Y qué dice la gente? —pregunté yo.

— Lo lamenta mucho; algunos le critican, pero todos admiran su valentía.

— Y vosotros, ¿qué pensáis?...

Les hacía estas preguntas porque, en el primer momento, ni yo mismo sabía cómo enjuiciar el caso. La conducta de Logvinenko era comprensible. Unos días atrás también a mí me había faltado poco para dejarme llevar de un impulso sentimental, cuando la chiquilla me llamó pidiendo que salvara a su madre. Era indudable que Logvinenko, miembro del Partido, ardiente patriota, dirigente koljosiano, podría haber prestado mayor utilidad, si no se hubiera dejado llevar de un arrebato, si hubiese actuado de un modo reflexivo, de común acuerdo con los camaradas. Pero había obrado así, cegado por su amor al pueblo, por su odio a los opresores del pueblo.

Discutimos durante mucho tiempo aún la heroica hazaña del presidente del koljós de Demeevka. Decidimos buscar su cuerpo y enterrarlo solemnemente en sitio visible, cerca de la aldea. Su muerte heroica debía ser recordada por el pueblo. En la inscripción que pondríamos en su tumba, le llamaríamos guerrillero, vengador del pueblo.

Los camaradas me informaron detalladamente del odioso gobierno de los alemanes en el distrito.

Al lado de un almiar descubrieron a once soldados del Ejército Rojo que dormían y, sin despertarles, los fusilaron a todos.

En muchas aldeas habían nombrado ya starostas. La mayoría eran antiguos kulaks o sus secuaces. En Oserniani, el starosta, por ejemplo, era un alemán de los colonistas. En algunos lugares, sin embargo, ocuparon el puesto de starosta hombres soviéticos honrados, que aceptaron conscientemente este cargo para luchar contra los invasores. El grupo clandestino iba estableciendo contacto con ellos. A los canallas y traidores manifiestos se les habían enviado cartas de advertencia...

— Ahora es tarde ya para prevenir y amenazar —opinó Sajárchenko—. El camarada Stalin nos ha dicho claramente que hay que exterminar a los que ayudan al enemigo.

— Eso es justo —confirmé yo—. Pero con las fuerzas de vuestro insignificante grupo no podréis exterminar a todos los starostas traidores. Debemos planear ahora a quién se debe suprimir en primer lugar. Es preciso que el pueblo sepa que ni un solo cómplice del enemigo escapará al justo castigo. El trabajo de agitación debe comenzar inmediatamente. ¿No habéis conservado ninguno un aparato de radio? Es preciso hallarlo. Hay que captar y comunicar regularmente a la población los partes del Buró Soviético de Información. Debéis anotar todas las atrocidades alemanas, recordarlas

y divulgarlas entre los koljosianos bien en octavillas o de viva voz.

Hice a los camaradas algunas indicaciones más y les comuniqué el itinerario aproximado que pensaba seguir.

— Procurad mantener contacto con el Comité de Distrito y el Comité Regional del Partido.

Aquella primera reunión duró varias horas. Durante todo el tiempo la mujer del maestro permaneció sentada a la puerta de la casa para que no pasara nadie. Lo mismo que la víspera, enjugábase continuamente las lágrimas, sin dejar de mordisquear pepitas de girasol. Su marido le había aconsejado: "Come pepitas, así despistarás mejor".

Los hijos del maestro —uno tenía un año, el otro dos— estuvieron todo el tiempo con nosotros. Cuando el menor comenzaba a gritar, yo lo tomaba en brazos, y, meciéndolo, seguía presidiendo la reunión. Sajárchenko tenía las manos ocupadas: actuaba de secretario y estaba levantando el acta.

Después de comer, cuando anocheció, Simonenko y yo emprendimos la marcha. La mujer del maestro nos había llenado los bolsillos de empanadas. Al despedirse de nosotros, volvió a llorar.

Sajárchenko me estrechó largo rato la mano y me dijo, señalando a su mujer:

— Camarada Fiódorov, no haga caso de sus lágrimas. También yo he tardado mucho en acostumbrarme.

— Pues cuidado, no se ahogue en lágrimas de mujer.

— No, ahora ya no me ahogaré. No tengo tiempo... Una cosa quiero decirle: no sé qué hacer con la escuela. Siguiendo su consejo, he resuelto marchar de aquí, pero dicen que los alemanes permiten las escuelas primarias. ¡Me dan pena los chicos!

¿Qué podría contestarle? Muchas cosas no estaban claras aún. Pero admitiendo incluso que los alemanes

"permitiesen" el funcionamiento de la escuela, no sería ya una escuela soviética.

— Por mucha pena que le den los chicos, este invierno tendrán que quedar sin clase. ¡No van a estudiar por el programa fascista!

Los tres camaradas del grupo clandestino de Gurbintsi salieron a acompañarnos hasta la próxima aldea de Sokírintsi.

* * *

No me propongo escribir una novela; son solamente mis recuerdos. Por eso solicito de antemano la benevolencia del lector. Algunos personajes no volverán a aparecer más en el libro; el autor no sabe lo que ha sido de ellos. Me gustaría mucho saber cómo se han comportado luego el maestro Sajárchenko y su llorona mujer, qué suerte habrá corrido Iván Simonenko... Me separé de él unos días después. Y agradecería mucho que cualquiera me comunicase algo del destino de esa gente.

Aquella noche salí de Ignátovka mucho más animoso. La idea de que estábamos ya actuando me daba fuerzas y aliento.

Nos esperaba un recorrido de veinte kilómetros a campo traviesa. Los camaradas nos acompañaron a Simonenko y a mí hasta la mitad del camino. Caía una lluvia antipática; los pies se hundían en el barro, pero yo caminaba contento, explicando a los camaradas los planes para el futuro.

— En la región de Chernígov tendremos una división guerrillera. El deber de los grupos clandestinos es preparar a la gente, armarla ideológicamente, incitarla a la lucha.

Al despedirnos, nos estrechamos las manos, que, por cierto, teníamos empapadas. Estuvimos unos momentos despidiéndonos, con los pies chapoteando en el barro; el viento se llevaba las palabras y teníamos que repetirlas. En otoño la estepa es triste, sobre todo cuando llueve y hace aire. ¡Qué bien se está en casa con un tiempo así, al lado del fogón encendido y tomando té caliente!...

— Bueno, camaradas, despidámonos. Confío que no será la última vez que nos veamos.

Apenas lo había dicho, cuando una luz brilló en el horizonte, y en seguida otra. Oímos el ruido de motores y un minuto después pasaron por delante de nosotros, iluminando la carretera con sus faros y traqueteando en los baches, cinco camiones alemanes cuyas ruedas proyectaban el barro a gran distancia. Dentro iban soldados alemanes vociferando una canción belicosa...

Tuvimos que apartarnos corriendo a un lado y tumbarnos sobre la tierra mojada. Empuñé la pistola, quité el seguro... ¡Qué deseos tenía de disparar!

Los camaradas de Gurbintsi se marcharon. De nuevo quedamos solos Iván Simonenko y yo. Llevábamos ya tres semanas caminando juntos. Eramos dos ciudadanos soviéticos, dos miembros del Partido que vagábamos por los caminos, escondiéndonos de las balas alemanas y de los ojos traidores. Pero entre nosotros no había una verdadera amistad.

Pasarán los años y no olvidaré a Simonenko; me alegraría verle y sentiría profundamente que le hubiera sucedido alguna desgracia.

Nos repartíamos el último pedazo de pan. En ocasiones, yo me sentaba detrás de una parva cualquiera, guareciéndome del viento, e Iván iba en busca de comida. Mi aspecto era poco adecuado para eso. Simonenko parecía más un simple soldado. La gente, al verle, se condolía, mientras que a mí me miraba recelosa. Tal vez con buena intención, pero siempre con demasiada curiosidad. Jamás Simonenko me reprochó que no fuese en busca de comida.

¿Por qué entonces, Simonenko y yo no llegamos a ser amigos verdaderos? Quería hacer de él un guerrillero, un militante clandestino. Simonenko no se negaba, pero nunca me dijo sinceramente: "Vamos". No discutía, mas yo me daba cuenta de que no tenía fe en la fuerza de la resistencia clandestina. Me decía: "Iré a ver a mi madre y luego volveré al frente".

Era un magnífico camarada. Nos acostábamos juntos dentro de una parva, escrutábamos la niebla del amanecer y liábamos un pitillo para los dos.

Por cierto, en la región de Chernígov ya no dormíamos en las parvas. En Sokírintsi, a donde no tardamos en llegar, lo mismo que en Ignátovka, encontramos albergue.

Llamamos en la primera casa que vimos; nos abrió una vieja y la dijimos que éramos prisioneros y que habíamos conseguido quedarnos rezagados de la columna y escondernos en un almiar...

En aquel tiempo inventábamos concienzudamente largas historias. Más tarde comprendí que no es tan fácil hacer ver lo blanco negro. La gente nos escuchaba, pero, en verdad, no nos creía. Aquellos días me hubiera horrorizado saber que la gente sospechaba quién era yo. Pero ahora pienso que quizá así fuera mejor. La gente sospechaba, incluso lo sabía, y sin embargo no me delataba... Además no era difícil reconocerme. En aquellos distritos había sido elegido diputado al Soviet Supremo de la República Socialista Soviética de Ucrania y había estado por allí más de una vez como secretario del Comité Regional.

En Sokírintsi encontré al jefe de la sección de Instrucción Pública del distrito de Varva. A través de él comuniqué algunas instrucciones al secretario del Comité de Distrito clandestino.

En esta aldea pasamos un día; por la noche la abandonamos. Hacía una noche magnífica. Brillaba una luna

llena; ni siquiera soplaba el viento. La ropa que llevábamos ya estaba seca y aunque habíamos dormido poco, nos sentíamos bien. No faltaba mucho para llegar a Lisovie Soróchintsi.

Simonenko me propuso ir por un atajo. Yo accedí suponiendo que como estábamos cerca de su aldea natal conocería bien el camino. Sin embargo nos perdimos. Simonenko le echó la culpa a la luna, empeñándose en que los objetos iluminados por su luz difusa tomaban contornos distintos. Tropezamos con una ancha zanja antitanque llena hasta los bordes de agua. Nos costó un triunfo salir de allí. En total anduvimos unas tres horas dando vueltas...

Al atravesar un pequeño bosque vimos con extrañeza que a lo lejos brillaba una hoguera. ¿Quién se dedicaría a encender hogueras en la estepa con un tiempo semejante?

Nos aproximamos un poco y divisamos al lado de la hoguera una figura solitaria. Simonenko, que tenía mejor vista que yo, distinguió además, cerca de la hoguera, algo que podía ser un caballo o una vaca.

— Voy a acercarme a ver quién hay. Si es alguien de aquí, tal vez me indique el camino de Lisovie Soróchintsi —me dijo Simonenko.

Agachándose ligeramente, se adelantó un poco; después se volvió y me hizo una señal con la mano. Sin ocultarnos, nos acercamos a la hoguera.

Un viejo alto, huesudo, el pelo alborotado, la barba descuidada, estaba echando a la lumbre brazadas de hierbas secas. Llevaba gafas, unos pantalones estrechos, botines pasados de moda y un largo abrigo de ciudad. Tan ocupado estaba en lo que hacía, que no se percató de nuestra presencia. Cuando al fin se fijó, nos miró un momento y volvió la cabeza sin responder a nuestro saludo. Yo cambié una mirada con Simonenko y me llevé significativamente el dedo a la sien.

A unos treinta pasos de la hoguera, una vaca flaquísima pacía la escasa hierba de la estepa.

Las hogueras de la estepa, encendidas con hierba, son poco acogedoras; aunque arden brillantemente y tienen una llama viva, se consumen en seguida. No le dejan a uno descansar, a cada instante hay que alimentarlas con nueva hierba. A pesar de todo, nos sentamos y acercamos al fuego nuestros pies mojados. El viejo arrojó al fuego otra brazada. Sin mirarnos, masculló:

— ¡Jóvenes educados a la moderna!

No respondimos. Un poco después, el viejo prosiguió:

— Todo vagabundo decente sabe que puede aprovechar la hoguera encendida por otro a condición de aportar su granito de arena. Vosotros venís del bosque y os habéis acercado a mi hoguera. ¿No es eso? Así es, indudablemente. Por lo tanto podíais haber traído leña ¿Habéis leído a Máximo Gorki? Es de suponer que sí, porque en vuestros rostros brilla la luz del espíritu. Pues si lo habéis leído debéis conocer la ética de los vagabundos. ¿Quiénes sois? ¿De dónde venís? ¿A dónde vais?

Le respondimos que éramos prisioneros y que nos dirigíamos a casa.

El viejo exclamó:

— ¡Eso es mentira! Aunque, a decir verdad, a mí no me importa. Si creéis necesario ocultar la verdad, permitid, en ese caso, que también yo conserve el incógnito. —Y diciendo esto se volvió de espaldas y enmudeció.

Recogimos maleza y ramas secas. Pero ni así nos ganamos la simpatía del viejo. Ni siquiera quiso decirnos dónde estábamos.

Un poco más tarde acercó su vaca a la hoguera. Con el pie clavó en la tierra una estaca y ató a ella al animal. Después extendió en la tierra seca por la hoguera

su largo y viejo abrigo, y se tumbó, envolviéndose en él. Ya acostado, refunfuñó:

— Tened cuidado, ciudadanos, de no quemarme.

Simonenko y yo estábamos rendidos. No recuerdo a quién le venció el sueño primero. Nos quedamos dormidos, con el pecho apoyado en las rodillas.

Me despertó un brusco grito gutural. De un salto me puse en pie. La hoguera estaba apagada, pero se podía ver porque la luna no se había ocultado aún. Rugiendo desagradablemente pasaron muy bajos unos aviones de bombardeo alemanes.

El viejo, con el rostro vuelto hacia el cielo, agitaba el puño y blasfemaba terriblemente, maldiciendo a los pilotos en alemán: "Verfluchte Schweine!" y otros denuestos.

El viejo echó a correr por el campo y agitaba tanto sus largos brazos huesudos, que daba la impresión de que iba a salir volando para perseguir al avión y agarrarse a él.

Al verme, el viejo gritó:

— ¡Oiga, dispare, dispare! ¡Se ha dado orden de hacer fuego contra los aviones del enemigo con todas las armas! ¡Dispare ahora mismo, con mil demonios!

Cuando los aviones se ocultaron, el viejo dejóse caer agotado sobre la tierra, cubriéndose el rostro con las manos.

— ¿Podemos hacer algo por usted? —preguntó solícito Simonenko.

— Dejadme en paz —rezongó el viejo. Después añadió más suavemente:— No hacedme caso. A mí ya no se me puede ayudar. Tampoco yo puedo ayudar a nadie con nada. No soy más que un vagabundo.

Le dejamos en paz y seguimos nuestro camino. Unas cuantas veces volvimos la cabeza. Al lado del montón de ceniza seguía tumbada la vaca y sentado junto a ella el hombre barbudo. Simonenko observó que sus

hombros se estremecían. Era evidente que el viejo había sufrido una gran conmoción. Pero ¿cuál? ¿Por qué blasfemaría en alemán? El hecho de haber amenazado con tanta furia a los aviones alemanes, demostraba quién era su enemigo.

— ¿Dónde encontrará albergue? —dijo quedamente Simonenko.

Poco después reconoció el camino de Lisovie Soróchintsi, y de pronto, como recordando algo, dijo rápidamente.

— Oiga, camarada Fiódorov, voy a volver y le diré que venga conmigo. Mi madre le recogerá y le tratará bien. Espéreme, ¿de acuerdo?

— De acuerdo, pero tenga cuidado no vaya a dar albergue a una serpiente. Quién sabe quién es ese hombre...

Pero Simonenko se encogió de hombros y dió la vuelta.

Me senté tras un arbusto del camino. Esperé mucho tiempo; helado de frío me hice un ovillo y me dormí sin darme cuenta.

A Simonenko le costó trabajo despertarme.

— Vamos, Alexei Fiódorovich —me gritaba al oído.

— ¿Dónde está el viejo? ¿No lo ha encontrado?

— Se ha negado. Le emocionó mucho cuando se lo dije, pero... por lo visto la cabeza no le funciona bien. No hace más que repetir: "Ellos me encontrarán en todas partes"... ¿Quiénes son ellos, por qué le encontrarán? No he podido comprender nada. Pero se negó rotundamente a venir conmigo. Y al despedirnos me estrechó la mano con mucha fuerza. "Gracias —me dijo— por su atención..." ¿Qué podía hacer? Los alemanes, si lo ven, pueden fusilarle. Dicen que eliminan a todos los dementes.

* * *

El próximo alto en el camino, y por cierto bastante largo, lo hicimos en la tierra de Simonenko, en Lisovie Soróchintsi. Allí el destino me agració con un poco de cariño maternal.

Una noche, dos hombres, empapados y hambrientos, irrumpieron en la casa de una viejecita solitaria.

— ¡Ay, hijo mío! —exclamó la viejecita abalanzándose al cuello de Iván Simonenko.

Yo esperaba de pie, a un lado de la habitación. La madre y el hijo se miraban amorosamente: ella le interrogaba, él respondía, después él se ponía a preguntar... Yo disfrutaba del calor de la habitación caldeada y sonreía tontamente.

La viejecita calentó agua, también me dió ropa limpia y nos lavamos de pies a cabeza. Después del baño nos sentamos a la mesa. Comimos gallina, tomates rojos, a medio salar, pepinillos duros y verrugosos.

Toda aquella noche y casi todo el día siguiente descansamos a placer. ¡Cómo dormí esa noche! Sábana abajo, sábana arriba, un edredón... La lluvia repicaba en los cristales, el viento silbaba en la chimenea, y yo dormía... Me despertaba, aguzaba el oído y aunque por mi mente pasaba la idea de que cerca de mi estaban los alemanes, daba media vuelta y de nuevo quedaba dormido... Por la mañana, volvimos a comer hasta hartarnos. La madre de Simonenko me pasó revista de pies a cabeza y exclamó:

— ¡Cómo puede ser que una persona tan importante vaya así de rota!...

Sacó de un cajón de la cómoda un trozo de tela para hacerme una guerrera y unos pantalones. Quiso cortarla ella misma y la marcó, pero no se atrevió a meter las tijeras. Recogió la tela y marchó no sé a dónde. Al regresar me dijo:

— Vamos, Alexei Fiódorovich, a casa del sastre; le espera.

Claro está que, según las reglas de la estricta conspiración, hubiera debido alarmarme. En efecto, a la viejecita no la conocía bien y mucho menos al sastre. ¿A santo de qué habría accedido el sastre a hacerme un traje y en venticuatro horas además, según me dijo la vieja? ¿No sería una trampa? Mi pistola estaba bajo la almohada. Sentí deseos de llevármela, pero temía ofender al ama de la casa.

Sin embargo, el deseo de tener un traje nuevo y limpio fué superior a mis temores.

"Bueno —decidí en mi fuero interno—, aquí no me recuerda nadie. Y si me recuerda, no me podrá reconocer..."

Aquel traje hecho por el sastre pueblerino de Lisovie Soróchintsi no se borrará jamás de mi memoria.

En el acto comprendí que el sastre sabía quién era su cliente, que tampoco era un secreto para su mujer ni para sus hijas. Toda la familia cosía. Por eso me lo hicieron con tanta rapidez. Todos, desde el primero hasta el último, sabían que aquel traje era para un diputado al Soviet Supremo, para el secretario del Comité Regional del Partido. Y no ignoraban que por ello arriesgaban la vida. Pero todos disimulaban. El dueño de la casa me tomó las medidas, me preguntó como era de rigor si tenía forros, botones, material para los bolsillos.

— ¿No los tiene? Qué se le va a hacer; nosotros tenemos. Mañana por la mañana venga a buscarlo.

— ¿Cuándo quiere que le pague —pregunté—, ahora o después?

— Pero, ¿qué dice, camarada?... —Al sastre le faltó poco para llamarme por el apellido, pero su mujer le lanzó tal mirada que se detuvo a tiempo y dijo simplemente:— Después de la guerra liquidaremos la cuenta...

Pasé seis días en Lisovie Soróchintsi. No desarrollé

allí una gran actividad: me limité a reponerme, a estudiar a la gente, a examinar la situación y a pensar.

Iván Simonenko se marchaba con frecuencia no sé adónde, su madre trajinaba por la casa y en la habitación quedaba yo solo. Pulcritud, flores, toallas bordadas bajo los iconos, el acompasado golpear del reloj. Jamás había estado mucho tiempo en un ambiente así. Claro que durante mis viajes por las aldeas había pernoctado muchas veces en casas semejantes. Pero todo era distinto entonces. La casa estaba siempre llena de gente, venían a verme funcionarios del distrito, del pueblo, hablábamos y discutíamos hasta muy avanzada la noche. Y por la mañana salíamos al campo.

En cambio ahora me hallaba solo, nadie preguntaba por mí, nadie me planteaba problemas.

Me paseaba de arriba abajo por la habitación canturreando en voz baja, me detenía apoyando la espalda contra el horno caliente, volvía a andar; a veces me sentaba al pie de la ventana y contemplaba la calle de la aldea. No disponía de libros, no tenía a quién escribir ni qué contar. No sabía ya el tiempo que no había visto un periódico ni oído la radio.

Sin embargo, tenía que actuar, dirigir... Las condiciones del trabajo habían cambiado... Pero el Partido, lo mismo que antes, era el organizador y el dirigente de las masas, del pueblo...

Nadie me había eximido de la responsabilidad. Supongamos que me hubiesen llamado del Comité Central y me preguntasen... En primer lugar, me hubieran preguntado cómo vivía el pueblo en la aldea ocupada, cuál era la situación económica de la aldea, qué estado de ánimo tenía la gente, cómo resistía el pueblo a los invasores. Y además me habrían preguntado indudablemente: ¿Qué hace usted, Fiódorov, cuáles son sus planes para el futuro, cómo piensa organizar el trabajo de la organización clandestina?

Esas preguntas precisamente fueron las que yo me planteé en la apacible habitación de la casa de Simonenko. Y quedé descontento de mí mismo: no estaba en condiciones de responderlas.

Advertí que los viejos hábitos pesaban aún sobre mí, que la mecánica de mis ideas era frecuentemente la misma que antes de la guerra; es decir, razonaba como en una situación de legalidad.

Miré por la ventana: lloviznaba y, a lo lejos, en el campo, varias mujeres engavillaban el trigo. Pensé que el tiempo era bueno para la futura cosecha, pero con el hacinamiento de las gavillas se habían retrasado... Mas, de pronto, me di cuenta de que ahora todo era al revés, porque los alemanes estaban allí. El tiempo favorecía a los alemanes y ellos quitarían a los campesinos el trigo hacinado...

Recordé cómo tres días atrás, al ver en el camino el casco de una botella rota, lo tiré maquinalmente con el pie a un lado. Era un movimiento comprensible, propio de toda persona civilizada: podría pasar cualquier auto por encima y pincharse un neumático con el cristal. Pero por aquel camino sólo podía pasar un auto alemán. Cuando me di cuenta de ello, regresé y volví a colocar el casco en medio de la carretera.

Es preciso acostumbrarse a utilizar cualquier hecho, hasta el más insignificante para hacer daño al enemigo.

¡Y las mujeres que estaban hacinando el trigo!... Me eché la guerrera sobre los hombros y con paso rápido me dirigí al campo.

— ¿Quién os ha ordenado hacinar el trigo? —pregunté a las mujeres.

Todas, dejando de trabajar, me rodearon.

Una koljosiana joven, alta y robusta me preguntó a su vez.

— ¿Y si el trigo se pudre?

— ¿Quién os lo ha ordenado? —volví a preguntar con irritación.

— El jefe de la brigada.

— ¿Dónde está ese jefe?

Todas señalaron a la joven koljosiana que había sido la primera en responderme.

Cosa extraña, ninguna de las mujeres me preguntó por qué me metía en lo que no me importaba; ni siquiera se interesó nadie por saber quién era yo. Tampoco mi tono sorprendió a ninguna.

La jefe de la brigada me explicó serenamente que no tenía órdenes de nadie, pero que ella era stajanovista y había reunido a la gente, conduciéndola al trabajo.

Cuando la pregunté para quién estaba hacinando el trigo, la koljosiana comprendió la intención de mis palabras, y se puso muy nerviosa; las lágrimas asomaron a sus ojos.

— Pero, ¿cómo puede creer, camarada? —comenzó la muchacha—. ¡Si yo soy stajanovista, fuí delegada a la Exposición Agrícola de Moscú!... ¿Será posible que usted piense que voy a trabajar ahora para los alemanes?... La gente está acostumbrada a trabajar, se lo exige el cuerpo.

Nos pusimos a charlar. Les aconsejé que distribuyeran todo el trigo por las casas, lo trillaran ocultamente y lo escondieran, enterrándolo en zanjas.

— A los alemanes no hay que darles ni un grano. ¿Comprendido?

— Comprendido, camarada.

Las mujeres me contaron que en la aldea no había starosta. Solamente un sustituto, el antiguo presidente del koljós, un tal Bodkó. Había sido miembro del Partido y lo expulsaron, al parecer, por su mal trabajo en el acopio de trigo para el Estado.

— Es buena persona, no molesta a la gente...

— ¿A los alemanes, tampoco los molesta?

Las mujeres me explicaron que los alemanes apenas paraban en la aldea; se limitaban a llevarse aves y cerdos al pasar por ella. También habían confiscado unos cinco caballos. Cuando necesitaban algo iban a casa de Bodkó.

Pregunté a las mujeres si en la aldea quedaban hombres y qué hacían.

Inesperadamente, la jefe de brigada me respondió:

— Se pasan el día cavilando. Están metidos en sus casas y no hacen más que pensar en qué hacer. Tanto los de aquí como los forasteros andan tristes y cabizbajos...

Nuestro grupo fué visto desde la aldea; se acercó corriendo una mujer más, salieron no sé de dónde unos chiquillos. Estimé prudente despedirme de ellas. Me habría apartado unos cien pasos, cuando fuí alcanzado por la jefe de la brigada.

— Camarada Fiódorov —preguntó jadeante—. ¿Es verdad lo que dice la gente? ¿Que llama usted a todos a las guerrillas? ¡Lléveme consigo!

— No soy Fiódorov—respondí con el tono más convincente que pude.

— Comprendo que ahora no es usted Fiódorov, pero nadie nos oye. Lléveme con usted, yo he sido stajanovista, estuve en la Exposición Agrícola de Moscú. ¡No puedo permanecer más aquí!

Aconsejé a la muchacha que organizara un grupo de jóvenes y se fuera con ellos a los bosques de Ichnia.

Sí, la conspiración fallaba; estaba visto. Me había reconocido el sastre (claro que se lo podía haber dicho la madre de Simonenko), y ahora también esta muchacha jefe de brigada; era muy probable que toda la brigada desconfiara de que fuese un prisionero rezagado de su columna. También el "prisionero" era bueno: llevaba en los bolsillos todos sus documentos y hablaba con tono autoritario.

Me hacía esos reproches de vuelta en mi apacible habitación. Pero en el fondo estaba contento: si la gente me reconocía y, a pesar de eso, lejos de denunciarme a los alemanes me escuchaba atentamente, era porque el pueblo esperaba la palabra, la orientación del Partido.

Ya era hora de alzar la bandera de la lucha guerrillera.

En la habitación entró Simonenko, acompañado de un hombre de unos cuarenta y cinco años, fuerte, bien vestido. El hombre me tendió la mano y Simonenko dijo:

— Le presento, camarada Fiódorov, a mi paisano y amigo, Egor Evtujóvich Bodkó, presidente del koljós.

Ya me disponía a estrechar la mano del recién llegado, pero al oír el apellido, retrocedí involuntariamente. Tenía ante mí al dirigente local, mimado por los invasores. Crucé las manos tras la espalda y me puse a contemplarlo con bastante desfachatez.

Era la primera vez que veía a un traidor frente a frente. Había sido expulsado del Partido por saboteador, con toda seguridad. Entre esa clase de hombres —pensé— reclutan los alemanes a sus ayudantes. ¿Para qué le habría traído Simonenko diciéndole además mi nombre? ¿Qué diablos de conspiración era ésa?... Mis manos crispábanse involuntariamente ansiosas de golpear al Judas.

Sin embargo, en los ojos de Bodkó no había confusión ni aire de triunfo. Me miraba de un modo franco y sencillo.

— Veo, camarada Fiódorov —comenzó a decirme—, que desconfía usted de mí. Es justo. ¿Permite que le informe? Acepté el puesto de suplente del starosta por decisión del Comité de Distrito clandestino. Es cierto que me expulsaron del Partido no hace mucho, pero gracias a eso, los alemanes me han nombrado para este cargo. El starosta de Kolésniki, la aldea vecina, un

kulak, es también el nuestro. Según las reglas alemanas, yo no sirvo para ese puesto: a pesar de todo fuí presidente del koljós y el koljós estaba considerado como de vanguardia.

Comprendí que me había equivocado. Pero era una equivocación agradable. Bodkó era un hombre serio, reflexivo y observador. Tenía un gran defecto. Como era honrado y sincero, suponía lo mismo en los demás y se confiaba muy fácilmente.

— Tengo muchas cosas importantes que plantearle, camarada secretario —me dijo Bodkó—. En el Comité de Distrito no les dió tiempo a darme instrucciones detalladas. Todo lo tengo que hacer yo solo. Y mi situación es muy delicada. Jamás he sido actor y me cuesta trabajo fingir. Además, se trata de un papel que no está escrito en ninguna comedia. Yo me lo guiso y yo me lo como. No puedo reunir a la gente, sincerarme con ella. Hay también canallas, camarada secretario. Ayer vino a verme uno: "¿Qué debo hacer—me preguntó—, para apuntarme de policía? He oído decir que en la comandancia del distrito hacen falta policías pero que para eso se precisa una recomendación suya". ¿Qué puede uno decirle a un tipo así? Si se le da un sopapo puede sospechar, y no dárselo es imposible. En este caso le sacudí y le dije: "¡Maldito seas, hijo de tal, cuando teníamos el Poder soviético pediste el ingreso en las Juventudes Comunistas y ahora quieres servir de policía?" El me respondió: "Camarada starosta, intenté colarme en las Juventudes Comunistas". "¿Qué es eso de camarada? Señor suplente de starosta, es así como debes llamarme" —y volví a cruzarle la cara y luego, ya se puede usted figurar, le eché a puntapiés.

Pero no había hecho más que salir el aspirante a policía, cuando se presentó otro individuo. Este era un tal Shokodko, hijo mayor del kulak que tuvimos en la aldea. Había venido desde Priluki. "Mi padre fué expulsado en el año 1932 y en la actualidad está deportado en Siberia. He trabajado de cobrador en la Caja de Ahorros del distrito. Confío en que ahora triunfará la justicia, y podré tomar posesión, como heredero directo, de nuestros bienes inmuebles. Tenga la bondad de leer este papel que le envía el burgomaestre del distrito, fulano de tal. Se le ordena que me ayude". Sus bienes inmuebles eran la isba-biblioteca y la casa-cuna, las dos mejores casas de la aldea. ¿Qué podía hacer con semejante tipo? Hablaba con educación y delicadeza. No tenía motivos para sacudirle.

Bodkó guardó silencio, como reflexionando, y añadió:

— Debo decirle que no es el primero que ha regresado. Han vuelto ya cuatro kulaks y dos que casi lo eran. "Eche usted a los koljosianos —me exigen— donde quiera. Para eso es la autoridad. Los alemanes han promulgado una ley diciendo que se nos devuelva todo". Al cobrador lo metí en la isba-biblioteca. Y le dije que le daba, además, todos los libros, toda la biblioteca, como compensación por sus sufrimientos. Le aconsejé que los escondiera en sitio seguro. ¡Y fíjese, escondió incluso la literatura política, los libros de Lenin y Stalin! ¡Hay que ver lo que es tener alma de kulak! ¡Quiere aprovecharlo todo! Pero bueno, que lo guarde; cuando regresen los nuestros, lo recogeremos. A los demás, a los que quieren que eche a los koljosianos, por ahora les voy dando largas. La gente está furiosa contra ellos. A uno, le pillaron de noche, le echaron una manta por la cabeza y le dieron una buena tunda. Vino a verme llorando. Le respondí: "¿Qué puedo hacer? La gente es poco consciente. No tengo aún policías. Espere un poco a que se afiance el régimen alemán"... ¿Y sabe una cosa, camarada secretario? Nos conviene, incluso, que regresen los kulaks. La gente se pondrá más furiosa contra los alemanes.

En el Ayuntamiento de Priluki me han preguntado

ya cuánto trigo y cuántos cerdos puede entregar nuestra aldea. "Vaya llevando la cuenta, pero si hace trampa, caput". ¿Sabe usted lo que hago? Entro en una casa y si el dueño es de confianza, si es un hombre soviético, le pregunto: "¿Tienes pala? Abre una zanja y ten en cuenta que hay que esconderlo todo. Principalmente el trigo. Debéis degollar a los cerdos, las ovejas y el ganado mayor, salarlos y enterrarlos lo más profundamente que podáis".

Mi mejor ayudante es una beata. Cuando aparecieron los alemanes en la aldea —una sección de ciclistas— fué la primera en salir a recibirlos con el pan y la sal. Se envolvió la cabeza con un blanco pañuelo almidonado y les hacía profundas reverencias. Dos días más tarde llegaron unos motoristas y la quitaron un lechón. ¡Había que ver cómo se reían los vecinos de la abuela aquella! Ahora se mueve como un agitador profesional y maldice a los alemanes por todas partes: "¡Bandidos —grita—, asesinos, me han quitado el último lechón! ¡Guardadlo todo, buena gente! ¡Es Satanás en persona el que ha venido!" Yo, camarada secretario, me oriento en estos pequeños asuntos cotidianos y confío en no equivocarme. Aunque claro, el puesto que ocupo es peliagudo. Por mucho que le diga a la gente y por mucho que me esfuerce en hacer bien, bastantes me consideran traidor. Mi único consuelo es que la historia sabrá juzgarme... —Bodkó sonrió con cierto sarcasmo—. Tengo buena salud, gracias a Dios, los brazos y las piernas fuertes, la cabeza no me duele, pero me duele el alma, camarada secretario... Bueno, no vale la pena de hablar de mí. ¿Qué soy yo, quién soy yo?

En esta humilde pregunta percibí que se sentía ofendido. Bodkó me confesó, después de muchas preguntas, que no podía aceptar la decisión del Comité de Distrito expulsándole del Partido. Pero no me explicó el motivo de la expulsión.

— No es el momento oportuno de hablar de eso, Alexei Fiódorovich —rehusó Bodkó—. En mi opinión, sigo considerándome bolchevique. Cuando termine la guerra, podrá usted decidir si sirvo y si merezco que se me perdonen mis faltas. En estos momentos, en mi calidad de expulsado, puedo prestar una mayor ayuda al Partido... Bueno, más vale que volvamos a tratar de nuestros asuntos.

Primero: ¿Qué hacer con el koljós? Es decir, ¿con los bienes koljosianos? Lo que pudimos, lo hemos repartido por las casas. Todo el ganado, las simientes, algunos aperos. Pero tenemos trilladoras, aventadoras, sembradoras. ¿Debemos destruirlas? Las manos se niegan a obedecerme. En segundo lugar, la gente. Durante los últimos años la mentalidad de la gente ha experimentado un gran cambio. Tenemos tractoristas, jefes de brigada y ordeñadoras excelentes. Toda esta gente se aburre y se desespera en su pequeña hacienda individual. Las instrucciones alemanas no hablan nada de la liquidación del koljós y, según dicen, no se prevé. Dejan las comunidades para poder sacar más. Nosotros hacemos que trabajamos, pero los koljosianos están acostumbrados a trabajar de verdad, con toda el alma. Fíjese lo que ocurre a veces: en una ocasión, al anochecer, vi luz en casa de una tractorista y entré: la muchacha estaba sentada al lado de una mesa y todas sus amiguitas alrededor. Pensé que estarían echándose las cartas. Pero me di cuenta de que leían un libro. "¿Qué hacéis?" —les pregunté. ¿Sabe lo que era? Estaban repasando la guía técnica del tractor. ¿Qué podía uno hacer en un caso así, camarada secretario? ¿Reñirlas, felicitarlas, echarse a llorar? La gente está acostumbrada a estudiar, a leer, a oír radio, a ver cine: antes teníamos cine dos veces a la semana.

Y ahora, camarada secretario, quiero hablarle de lo más importante. Sé que el camarada Stalin nos enseña

que el capital más precioso es el hombre. Yo soy el dirigente local, puesto, al parecer, por los alemanes, pero en realidad colocado por el Poder soviético y el Partido bolchevique en la clandestinidad. Estoy acostumbrado al plan y al cálculo. Estoy acostumbrado a contar, y no lo he olvidado. Tenemos en la aldea doscientos seis hombres aptos para el trabajo y quinientas doce mujeres. Sin contar a las viejas, los viejos y los chicos. Entre los hombres hay de todo, forasteros dudosos y gente de paso: prisioneros y errabundos arrojados aquí por la guerra. Yo, naturalmente, los protejo de los alemanes y los seguiré protegiendo, por supuesto. Pero también hay gente nuestra, es decir, de aquí. Y casi todas las mujeres son de la aldea. Usted me preguntará que a dónde voy a parar con estos cálculos. Pues muy sencillo: yo creo que esa gente constituye una fuerza; tanto desde el punto de vista civil, como desde el militar. Y es una fuerza que está inactiva. Se pasan el día mirando por la ventana, con la cabeza apoyada en las manos. ¿Qué hacer, camarada secretario, para volver esa fuerza contra los alemanes, para conseguir que luchen todos?

Bodkó hablaba enardecido, casi a gritos; tan pronto se sentaba, como se levantaba e iba y venía por la habitación. En realidad, Bodkó me hacía todas esas preguntas no tanto para obtener respuesta como para exponer sus pensamientos y exteriorizar sus dudas.

La madre de Simonenko entró en la casa con un cubo lleno de agua. Bodkó lo asió con ambas manos, alzándolo hasta la boca, y bebió durante largo rato. Me fijé en sus grandes manos de obrero, llenas de oscuras cicatrices. ¡Era un hombre ansioso de vivir y trabajar! ¡Y el destino le obligaba a desempeñar el papel de traidor!

Tuve que hacerle algunas observaciones.

— Usted dice, camarada Bodkó, que todos deben

luchar contra los alemanes. Pero eso no es tan fácil. A la gente hay que abordarla ahora con más cautela que nunca. Usted me acaba de contar que los kulaks regresan, y también me ha dado la cifra de hombres y mujeres que hay en la aldea. Pues bien, vamos a ver quiénes son, qué piensan, qué sueñan en sus casas...

Bodkó no prestaba gran atención a mis consejos. Estaba impaciente por luchar.

Antes de salir de Lisovie Soróchintsi, volvimos a vernos más de una vez. Le visité también en su casa. La mujer y la hija mayor me recibieron muy afectuosamente. Me hicieron sentar a la mesa:

— Pruebe ese jamón, es casero. Hemos matado un lechón. El padre ordenó que lo degolláramos, para que no se lo llevaran los alemanes.

Unos cuantos hombres, a quienes Bodkó había dado albergue, sentáronse con nosotros. Pregunté en voz baja al dueño de la casa: "¿Quiénes son?"

— No se preocupe, Alexei Fiódorovich, son de confianza, es gente soviética que se esconde de los alemanes.

Uno de aquellos "hombres de confianza" me desagradó profundamente. Frisaba en los cuarenta y cinco años y tenía aire beato y monástico, los ojos pequeños, inquietos, la barbita rala y puntiaguda. Para mis adentros lo califiqué de baptista. Vestía uniforme de soldado del Ejército Rojo, que le sentaba como si llevara un cilicio debajo; a cada momento se encogía. Saludaba con gran ceremonia, haciendo profundas reverencias.

— Gracias, buena gente, por tan cariñoso trato y albergue.

Después, alargando las palabras, añadió con voz lastimera.

— Lejos de aquí, al otro lado, mis hijitos esperan a su papaíto. Pero el papaíto ha caído en manos de los alemanes, el papaíto llora por sus hijitos...

— Oye, amigo, ¿dónde trabajabas antes de la guerra? —pregunté sin poder contenerme.

— En lo mismo que usted —me respondió, apresurándose a sonreír.

— ¿Cómo en lo mismo que yo? Yo he salido de la cárcel —dije bromeando, pero observé de pronto que el tipo aquel me guiñaba con disimulo un ojo, como previniéndome que no me franqueara mucho. A mis palabras respondió con bastante desenvoltura.

— Lo que he perdido no lo lamento, y ahora, como ve, vagabundeo y vivo de limosna.

Durante la comida estuvo pegado a mí y, aprovechando un momento, me susurró al oído.

— El dueño de la casa, por lo visto, es muy soviético.

Imitándole, pregunté también en un susurro.

— ¿De dónde lo sacas?

— Le oí hablar... ¿Quién lo habrá nombrado starosta?

Mi contestación le pilló tan de sorpresa, que se encogió aún más y no volvió a preguntarme nada.

— Lo nombré yo; lo que tú pienses me tiene sin cuidado.

En casa de Bodkó siempre vivía alguien, siempre daba cobijo, comida y ropa a todo el que llamaba a su puerta. En su casa acogiéronse no menos de veinticinco personas; eso, claro está, es digno de encomio. La mayoría de sus "huéspedes" se incorporó más tarde a los destacamentos guerrilleros. Pero Bodkó era muy vehemente, y franqueábase con todos sin distinción. Yo se lo advertí, pero siguió haciendo lo mismo.

Por indicación mía, Bodkó fué a Priluki para ligarse con los bolcheviques que actuaban en la clandestinidad. No consiguió verlos, pero se enteró de algo interesante.

— En una reunión de starostas se dijo que en el distrito y en la ciudad había más de treinta activistas

del Partido y de los Soviets detenidos. Dieciocho han sido fusilados ya. También se dijo que Fiódorov había aparecido en la región. Todos los starostas y policías han recibido la tarea de informar inmediatamente sobre cualquier rumor que permita localizarle.

Bodkó se esforzaba por hablar en voz queda, pero, seguramente, se le podía oír hasta en la calle.

— Me llamó el alcalde y me dijo: "Ha llegado a mis oídos que Fiódorov se ha dirigido hacia vuestra localidad. Ahora es la ocasión de que usted demuestre de lo que es capaz. Si conseguimos echarle el guante..." Y prometió tales cosas que casi corriendo me vine a casa. Debe usted trasladarse a otro sitio, Alexei Fiódorovich.

* * *

Iván Simonenko también se disponía a marchar. Su madre le había preparado empanadas y embutido para el camino. Yo le insistía para que viniera conmigo y se hiciese guerrillero, pero él seguía en sus trece: "La lucha de guerrillas es insegura, dudosa, y además ¿cómo vamos a hacer frente con un palo o, en el mejor de los casos, con un fusil y un automático a los tanques, a la aviación y a la artillería? No, camarada Fiódorov, ese modo anacrónico de pelear, ese sistema de emboscadas pertenecen a otros tiempos y ya no pueden dar ningún resultado".

No tuve más remedio que despedirme de mi compañero de peregrinación.

El se encaminó hacia el Este, en dirección al frente, y yo tiré para el Oeste.

Lo último que hicimos juntos fué algo imprescindible, pero triste y desagradable.

Muy avanzada la noche, salimos al jardín y cavamos bajo un manzano un hoyo de setenta centímetros de profundidad y en él enterramos nuestros documentos.

Nos costó trabajo decidirnos a ello. Aunque había una directiva clara del Comité Central para destruir o esconder en sitio seguro los documentos comprometedores para los miembros del Partido, nos dolía separarnos de ellos. Nos dolía, porque cada documento era una partícula del pasado, del alma.

Invertimos por lo menos tres horas en prepararnos... Aunque hablando en propiedad, nada había que preparar. Hojeábamos y revisábamos nuestros papeles; nos contábamos las cosas que íbamos recordando. Examiné mi credencial de miembro del Comité Central. Estaba descolorida y rojiza, como una hoja de otoño. Se me había mojado cuando atravesé a nado el río. Los otros documentos estaban menos estropeados. El carnet de diputado al Soviet Supremo de la Unión Soviética, de piel roja y letras doradas, apenas se había humedecido. Ese carnet me lo entregó el pueblo, el mismo pueblo que en aquel momento me rodeaba. La vieja Simonenko, y Bodkó, y el sastre cuyo traje me había puesto el día anterior... Todos ellos eran mis electores. Y ahora tenía que enterrar este carnet rojo, testimonio de la confianza de mis paisanos. ¿Lo rescataría alguna vez de allí?

Envolvimos con mucho cuidado cada documento en periódicos y el paquete en la goma de una careta antigás. Después lo depositamos en el fondo del hoyo y lo cubrimos de tierra que apisonamos.

No me quedé más que con un certificado: "Certifico que Kostir, Alexei Maxímovich, fué condenado en 1939 por malversación y puesto en libertad antes de extinguir la pena, el 18 de agosto de 1941..." Todo esto con las correspondientes firmas y sellos.

Por la tarde, pedí a la vieja Simonenko que hiciéramos una especie de ensayo. Iván no estaba en casa. La viejecita, mientras pelaba patatas para la cena de despedida, me "interrogaba".

— ¿Dónde trabajó usted antes de ser detenido?

— En el almacén número 16 de Górlovka, en la cuenca del Donetz.

— ¿Era un almacén de comestibles o de ropa?

— Una panadería. Yo era el encargado.

— ¿Y qué te pasó? ¿Robaste o engañaste en el peso?

— De todo hubo, señor juez, he robado y he engañado en el peso.

— ¿A cuántos años te condenaron?

— A seis años.

— ¿Sólo a seis años? ¡Vaya un tribunal! ¿Has robado, has engañado al pueblo y te han condenado sólo a seis años?

La indignación de la vieja era tan sincera, que decidí interrumpir el ensayo. Por lo visto, había aprendido bien el papel y mis respuestas eran convincentes.

No se me ofreció otra oportunidad para comprobar mi talento de actor. Tampoco tuve ocasión de exhibir ante nadie el certificado de que era un malversador. Los que quieran pueden verlo en el Museo del Movimiento Guerrillero de Kíev.

* * *

Hacía más de dos semanas que había salido de Piriatin, y más de una que me encontraba en la región de Chernígov. Durante ese tiempo vi a mucha gente.

La falta de actividad me abrumaba: el deseo de actuar de un modo concreto, de luchar directamente contra los alemanes era tan inmenso, que empezaba ya a pensar si no sería lo mejor quedarme allí. En Lisovie Soróchintsi había bastante gente que deseaba luchar contra los invasores. ¿Por qué no reunir allí un destacamento guerrillero? Al principio no sería numeroso, pero después se uniría a él la gente de las aldeas vecinas. Este plan me atraía más y más y una vez hablé de ello a Bodkó. El se entusiasmó, naturalmente, y me aseguró que conseguiría unos diez fusiles e incluso un automáti-

co con algunos discos de repuesto que tenía un muchacho. La tentación era grande, pero tuve que renunciar a este plan, porque era preciso, en primer término, concentrar en una sola mano toda la organización regional. Yo no dudaba de que esta organización existía... Bastante más tarde, me enteré que durante mis solitarias andanzas, a fines de septiembre y principios de octubre, habían comenzado ya a actuar en la región de Chernígov muchos Comités de Distrito clandestinos del Partido y de las Juventudes, centenares de células y grupos de resistencia; los esfuerzos del Partido no fueron estériles.

Al comienzo del libro he hablado del secretario del Comité de Distrito de Jolmi, Iván Martiánovich Kúrochka, que había manifestado deseos de quedarse a trabajar en la clandestinidad. El lector recordará, seguramente, con qué energía Iván Kúrochka llevó a cabo la preparación de las organizaciones clandestinas y de los destacamentos guerrilleros. Desde los primeros días de la ocupación, las organizaciones clandestinas de su distrito comenzaron a actuar tan orgánicamente, que puede decirse que no hubo aldea donde no se sintiera la influencia de los comunistas, donde no se manifestara el pueblo contra los alemanes: los campesinos saboteaban las órdenes, exterminaban a los cómplices de los alemanes, ayudaban a los combatientes soviéticos cercados o prisioneros. En todas las localidades del distrito existían domicilios secretos; en todas partes, los dirigentes de la organización clandestina encontraban gente de confianza.

Sólo en el pueblo de Jolmi había cuatro casas donde los comunistas podían reunirse clandestinamente. Eran simples casas koljosianas. Sus dueños tenían siempre reservas de galletas y salazón por si el compañero de la organización clandestina tenía que salir inmediatamente para el bosque. En algunas de estas casas también se

podía encontrar ropa. A veces entraba uno vestido con una chaqueta guateada y salía envuelto en una pelliza. De esa manera se conseguía despistar a los sabuesos del enemigo.

Las autoridades alemanas exigían que el ganado de labor, las vacas, los cerdos, el grano, el forraje, las legumbres y otros bienes de los koljoses fueran reunidos y calculado su número y cantidad en espera de las disposiciones de las nuevas autoridades.

Los compañeros de la organización clandestina tomaron un acuerdo audaz: convocar una sesión del Soviet de distrito de Jolmi para procurar salvar de los alemanes los bienes koljosianos. Se repartieron las comunicaciones invitando a la reunión y el día 16 de septiembre, como si no hubiera alemanes por allí, se congregaron en Jolmi los diputados, los activistas, los presidentes y los miembros de la directiva de los koljoses.

Presidía la sesión el camarada Vodopiánov, secretario del Comité de Distrito del Partido. Hizo un breve informe sobre la marcha de la guerra y las tareas de los ciudadanos soviéticos en la retaguardia enemiga.

Los reunidos acordaron que se debía sabotear, por todos los medios, las órdenes alemanas y decidieron que los koljoses distribuyeran inmediatamente todos sus bienes entre los campesinos. Las cosas que se pudieran guardar, debían ser enterradas en sitio seguro, y lo que no, destruído inmediatamente. A continuación celebráronse también reuniones en los koljoses. En esas reuniones participaron los secretarios del Comité de Distrito del Partido y los diputados. La población pudo convencerse prácticamente de que el Partido y el Poder soviético seguían existiendo y promulgando, en contra de las órdenes alemanas, disposiciones que favorecían los intereses populares.

Iván Martiánovich Kúrochka, primer secretario del Comité de Distrito de Jolmi, dirigió personalmente toda

la organización de resistencia por medio de personas que conocía bien. En aquel distrito, uno de los primeros ocupados por los alemanes, ya actuaban entonces seis pequeños destacamentos guerrilleros. Tendían emboscadas por los caminos, volaban puentes, exterminaban grupos enemigos poco numerosos. Lo más positivo de la labor desarrollada por la organización clandestina de Jolmi fué la recepción sistemática por radio de los partes de guerra del Buró Soviético de Información. Los comunistas, los jóvenes comunistas y agitadores sin partido celebraban, no menos de dos veces a la semana, charlas con los campesinos, informándoles de la situación en los frentes y desenmascarando la falsa propaganda alemana.

Gracias a la inteligente dirección de la organización clandestina del distrito, en el trabajo tomaron parte todas las capas de la población. La intelectualidad rural participó muy activamente. Los maestros, médicos, agrónomos, veterinarios convirtiéronse en ardientes agitadores y propagandistas: captaban los partes de guerra por radio, los copiaban y distribuían entre la población o los leían en voz alta por las casas.

He aquí, en pocas palabras, la historia del maestro sin partido Malozhen y su familia, de la aldea de Zhukli. Sava Emeliánovich Malozhen era un viejo enfermo y cojo, que apenas si podía tenerse en pie. Rara vez salía de casa. Escribía octavillas en prosa y en verso y sus canciones y coplas satíricas, mordaces e intencionadas, corrían de boca en boca. Se cantaban y leían no solamente en Zhukli, sino también en las aldeas vecinas. El viejo las escribía y luego eran difundidas por su hija Oksana y su sobrina Irina. Ambas militantes de las Juventudes Comunistas, valientes, audaces e ingeniosas.

Los agentes de la Gestapo se apoderaron del viejo. Le amenazaba el fusilamiento. Oksana se presentó en la comandancia y supo convencer al comandante de que

un viejo tan decrépito y enfermo como su padre no podía ser un agitador comunista. El maestro fué puesto en libertad. Pero poco después detuvieron a la sobrina. Los alemanes la torturaron, pero la muchacha no delató a nadie. Poco antes de ser fusilada, consiguió hacer llegar a su tío dos notas. En la primera decía:

"Querido tío: No tengo miedo a la muerte, lamento únicamente haber vivido poco, haber hecho poco por mi país".

Su segunda nota de despedida era ésta:

"Tío, ya me he acostumbrado, no estoy sola, somos muchas. No sé si me dejarán volver a casa. Tal vez no me dejen. He pasado un interrogatorio. Me enseñaron las declaraciones del starosta A. Ustizhenko. Es él quien nos ha delatado, tío. Pero es igual, no le tengo miedo a la muerte y no me asusta morir. Dígale a mamá que no llore. De todas formas no habría vivido mucho tiempo a su lado. Tengo mi propio camino. Que mamá guarde el trigo, si no los alemanes se lo llevarán. Adiós, su sobrina Irina".

En aquel mismo distrito de Jolmi nació en septiembre de 1941 una organización clandestina de las Juventudes Comunistas que llevaba el romántico nombre de "Así comienza la vida". Al principio era un pequeño grupo de jóvenes, pero después fué en aumento y participó en ella la mejor juventud de Jolmi. Todo el que entraba en la organización pronunciaba el siguiente juramento solemne:

"Al ingresar en las filas de la organización clandestina de las Juventudes Comunistas "Así comienza la vida", juro ante mis compañeros, ante la Patria, ante todo mi pueblo que tanto sufre, librar una lucha a muerte contra el cruel enemigo, los fascistas, y pelear contra ellos sin escatimar mi vida, hasta que nuestra tierra se vea libre de la inmundicia alemana. Juro cumplir honradamente todas las tareas que me encomien-

de la organización clandestina y morir antes que traicionar a los compañeros".

El grupo estaba dirigido por Kolia Eriómenko, que antes de la guerra había sido inspector del trabajo político y cultural. El grupo, enérgicamente, puso manos a la obra. Las muchachas y los muchachos escribían y repartían las octavillas, actuaban de enlaces entre el Comité de Distrito del Partido y los destacamentos guerrilleros, salían de exploración, recogían armas y municiones para los guerrilleros.

En la región de Chernígov a los miembros de este grupo se les llama "La Joven Guardia de Jolmi". En efecto, lucharon como los valerosos jóvenes de Krasnodón* y la mayoría de ellos pereció heroicamente. En el segundo tomo de este libro hablaré con más detalle de ellos; en el período al cual me refiero no hacían más que comenzar su trabajo.

En el distrito de Jolmi la actividad guerrillera y clandestina de los comunistas estaba bien preparada y por eso se desarrolló con mayor éxito y rapidez que en el resto de la región.

En otros muchos distritos también comenzó a notarse entonces la resistencia del pueblo a los invasores alemanes.

En el distrito de Oster, el 15 de septiembre, dos destacamentos guerrilleros libraron el primer combate contra alemanes armados de automáticos, ayudando a salir del cerco a un grupo de soldados rojos.

En el distrito de Gremiach el Comité de Distrito

* Los de Krasnodón: Se refiere a los miembros de "La Joven Guardia", organización clandestina de las Juventudes Comunistas que ha luchado heroicamente contra los invasores hitlerianos en la ciudad de Krasnodón (cuenca del Donetz). Los dirigentes de esta organización y la mayoría de sus miembros perecieron en los calabozos de la Gestapo. El Gobierno de la Unión Soviética ha concedido a los jefes de esta organización, como honor póstumo, el título de Héroe de la Unión Soviética. *(N. del Trad.)*

clandestino supo sabotear la "elección" de los starostas. La población se negaba obstinadamente a acudir a las reuniones. En vista de ello, los alemanes tuvieron que desistir de la comedia electoral, nombrando a los starostas por vía administrativa. Pero en cinco aldeas: Gremiach, Buchkí, Buda, Vorobiovka y Kámenskaia Slobodá los starostas designados se negaron a cumplir todas las órdenes del enemigo. Los alemanes fusilaron al camarada Ivanitsi, starosta de la aldea Gremiach, ahorcaron al camarada Kalabuj, starosta de la aldea Buchkí y apalearon al camarada Fedorenko, starosta de la aldea Vorobiovka.

Los rumores del terror alemán extendiéronse inmediatamente por todo el distrito. La población comenzó a marcharse a los bosques.

En el distrito de Kozelets, el camarada Yarovoi, primer secretario del Comité de Distrito, fusionó varios pequeños destacamentos y comenzó a luchar contra las guarniciones rurales, los policías y los starostas traidores.

Los jóvenes de la organización clandestina del distrito de Semiónovka reunieron varias decenas de fusiles, 5.000 cartuchos y centenares de bombas de mano, entregándolo todo a los guerrilleros.

En el distrito de Ivanitsa, la actividad de los guerrilleros era tan intensa, que los alemanes temían entrar en las aldeas. En todas las localidades funcionaban órganos del Poder soviético.

El grupo de combate del Comité de Distrito clandestino de Dobrianka voló dos trenes militares, un automotor y varios camiones del enemigo.

En la ciudad de Nezhin, el joven comunista ciego Yákov Batiuk, célebre luego, había comenzado a formar una organización clandestina.

Todo esto lo supe más tarde; pero la noche en que salí de Lisovie Soróchintsi, me sentía muy solo.

Era una noche de luna, ventosa y muy fría. Camina-

ba por la vía del tren. No lejos aullaban los lobos; quizás no lo fueran; entonces me parecía que hasta la tierra debía aullar.

Al cabo de un kilómetro vi el destruído edificio de la estación de Kolomiitsevo. Los raíles estaban levantados. Alrededor no se veía una luz. Todo parecía muerto. Dejé atrás la estación, atravesé un pequeño puente y de pronto sentí que alguien me llamaba, acercándose.

— ¡Patrón, eh, patrón!

La voz me pareció conocida. Un hombre delgado —capote de soldado, el gorro con las orejeras bajadas— venía hacia mí cojeando, apoyándose en un bastón. Distinguíase en su rostro una barbita pelona.

Por si acaso, tanteé en el bolsillo el gatillo de la pistola. El hombre, respirando fatigosamente, me dijo:

— Le he reconocido, padrecito, sin dificultad ninguna. Por ese modo de andar tan seguro y ese paso tan firme. Es usted igual de día que de noche. ¡El amo es siempre el amo!...

Era el "huésped" de Bodkó, a quien yo bautizara en mi fuero interno de baptista.

— ¿Me permite que vaya con usted, Alexei...? No recuerdo el patronímico...

— Maxímovich —respondí de mala gana.

El baptista se echó a reír.

— ¿A dónde se dirige? Pero, ¿para qué preguntarlo? A todas partes donde vaya siempre tendrá buena acogida y albergue: al amo se le ve en seguida. Otra cosa somos nosotros, los forasteros. ¿Va usted a la tierrecita natal?

"Si este sujeto ha sido enviado para seguirme solo, podré con él en cualquier momento —pensé, y decidí dejarle hablar—; pero creo que me toma por otro".

El hombre charlaba con mayor desenvoltura y sinceridad que en casa de Bodkó. Me di cuenta de que estaba ligeramente bebido.

— Me había instalado en la estación —prosiguió—; es una vieja costumbre. ¡Cuánto no habré viajado en mi vida!... Hay allí dos habitaciones pequeñas que no ha tocado el fuego, pero muy frías, y me calenté un poco con aguardiente. ¿A dónde voy a ir? En las aldeas le miran a uno con desconfianza, ni por dinero te venden nada, a excepción del aguardiente, ni te dejan pernoctar...

— ¿Por qué a mí me dejan?

— Ya veo que le dejan. Hace tiempo que busco un compañero así.

— ¿Qué clase de compañero buscas? Dilo francamente.

El hombre se echó a reír, me lanzó una rápida mirada e hizo un gesto con la mano. Su risa me produjo una impresión desagradable. Es cierto que por la risa se puede definir a un hombre.

— ¿Quieres que te lo diga? —preguntó mirando a su alrededor.

— Habla. No hay nadie. Habla sin temor.

— Veo en usted al verdadero amo... Tiempos atrás también yo lo fuí, y no tanto yo, como mi padre. A mí me tocó ver el Poder soviético. Pero durante algún tiempo me mantuve. Arrendé un poco de tierra y construí un molino. No un molino de viento como los de aquí, en la Pequeña Rusia, sino de agua...

— ¡Demonios! ¿De qué Pequeña Rusia me hablas?

— Le comprendo y me conduelo. Pero es que siento grandes deseos de pronunciar las palabras prohibidas por el Poder soviético. El que se llame Pequeña Rusia o Ucrania poco importa; lo bueno es que, por fin, vuelve nuestra ley. Usted tiene suerte. ¡Quién sabe cuándo llegarán los alemanes a la provincia de Kostromá!

Estábamos de pie al lado de un pequeño puente ferroviario. Detrás de nosotros se alzaban los escombros de la estación y alrededor de ella algunos cobertizos,

abandonados al parecer. Pasado el puente comenzaba la estepa. A unos tres kilómetros se divisaba una aldea donde yo tenía que buscar la casa indicada por Bodkó. No sabía qué hacer con este kulak de Kostromá. El proseguía entusiasmado.

— ¿Sabe, Alexei Maxímovich?, en el tiempo que llevo recorriendo su Ucrania he visto que habrá que hacer muchas cosas para restablecer el orden. Al principio probé a decir con toda franqueza a la gente que yo era de los despojados y que me alegraba el nuevo poder. Pegar no me pegaban, pero nadie me daba de comer. Tal vez porque soy ruso. Pero no. Iba conmigo otro muchacho de Riazán, y éste se las arreglaba bien. En una ocasión intenté recurrir a la fuerza: enseñé el pase alemán y exigí que me atendieran, amenazando, en caso contrario, con presentarme a las autoridades. Pero me fué peor aún. ¿Sabe, Alexei Maxímovich? ¡Aquí hay que hacer agitación con el látigo, sacudiendo buenos azotes, para que se acuerden del padrecito zar!

Su voz tornóse chillona por la ira con que pronunció esas palabras. Por lo visto estaba seguro de ser escuchado con simpatía. Yo sentía unos deseos irresistibles de acogotarle allí mismo, sin más contemplaciones... Recordé la simplicidad con que los chóferes habían suprimido a aquel traidor. Este kulak anhelaba que los alemanes le pusieran un látigo en su mano implorante. Pero cuando sucedió lo del chófer estábamos cerca del frente, donde yacían centenares de muertos, y entonces aquello podía pasar desapercibido. Ahora me encontraba ya a unos cien kilómetros en la retaguardia. Podían presentarse las autoridades judiciales de Priluki. Había que pensar bien las cosas. El kulak sintió probablemente que algo no muy agradable para él andaba yo cavilando, pues, de pronto, calló.

— ¿Qué tal te encuentras de salud? —le pregunté.

No me respondió; debió darse cuenta de que aquello tomaba un mal giro. Su rostro tornóse negro del todo.

— ¿Dices que eres de Kostromá? No temas, iremos juntos, conmigo no te perderás.

Le puse una mano sobre el hombro. Había decidido llevármelo a la estepa y terminar la conversación en medio del campo, lejos de los cobertizos.

De repente el hombre se agachó y, escurriéndose de mis manos, saltó a la cuneta oscurecida por la sombra del puente. Disparé varias veces en aquella dirección y salté a mi vez. El hombre lanzó un agudo grito, gimió y me respondió con un disparo. Sentí el crujir de las hojas secas y en ese momento, como adrede, una nube ocultó la luna. Anduve un minuto rebuscando por la cuneta. Volví a disparar. La cuneta era más profunda de lo que yo creía. Estaba llena de agua y a su lado los espesos zarzales no permitían distinguir nada en la oscuridad. Además, me cegaba la furia. Intenté salir de allí y me enganché en el breñal. El baptista seguramente se habría arrastrado por el barro de la cuneta.

— ¡No te escaparás, canalla. esperaré hasta que amanezca, hasta que sea de día! —gritaba yo furioso en medio de la oscuridad. Pero cuando me serené un poco, comprendí que aquello no conducía a nada.

Salí de la cuneta. Las nubes habían ocultado la luna y comenzaba a llover. Pero mi vista habíase acostumbrado ya a las tinieblas y distinguí los contornos del camino. Permanecí de pie al lado del puente, con la pistola en la mano, unos diez minutos. ¡Qué de maldiciones me eché en aquellos momentos! Mas, ¿qué podía hacer? Tenía que proseguir mi camino.

Supuse que el baptista no habría vuelto a disparar por haberle yo herido y tal vez mortalmente. A nadie conté lo sucedido. La cosa era estúpida. Todavía me da vergüenza haber dejado escapar ante mis narices a un traidor indudable.

Caminaba por la estepa apesadumbrado y furioso. La lluvia arreciaba, el húmedo viento me azotaba el rostro. Pero estaba muy lejos de creer que esa misma noche me vería metido en otra aventura de índole bastante desagradable.

A eso de las cuatro de la madrugada entré, por la parte de las huertas, en la aldea de Levkí, del distrito de Málaia Dévitsa y golpeé en la ventana de la casa indicada por Bodkó.

Tras la puerta, oí el disputar de dos voces: una de mujer y otra de hombre. La de mujer era autoritaria y enérgica; la de hombre, irritada y chillona. Al principio no oyeron mi llamada.

— ¡Cabeza de asno! —gritaba la mujer—. ¡Asno has sido siempre y asno serás! Dime, ¿qué tienes dentro de la cabeza? ¿Por qué callas? Di, ¿qué tienes en la cabeza, estiércol o serrín?

El hombre prefirió dejar sin contestación esta pregunta.

— Marúseñka, fíjate en la esencia de las cosas, en lo concreto...

Golpeé con mayor fuerza. Los que discutían callaron repentinamente; después oí un cuchicheo y el ruido de algún objeto pesado. Al cabo de un minuto, una voz femenina, esforzándose por parecer cariñosa, preguntó:

— ¿Quién va? Kulkó está enfermo.

— Abre, abre. Y date prisa, di a Kusmá Ivánovich que soy Fiódor Orlov, su viejo amigo.

Fiódor Orlov era mi nombre clandestino de Partido. Lo conocían todos los que trabajaban en la clandestinidad.

La mujer se alejó a consultar probablemente con su marido. Poco después regresó y me abrió la puerta. Sin saludarme, señaló con la cabeza en dirección a la estufa y dijo:

— ¡Ahí está!

Kusmá Kulkó estaba tumbado sobre el horno, envuelto en la manta hasta la misma barbilla. Su mujer alzó el quinqué y casi me lo metió en las narices.

— Lo reconozco —dijo Kulkó —. En efecto, es Fiódorov. Estamos esperando a los alemanes, Fiódorov, por eso preparamos un plan de conspiración: yo estoy "enfermo" de tifus. Dicen que en casa de los enfermos de tifus no alojan a nadie y que, por lo general, procuran evitarlos.

— Es completamente cierto —respondí yo seriamente—. Las casas de los enfermos de tifus, tuberculosis, disentería y demás enfermedades infecciosas las cierran bien por fuera, las rodean de paja y las prenden fuego con todo lo que haya dentro.

No sé si Kulkó me creyó o no, pero el caso es que saltó de la estufa como si le hubiera picado una avispa. Se puso rápidamente unos pantalones y una camisa, se sentó a la mesa y fijó en mí la mirada. Su mujer también callaba, pero advertí que una sonrisa sarcástica le contraía la boca.

Había yo entrado un poco en calor y, tranquilamente, me puse a examinar la habitación. La conducta de los dueños de la casa era muy extraña y antes de comenzar a hablar quería saber con quién me las entendía. A Kulkó lo conocía oficialmente, por decirlo así: lo había visto en Chernígov, en diversas reuniones regionales, había hablado con él cuando estuve en el distrito de Málaia Dévitsa. Era un trabajador mediano. Su aspecto no podía ser más corriente: ni bajo ni alto, ni gordo ni delgado y calvo en medio de la nuca. Vestía como todos. Habíase trasladado del centro del distrito a la aldea de Levkí por indicación del Comité de Distrito clandestino. No sé si la casa donde vivía era de sus padres o de los de su mujer.

A pesar de que la habitación estaba mal alumbrada, advertí por muchos indicios que los dueños estaban repartiéndose las cosas o quizás preparándose para llevárselas

a otro sitio. Vi un gran baúl, tan repleto que no lo habían podido cerrar. Sobre varias sillas estaban colocadas algunas pellizas flamantes. Unos diez cubos nuevos, metidos el uno en el otro, apilábanse en un rincón y a su lado, amontonados, riendas, cabezales, arreos. Bajo el diván asomaba el extremo de una caja apresuradamente metida allí y llena de trozos de jabón. Sobre una ancha cama, abrigos infantiles tirados en desorden. Para colmo, un cordero asomó de pronto por debajo de la cama y comenzó a balar.

— Bueno, camarada Kulkó, cuénteme —dije encarándome con el dueño de la casa—, ¿qué tal marchan las cosas por aquí, cómo se trabaja? ¿Dónde están los alemanes? Dígame todo lo que pasa.

— En Levkí —comenzó Kulkó con bastante inseguridad— hay gente. Algunos comunistas forasteros y los del pueblo. Nos vamos preparando poco a poco... El trabajo es nuevo, estamos, por decirlo así, en período de organización. Queremos convocar un Buró ampliado.

Su mujer le interrumpió.

— No digas tonterías, Kuzmá. ¡Buró ampliado, reuniones! ¿Es que vamos a quedarnos aquí como unos idiotas? ¿Acaso somos peores que otros? ¿Por qué me miras de ese modo? Tú dime, ¿éste es amigo tuyo? (Esto último se refería a mí.) ¿Por qué callas?

Kulkó parpadeaba desconcertado.

— ¡Amigo, amigo! —exclamé yo—. Puede estar segura.

— Bueno, ya que es amigo, podemos hablar. Usted, no sé ni cómo se llama, tal vez esté solo en el mundo, pero el mío tiene un montón de chicos. Si le ahorcan, ¿quién nos asegurará un pedazo de pan? Usted, que es amigo suyo, debe hacer comprender a este melón que mientras discutimos pueden llegar los alemanes...

— Claro que hay que esconder las cosas —dije yo—. ¿Por qué las tenéis todas fuera? Según veo, también

guardáis aquí bienes koljosianos. Los alemanes, en efecto, pueden presentarse de improviso...

— Pero si eso, camarada Fiódorov, lo comprendo —exclamó Kulkó alzando los brazos—. Acabamos de sacarlo todo del sótano por que en seguida se nota si está lleno o vacío —diciendo esto golpeó con el pie en el suelo—. Los alemanes no son tontos; golpearán el suelo y nos dirán: ¡a ver, abrid el sótano!

— Ya llevamos dos semanas, mal rayo lo parta, discutiendo —comenzó de nuevo la mujer—. Tan pronto guardamos las cosas, como las sacamos... ¿Sabe usted lo que quiere el maldito? Que lo llevemos todo al otro extremo de la aldea, a casa de su padre. Y si los alemanes te agarran ¡a buena hora voy a sacar nada del suegro!... Se quedará con todo. Lo que es yo, a tu padre no le doy ni un hilo.

— ¡Mi padre es cien veces más honrado que tú!

En mis planes no entraba tomar parte en una escena conyugal. Me levanté y me puse la gorra. Kulkó, siguiendo mi ejemplo, tomó el abrigo. Pero su mujer le agarró de la manga.

— No te dejaré salir, no te hagas ilusiones. ¿Te parece que has perdido poco tiempo en tu Soviet de distrito y quieres ahora seguir haciendo lo mismo?

— Dígame, camarada Kulkó, ¿a casa de quién puedo ir ahora, dónde vive aquí gente normal?

Kulkó, forcejeando por desasirse de las manos de su mujer, masculló algo ininteligible. Salí furioso, dando un portazo.

Un viento helado me hizo estremecer. "¡Vaya un lío! —pensé—. Mal rayo los parta a Kulkó y a su mujer. ¿Qué puedo hacer ahora? ¿Llamar a la primera puerta que vea? ¿O buscar una parva donde meterme, siguiendo la vieja costumbre?..." Había dejado la calle y me encaminaba a los huertos de la aldea para buscar allí una parva de heno, cuando se volvió a abrir la puerta

de la casa y Kulkó salió corriendo entre ayes y amenazas.

— ¡Es el diablo con faldas! —exclamó casi ahogándose—. Vamos, camarada Orlov, le llevaré a una casa donde la gente no ha perdido el juicio. Yo, por lo visto, estoy condenado. ¡Ay, Alexei Fiódorovich, si por lo menos me enseñara usted lo que debo hacer! . . .

Durante el tiempo que marchamos juntos, media hora por lo menos, Kulkó estuvo maldiciendo su suerte, explicándome que jamás había sido feliz con aquella mujer.

— Ya verá, Alexei Fiódorovich, usted todavía no la conoce. Recuerde mis palabras, mañana irá corriendo a ver al starosta y le dirá que el secretario del Comité Regional se encuentra aquí.

— ¿Está usted loco?

— Es la pura verdad, Alexei Fiódorovich; se lo digo aunque es mi mujer. Llevo quince años viviendo con ella —prosiguió— y sé las malas intenciones que tiene. Se puede esperar de ella cualquier canallada.

— ¿Cómo ha podido usted vivir con una mujer así?

— Pero si no ha sido vida, Alexei Fiódorovich, sino un tormento.

La luna se había ocultado y andábamos en medio de la más absoluta oscuridad; el viento helado amenazaba con derribarnos.

— Dígame, Kulkó —dije hablando sin verle—, en cuanto me deje usted en ese sitio, ¿oye lo que le digo?

— Sí, camarada Orlov.

— Pues bien, en cuanto me deje en ese sitio, vuelva inmediatamente a casa y obligue a su mujer a callar.

— Más vale que no vuelva a casa.

— No, regresará usted y hará lo que le digo.

— Como usted disponga, camarada Orlov.

— ¿Sabe su mujer adónde hemos ido?

— Sí.

— ¿Conoce a todos los miembros de la organización clandestina?

— A todos no, pero a muchos.

— ¿Usted los conoce a todos?

— Tampoco yo los conozco.

— Dígame, ¿se daba usted cuenta del riesgo que corría al quedarse en la retaguardia alemana?

— ¡Cómo no! Ahora también lo comprendo. Yo había evacuado a mi mujer, yo mismo la había instalado en un carro con los chicos. Se alejó unos treinta kilómetros, dió un rodeo y se presentó de nuevo aquí... "¡Maldición! —exclamé al verla— ¿para qué has vuelto? Ve donde quieras, que yo necesito trabajar". Pero ella se obstinó y no hubo quien la obligara a moverse. Entre tanto, los alemanes habían rodeado Levkí y el frente habíase desplazado. ¿Qué podía hacer en estas circunstancias?

La voz de Kulkó temblaba; me parecía que le faltaba poco para llorar de rabia e impotencia. Sin embargo, no me inspiraba ninguna compasión.

— ¿Usted se orienta bien por aquí? —pregunté yo—. Explíqueme cómo encontrar la casa y no siga más. Le ordeno que haga callar a su mujer, valiéndose del medio que sea. No la pierda de vista, no la deje sola un instante, ¡el diablo se la lleve!

Kulkó balbuceó algo todavía, pero dió la vuelta. Esperé a que cesara el rumor de sus pasos, y tomé la dirección opuesta. Caminaba a campo traviesa; al amanecer llegué a la aldea de Seskí. Tuve la suerte de que allí no hubiera alemanes.

* * *

Cuando en mi despacho de Chernígov se reunía el Comité Regional clandestino y deliberábamos qué hacer si los alemanes ocupaban la región, nos imaginábamos

un esquema ideal de organización. En cada aldea, en todo caso en la mayor parte de ellas, existirían células clandestinas y grupos de resistencia. En todos los distritos, sin excepción, destacamentos guerrilleros y Comités de Distrito del Partido, con el primer secretario y el segundo y, por si éstos eran detenidos, sus suplentes. Los destacamentos, Comités de Distrito y células debían estar en contacto permanente. El Comité Regional cursaría sus instrucciones a los Comités de Distrito, y éstos a las organizaciones de base; de vez en cuando se convocarían reuniones. Todo esto, naturalmente, en medio de la más estricta conspiración...

Incluso más tarde, después de la reunión en Yáblunovka, del caos de Piriatin y de muchos días de solitario vagabundaje, seguía creyendo que tan pronto llegara a la región de Chernígov, en el primer distrito me encontraría con la gente distribuída en sus lugares y entregada a una actividad febril.

Pensábamos también que los alemanes se organizarían con mayor rapidez en el territorio ocupado por su ejército. En aquella época no podía imaginarme siquiera que en pleno día pasaría tranquilamente por los caminos, ¡qué digo caminos! por las calles de la aldea. Figurábame que tendría que disfrazarme cada dos horas, por lo menos, que estaría vigilado por espías, a los que, valiéndome de hábiles ardides, dejaría con tres palmos de narices...

La preparación oportuna de las bases para los guerrilleros, el nombramiento de secretarios de Comité de Distrito y la organización de centros clandestinos desempeñaron un gran papel. La inmensa mayoría de los hombres, que destinamos para actuar en la clandestinidad, comenzó a trabajar desde el primer día. Pero el trabajo y el ambiente resultaron muy distintos de lo imaginado.

No habíamos tenido en cuenta, por ejemplo, que para el trabajo en la clandestinidad se necesitaría cierto tiempo a fin de conocer y familiarizarse con la nueva situación, que muchas veces habría que ver con otros ojos incluso a los propios parientes y establecer con ellos otro tipo de relaciones. Tampoco le dimos la importancia debida a otra cosa: que sería la primera vez que nuestra gente vería a los alemanes y se encontraría en la necesidad de ocultarse... ¡Cuántas cosas tendría que ver y conocer por vez primera nuestro pueblo!

Por otra parte, los comunistas encargados del trabajo clandestino habían ocupado en épocas normales puestos dirigentes de más o menos importancia. La mayoría eran hombres conocidos en el distrito. Cualquier chiquillo podría reconocerlos y la primera koljosiana acercarse y llamarles por su nombre como si tal cosa...

Por eso, el camarada que se encontraba en la clandestinidad, al principio padecía más que trabajaba. Para acostumbrarse a la vida clandestina se necesita un cierto tiempo, según el carácter. Si el compañero no estaba solo, se acostumbraba más fácilmente. Si se hallaba solo, la cosa era más dura. Algunos hasta enfermaban... de manía persecutoria.

Pero dejemos a un lado todo esto. He descrito ya con bastante detalle mis padecimientos. Debo confesar que entonces ya estaba harto de ellos.

Comencé a buscar al camarada Priadkó, primer secretario del Comité de Distrito, y al camarada Strashenko, ex-presidente del Comité Ejecutivo del Soviet de distrito y más tarde jefe de un destacamento guerrillero.

En la aldea de Seskí encontré a Belovski, ex-encargado de la sección de organización del Comité de Distrito. Omitiré la descripción de nuestro encuentro. Me recibió bastante bien y me contó lo que él sabía, muy poco desgraciadamente: había llegado a la aldea un día antes que yo. Cercado por el enemigo en las proximidades de

Kíev, consiguió marchar a la aldea natal para ver a su mujer. Lo mismo que Simonenko, no tenía la intención de quedarse: anhelaba volver al frente.

Belovski intentó ponerse en contacto con el secretario del Comité de Distrito. Alguien le comunicó que Priadkó había evacuado a su familia y abandonado la casa y que en compañía de Strashenko, presidente del Comité Ejecutivo del Soviet, andaba por las aldeas vecinas.

Por lo visto existía un destacamento guerrillero en el distrito, pero aún no se oía nada de él.

"Parece que... tal vez... en las aldeas de alrededor..." Estas vaguedades no me solucionaban nada. Di las gracias al dueño de la casa y me fuí a dormir al pajar.

Sentíame fatigado por la caminata de la noche anterior, los tiros con el baptista y la discusión con Kulkó. Además, por el día tampoco había descansado. Pensaba que iba a quedarme dormido como un leño. Pero no fué así, no sé si por culpa del frío, que se filtraba a través del heno, o por los nervios y la rabia que sentía. La verdad es que todo marchaba aún mal. Había atravesado cuatro distritos sin encontrar la organización clandestina debidamente estructurada. "Mas, ¿qué significa debidamente estructurada?" —me pregunté a mí mismo. En Chernígov todas las consignas, las claves, las direcciones de los compañeros encargados del trabajo clandestino habían sido hechas de acuerdo conmigo. Claro está que no podía recordar a todos, pero conocía a los secretarios de las organizaciones de distrito, y antes de entrar en la retaguardia alemana me había trazado un itinerario que debía conducirme al destacamento regional de Popudrenko. En este itinerario estaban previstos los centros de enlace conspirativos, los nombres convencionales (no los apellidos, sino unos nombres comprensibles solamente para mí).

Pero tuve que modificar un poco la ruta; las notas

y otras indicaciones precisas para orientarme, habían quedado enterradas, con mi cartera, en el fondo del río Mnogo.

Aquello había sido un revés personal, un accidente imprevisto. ¿Qué derecho tenía, pues, a quejarme por no encontrar una organización clandestina bien montada? ¿Acaso Bodkó y los camaradas de Ignátovka no eran miembros de la organización ilegal? Me indignaba por la conducta de Kulkó, porque no sabía nada concretamente. Mas era de suponer que la dirección clandestina del distrito conocía "las desavenencias conyugales" de Kulkó y que por eso no le informaba de sus planes ni de su actuación.

Así reflexionaba yo entonces, tiritando de frío en el pajar. Mucho más tarde comprendí que las "casualidades", los reveses personales, incluso los descalabros de grupos considerables no eran temibles si estaba bien meditado el plan general.

En el amplio plan del Comité Regional clandestino habíamos determinado el número de organizaciones de base que debía tener cada distrito y la cantidad de centros de enlace conspirativos en cada localidad. Aquel gran plan habíase puesto en práctica. Existían las organizaciones de distrito, también existían los centros de enlace. Por lo demás, no era cosa frecuente tropezar con un drama familiar, como me había ocurrido a mí. Convenía, sin embargo, saber que el centro de enlace no era una estación ferroviaria, con cantina, agua caliente, reloj y demás atributos propios del caso.

El saber orientarse dependía de la experiencia personal de cada guerrillero y de cada dirigente del Partido en la clandestinidad. La experiencia adquirida por mí en el camino desde el frente hasta el destacamento regional, me fué más tarde de enorme utilidad. Aprendí a caminar, a ver y a escuchar. Supe que el arte de un dirigente comunista en la clandestinidad consiste en

comprender la naturaleza de las "casualidades" y poner esas "casualidades" al servicio del gran plan de lucha contra el enemigo.

El hecho de que mi cartera hubiese quedado sepultada en el limo del río Mnogo no me desvió de mi camino. Conocía bien, si no todos los senderos, por lo menos cada camino vecinal, cada caserío de la región de Chernígov. Si hubiera tenido las direcciones de los centros de enlace secretos, habría encontrado antes a mis hombres. Pero este retraso tuvo sus ventajas. Conocí mejor la vida del pueblo bajo la ocupación, el estado de ánimo de las gentes, y aprendí a tratar de distinto modo a cada persona...

Estuve dando vueltas durante mucho tiempo aún y ya comenzaba a dormirme, cuando oí de pronto pasos y voces. Me puse en guardia. Cuando comprendí que la conversación no me atañía, me encasqueté mejor la gorra para que no me desvelaran por completo. Pero todo fué inútil: el sueño desapareció e involuntariamente oí un diálogo... amoroso.

Al pie del cobertizo donde me encontraba, serpenteaba un sendero bastante pintoresco, bordeado de arbustos. Hacía una noche despejada y de luna, aunque el viento rugía lo mismo que la noche anterior. Los enamorados, jóvenes a juzgar por las voces, primero estuvieron dando vueltas alrededor de mi escondite y después se sentaron muy cerca de mí.

— ¡Qué desgraciados somos! —decía la muchacha—. Si no hubiera sido por la guerra, habríamos terminado la casa y después de la distribución de la cosecha nos hubiésemos trasladado a ella...

— ¡Ajá! —aprobó el muchacho. Casi siempre se limitaba a esas breves réplicas, interrumpiendo frecuentemente con besos a su amiguita. Cosa que, sin embargo, a ella no le impedía seguir hablando.

— Escucha, Andrei —dijo la muchacha con la más dulce de las voces—, ¿cuando vuelvas definitivamente de la guerra, nos casaremos?

— ¡Cómo no!

— ¿Y compraremos una radiola igual a la de Karpenko?

— ¡Ajá!

— ¿Y me dejarás ir a estudiar al Instituto Pedagógico?

— ¿A Dniepropetrovsk?

— No, a Chernígov.

— Sólo a Dniepropetrovsk. Hay allí una escuela metalúrgica; en cambio, institutos pedagógicos existen en cualquier ciudad. Yo estudiaré en la escuela metalúrgica y tú en la pedagógica...

— No, Andrei, es mejor Chernígov.

Al parecer la joven pareja carecía por completo del sentido de la realidad. Hablaban de sus futuros estudios con tan simple seguridad, como si no hubiera guerra ni ocupación. La discusión de si era mejor ir a Chernígov o a Dniepropetrovsk se prolongó bastante. Debía ser un pleito antiguo. Las partes no llegaron a un acuerdo y la muchacha cambió de tema. Después del beso correspondiente, preguntó con voz más dulce aún.

— Andrei, ¿me quieres?

— ¡Cómo no!...

— ¿Me llevarás contigo?

— Enviaré un avión por ti.

— No, de verdad, Andrei, no bromees, mándame aviso y yo misma iré. No olvides que soy de las Juventudes Comunistas. Dile al jefe que tienes una novia guapa, que sabe disparar, hacer "borsch" y vendar a un herido.

La conversación se hacía cada vez más interesante para mí. Sentía deseos de salir y preguntarles sin rodeos a qué destacamento se disponían a ir, dónde se encontraba y, de paso, cuáles eran sus hazañas. Pero lo pensé

mejor; comprendí que les iba a dar un susto y que si el muchacho era valiente me exponía a recibir una buena tunda.

Por la conversación que siguió, me cercioré que el muchacho era decidido.

No sé si es que hice algún movimiento o cualquier otro ruido extraño habría llegado a oídos de los enamorados; el caso es que la muchacha se alarmó de pronto y con voz inquieta empezó a suplicar a Andrei que se marchase lo antes posible.

— ¡Ay, Andrei, estoy inquieta! ¡Cómo empujaban a tu amigo con las bayonetas! Iban montados a caballo y él a pie. Cuando llegaban a una casa, le decían: "Busca", y le metían las bayonetas por las costillas. . .

— No es amigo mío. Si me hubieran dado un buen látigo, le habría zumbado.

— Pero los alemanes lo fusilaron; si hubiese sido de los suyos, no lo habrían hecho.

— Fué de rabia, por no haberme podido encontrar a mí. Si él me hubiera llevado a presencia del comandante, no le hubiesen fusilado. . .

¡Ah, conque era así mi enamorado! Sentí deseos de salir para estrecharle la mano.

Aquella mañana, la mujer de Belovski me había contado lo sucedido el día anterior en la aldea próxima. No presté entonces gran atención, porque pensé que me lo contaba para asustarme, para hacerme ver que las cosas no estaban tranquilas y librarse lo antes posible de mi presencia. Sin embargo, no se trataba de ninguna fantasía.

Conocí ciertos detalles de esa historia por el diálogo de los enamorados. Andrei, aunque evitaba hablar de ello, no sé si por modestia, o por no recordar cosas desagradables, comentó con su novia algunos pormenores.

En la aldea de Olshani un pequeño destacamento alemán había apresado a dos soldados rojos. Uno de ellos era Andrei.

Los alemanes sentíanse a gusto en la aldea; permanecieron en ella varios días comiendo y bebiendo hasta hartarse a costa de la población. Obligaban a los prisioneros a realizar el trabajo más sucio y desagradable. Cuando los alemanes estaban borrachos, les pegaban y sometían a toda suerte de humillaciones. Jamás los perdían de vista un momento,

La víspera, por la mañana, el cabo había enviado a los dos prisioneros, y con ellos a un soldado, a buscar "leña" al desván. El soldado dió un hacha a Andrei y le ordenó derribar los soportes del tejado. Pero Andrei descargó un hachazo en la cabeza del alemán; cuando éste cayó, le quitó la pistola y gritó a su compañero.

— ¡Escapa!

Mas en vez de escapar, agarró a Andrei por una mano y se puso a gritar, llamando a los alemanes. Andrei, de un fuerte puntapié, logró desasirse de su "amigo" y saltar por el tragaluz. En lo que tardaron los alemanes en darse cuenta de lo sucedido y ensillar los caballos, Andrei consiguió alejarse medio kilómetro de la aldea. Al ver a unos koljosianos trillando en una era, Andrei se quitó el capote y la gorra y, empuñando un mayal, se puso a trabajar. Sus perseguidores pasaron por delante de él, sin reconocerle. Con las prisas habían olvidado llevarse al "amigo" de Andrei.

Después cayeron en ello: al "amigo" le ataron las manos a la espalda y, según contaba la muchacha, fueron buscando a Andrei por todas las casas. Pinchaban al "amigo" con las bayonetas, le abofeteaban a cada instante y le daban patadas en el vientre. Después de recorrer dos o tres aldeas sin haber encontrado a Andrei, los alemanes, rabiosos, fusilaron al "amigo" en medio de la calle.

Andrei se disponía a reunirse con el destacamento de Ichnia. "Sería un buen compañero de viaje", pensé yo. Pero ¡qué bien hice en no salir del heno y no haber

intentado hablar con él!... Andrei, sin duda, me habría metido una bala en el cuerpo. En la situación que estaba, no podía obrar de otro modo. Le perseguían, le buscaban... Lo notable era que después de tales emociones fuese capaz de hablar del futuro, del estudio, y no sólo de eso...

Los enamorados estuvieron arrullándose mucho tiempo aún, sin dejarme dormir y martirizándome, porque me obligaban a permanecer inmóvil.

El pajar estaba al cielo raso y como hacía viento los enamorados se metieron en el cobertizo. Continuaron hablando sobre los temas más diversos. Fijaban plazos a la duración de la guerra, poniéndose de acuerdo en que dentro de dos o tres meses los alemanes serían expulsados de Ucrania. Calculaban la potencia de la industria de los Urales y discutían el tiempo que los ingleses tardarían en abrir el segundo frente. Yo pensaba: "¿Cómo describen los literatos una conversación entre enamorados? Hablan de pajaritos, de la luna, de la puesta del sol. Pero resulta que el amor no se asusta de política ni de economía".

La despedida de mis enamorados fué muy emocionante. El muchacho prometió —ella insistió en ello— que le mandaría aviso tan pronto llegara al destacamento. Entonces también ella saldría para allí.

Yo pensé escéptico: "No conseguiréis nada". Pero me equivoqué. Más tarde encontré en los destacamentos guerrilleros muchas parejas de enamorados. Algunas muchachas y muchachos arriesgaban sus vidas para unirse y combatir juntos.

* * *

Por la mañana, alguien golpeó en la casa de Belovski. El dueño de la casa salió a abrir. Desde el zaguán llegó a mis oídos una voz conocida. Era Kulkó.

— Permítame —me dijo— que le informe: su orden respecto a mi mujer ha sido cumplida. ¿Qué más debo hacer?

La aparición de Kulkó fué para mí una gran sorpresa. Pensaba que me había librado de él, y que él, por su parte, estaría contento por haberme perdido de vista. Pero he aquí que ahora se presentaba para ponerse a mis órdenes.

— ¡Cuánto me ha costado encontrarle! He recorrido tres aldeas. Pensaba que estaría usted en la casa convenida...

— Espere, camarada Kulkó. Dígame primero ¿qué ha hecho usted con su mujer?

Kulkó miró de reojo a Belovski, se acercó a mí para hablarme al oído, pero en seguida, haciendo un ademán, dijo:

— No tiene importancia, Alexei Fiódorovich, se lo diré después. Está viva y salva. Pero calla y seguirá callada. Eso es seguro.

Salimos juntos de casa de Belovski. Kulkó me pidió que le dejara acompañarme. El suponía que Priadkó y Strashenko se encontraban en Peliujovka, una aldea a doce kilómetros de Seskí. De camino me contó que había dejado a su mujer todas las cosas para que las escondiera y enterrara como le diese la gana. A sus vecinas —tres mozas garridas y fuertes— les había dado el encargo de vigilar a su mujer y no permitirla salir de la aldea. En caso de desobediencia, tenían orden de atarla.

— Ahora no dejará sus trapos; ya no necesita a nadie —concluyó con amargura, y comprendí que el hombre sufría.

Kulkó me describió con bastante detalle la situación del distrito: por lo visto, en los primeros días de la ocupación un pequeño destacamento guerrillero acampó en un bosque próximo a la aldea de Buda. Los ale-

manes, al enterarse, enviaron una compañía o quizás una sección de automáticos con perros. En vista de eso, los guerrilleros decidieron cambiar de táctica. El secretario del Comité de Distrito dió la orden de dispersarse por las casas, hacerse pasar por gente pacífica, ocultar las armas, y, después, conforme lo permitieran las circunstancias, realizar asaltos y diversiones en grupo.

Cuando llegamos a los bosques de Kámenka, Kulkó marchó a Peliujovka en busca del secretario del Comité de Distrito. Yo quedé esperándole en la linde del bosque. Regresó poco después. En el centro de enlace le dijeron que los muchachos —se sobreentendía que eran Priadkó y Strashenko— habían estado el día anterior, pero que en aquel momento ignoraban su paradero.

Entramos en la casa del guardabosque. También él había visto a Priadkó y a Strashenko. Nos aconsejó que fuéramos a Buda. Tal vez estuviesen allí. Pero tampoco allí encontramos a los dirigentes de la organización clandestina de Málaia Dévitsa. En todas partes nos respondían: "Han estado aquí poco antes de llegar ustedes. No sabemos a dónde han ido". Yo tenía la impresión de que el pueblo los ocultaba de nosotros. Posiblemente no me equivocaba. Tal vez no faltase quien pensara que éramos agentes alemanes, enviados en busca de guerrilleros y comunistas en la clandestinidad. Kulkó y yo estuvimos vagando cuatro días, hasta que en el caserío de Zhlobi tropecé con un viejo conocido: Vasia Zubkó.

Este encuentro me alegró mucho. Por fin, había hallado a un hombre a quien conocía personalmente y en el que podía tener plena confianza.

Vasia Zubkó había sido secretario del Comité de Distrito de las Juventudes Comunistas de Málaia Dévitsa; después, trabajó de ayudante del secretario del Comité de Distrito del Partido. Fué enviado a estudiar. Al terminar los estudios, pasó a trabajar en los órganos del Comisariado del Pueblo de Asuntos Interiores.

Vasia Zubkó no estaba mejor enterado que yo de la verdadera situación del distrito. Había servido en una unidad, formada especialmente por personal del Comisariado en las proximidades de Kíev. El enemigo les había causado muchas bajas y del cerco sólo consiguieron salir pequeños grupos. Después de muchas peripecias y penalidades, Vasia había quedado solo.

— Me dijeron que en la región de Chernígov había un gran movimiento y por eso me dirigí hacia aquí...

Estuvimos hablando largo rato de nuestros conocidos comunes y cambiando impresiones. Zubkó, lo mismo que yo, había deambulado mucho tiempo solo por tierra ocupada. Lo más importante era que no pensaba en su suerte personal, sino en el pueblo, en cómo organizar el movimiento popular de resistencia. Razonaba como un verdadero combatiente de la clandestinidad. Comprendí que tenía en él a un buen compañero de combate.

Los tres nos pusimos a buscar el Comité de Distrito de Málaia Dévitsa. Para no perder tiempo, nos separamos: Kulkó se dirigió a Málaia Dévitsa, y Zubkó y yo fuimos a Petrovka, que era un poblado importante, donde Vasia tenía un compadre.

CAPITULO TERCERO

EL COMITE REGIONAL ACTUA

EL COMPADRE de Vasia Zubkó, Semión Goloborodko, hombre de unos cuarenta y cinco años, tenía aire de intelectual. Había sido director de un sovjós, pero últimamente era un simple koljosiano; aunque su género de vida era más amplio y culto que el de un campesino medio.

No sé por qué razón se había quedado en la retaguardia alemana. Vasia Zubkó tampoco lo sabía.

Yo sospeché que el ex-director del sovjós estaba también expulsado del Partido. Más tarde mis sospechas se vieron confirmadas.

— Aunque es muy amigo mío, usted no se fíe —me previno Zubkó.

Me encasqueté la gorra hasta las cejas y mientras Vasia y el amo de la casa se saludaban efusivamente, me senté en el banco con el aire de un hombre extenuado.

Poco después la dueña de la casa nos invitó a sentarnos a la mesa. Comimos una sopa de habichuelas. Vasia inventó una historia bastante ingeniosa: hay que confesar que era un maestro en eso. Mientras tanto yo observaba al matrimonio y me di cuenta de que nos ocultaban algo: estaban nerviosos y se miraban con frecuencia.

Aproveché un momento para susurrar a Vasia.

— Me voy al patio a fumar y tú plantéale las cosas francamente: si adviertes alguna emboscada, más vale recurrir a las armas en seguida.

Un minuto más tarde Vasia me llamó y Goloborodko nos condujo con aire misterioso hacia una pequeña

puerta. Golpeó de un modo especial y la puerta se abrió. Vi a un hombre alto, de barba negra, capote y fusil suspendido de una correa, y a otro de barba pelirroja, con una pistola en la mano.

Eché una rápida ojeada a la habitación. Era una despensa amplia, repleta de trastos. Sobre un cajón ardía un quinqué, y en un rincón parpadeaba una lucecita verde...

De pronto, el hombre de la pistola en la mano se precipitó hacia mí, gritando:

— ¡Fiódorov, Alexei Fiódorovich!

Me abrazó y me besó fuertemente tres veces.

— Espere, ¿quién es? Déjeme que le vea.

A la mortecina luz del quinqué estuve mirando largo rato al hombre de la barba roja y por fin reconocí con trabajo a un viejo conocido, a Pável Lógvinovich Plevako. Había trabajado en el distrito de Oster, como delegado del Comité de aprovisionamiento.

El moreno era un funcionario del Comité Regional de Chernovitsi: Pável Vasílevich Dneprovski. No lo conocía personalmente, pero tenía referencias de él: uno de mis amigos me había hablado de Dneprovski en cierta ocasión en términos muy elogiosos.

— ¡Magnífico! —fué lo primero que dijo Dneprovski.

Nos abrazamos también y, entonces, añadió con su tranquila voz de bajo:

— ¡Eso está muy bien! —Y sin cambiar de tono, prosiguió refunfuñando—. Bueno es que uno vea al secretario del Comité Regional, pero ¿sabe el secretario del Comité Regional lo que ocurre en sus distritos? Estamos en el momento más oportuno para desplegar las fuerzas, aprovechando que los alemanes con la Gestapo, los "gauleiter" y los burgomaestres no han llegado aún. ¡Es el momento más propicio!

Yo le hacía poco caso. Me atraía la parpadeante lucecita verde y un seco chirrido que provenía de un rin-

cón de la despensa. Era indudable que salía de un aparato de radio. Me precipité hacia allí y empecé febrilmente a manipular en él.

— A ver, camaradas, ¿dónde está Moscú? ¡Buscad Moscú!

Me pegué al aparato, atento a sus ruidos y descargas. Buenas ganas me dieron de sacudir la radio para hacerla hablar, pero me limité a zarandear sin ninguna consideración a Dneprovski y a Plevako, metiéndoles prisa.

Por fin oí las palabras anheladas.

— ¡Habla Moscú!

Yo esperaba loco de impaciencia, pero el locutor se puso a enumerar con indignante lentitud las estaciones, los campos de onda y cuando yo sudaba ya de impaciencia, anunció:

— Escuchen un concierto de música ligera.

— ¡Quitad eso! ¡Buscad en otra onda! Daos cuenta, camaradas, que llevo tres semanas sin saber nada, como un sordomudo ciego. ¡Ni un parte, ni un artículo, nada de lo que pasa en el mundo!...

Pero en mi alma palpitaba una alegría inmensa. ¡Moscú hablaba!

— ¿No podríais —supliqué con voz insegura— buscar Leningrado?

Dneprovski sonrió.

— Le comprendo, amigo. También yo estuve muy inquieto hasta que supe algo. Pero esté tranquilo. Leningrado es nuestro y aquí tiene el parte de hoy...

Pero yo quería oírlo por mí mismo. Hasta en el cine, si alguien se adelanta y cuenta lo que ocurre, se le suplica que se calle. Tenía ahora un aparato de radio y no quería contentarme con lo que me dijeran los demás...

El concierto continuaba y tuve que resignarme: la música, a pesar de todo, procedía de Moscú, y si Moscú,

radiaba marchas y canciones, eso significaba que estábamos seguros de nosotros mismos.

Dneprovski continuó gruñendo monótonamente bajo el acompañamiento de la alegre música de Moscú.

— Somos muy lentos, no actúan más que unos cuantos y hay cientos que no hacen más que suspirar. Por aquí todo son bosques: se podría organizar todo un ejército guerrillero y no dejar a los alemanes ni un solo puente.

— Pero si usted no sabe aún nada. Venga conmigo al distrito de Koriukovka —dije yo—. Allí está Popudrenko con el destacamento regional y estoy seguro...

Goloborodko, que había entrado en la despensa, me interrumpió.

— Camarada Fiódorov, se dice que Popudrenko ha abandonado el destacamento y ha huído...

— ¿Que Popudrenko ha huído? ¡Está usted loco! ¿De dónde proceden estas "noticias"? Respondo de Popudrenko como de mí mismo.

Zubkó, que había permanecido silencioso hasta entonces, dijo en voz baja.

— Yo también lo he oído, Alexei Fiódorovich. La gente dice que el destacamento regional se ha deshecho. Dicen que Popudrenko...

— ¡No lo creo! ¡No creo a nadie! También decían que yo era starosta...

— Alexei Fiódorovich, espere —me interrumpió Plevako—, habla el Buró Soviético de Información.

Todos recordaréis que la situación era difícil. Nuestro ejército libraba duras batallas defensivas en los accesos lejanos de Moscú y en algunos lugares próximos a la capital. He aquí el parte de guerra que oímos aquel día.

COMUNICADO NOCTURNO DEL 13 DE OCTUBRE

Durante el día 13 de octubre, nuestras tropas han luchado contra el enemigo en todo el frente, con especial intensidad en las direcciones de *Viazma y Briansk*.

Después de largos y encarnizados combates de varios días, en el curso de los cuales el enemigo ha sufrido enormes bajas en hombres y armamento, nuestras tropas han abandonado la ciudad de Viazma.

Durante el 11 de octubre fueron destruídos 122 aviones alemanes, de ellos 16 en combates aéreos y 106 en los aeródromos del enemigo. Nuestras bajas, 27 aviones.

Durante el 13 de octubre han sido derribados en los accesos de Moscú 7 aviones alemanes.

En el transcurso de todo el día, en varios sectores de la dirección Oeste del frente, el enemigo, valiéndose de su superioridad en unidades motomecanizadas y de aviación, sin tomar en cuenta las enormes bajas sufridas por él, ha intentado desplegar una ofensiva contra nuestras tropas. Los ataques alemanes contra nuestras posiciones tropezaron con la tenaz resistencia de las unidades del Ejército Rojo.

Nuestra aviación ha asestado durante el día violentos golpes contra el enemigo. La aviación, con sus incesantes ataques, ha coadyuvado activamente a las operaciones de nuestras unidades de tierra bombardeando con éxito las reservas del enemigo que se dirigían hacia el frente y sus columnas motorizadas de municionamiento.

Los fascistas pagan con montañas de cadáveres y gran cantidad de armamento cada pulgada de tierra soviética. El 13 de octubre, sólo en uno de los sectores del frente, los alemanes han perdido más de 6.000 soldados y oficiales entre muertos y heridos, 64 tanques, 190 camiones con infantería y munición, 23 cañones y varias decenas de ametralladoras.

En la dirección del frente Sur-Oeste, los alemanes continúan lanzando al combate nuevas fuerzas, utilizando a las tropas italianas, rumanas y húngaras en las direcciones donde son inevitables grandes bajas. Nuestras

unidades contraatacan y contienen la ofensiva del enemigo, causándole sensibles bajas. En uno de los sectores de esta dirección, la unidad aérea del capitán Mélijov exterminó en tres días 2.500 soldados y oficiales, 6 tanques, 7 blindados, 9 cañones, 122 nidos de ametralladora, 120 camiones con tropa y 20 carros con munición. En los combates aéreos desarrollados en este sector fueron derribados 7 aviones alemanes y destruídos en tierra 21.

En los alrededores de la ciudad de Dniepropetrovsk se lleva a cabo una continua guerra de guerrillas contra los invasores fascistas. Operan en esta región importantes destacamentos guerrilleros móviles. El destacamento al mando del camarada *M.* persigue incansablemente y aniquila pequeñas unidades del enemigo. He aquí el breve resumen de tres días de actividad de los combatientes del destacamento. Vigilantes exploradores informaron al mando de que por el distrito de la aldea *L.* tenía que pasar un grupo de soldados alemanes, constituído por dos compañías. El jefe de los exploradores condujo a los guerrilleros al encuentro de los fascistas por el camino más corto. Los guerrilleros se camuflaron y se dispusieron a la batalla. Dejaron que los fascistas se acercaran a una distancia de 15-20 metros y los atacaron con granadas. Muy pocos alemanes consiguieron salvar la vida. Al día siguiente, los exploradores cortaron en treinta lugares la línea telegráfica que los alemanes habían restablecido en la víspera. De regreso a su campamento, los guerrilleros detuvieron y liquidaron a un enlace, a un motorista y a un funcionario alemán.

Un pequeño grupo de guerrilleros, al mando del camarada *Ch.*, penetró en Dniepropetrovsk. Al amparo de la noche, se acercaron a la residencia estudiantil del Instituto Metalúrgico, dónde se había instalado una unidad militar, y arrojaron por la ventana un manojo de

granadas. Entre los soldados fascistas se cuentan numerosos muertos y heridos.

Mientras escuchábamos el parte, penetró en la despensa otro hombre, deteniéndose al lado de la puerta. Tardé en percibir su presencia: se oía mal y yo estaba pendiente de la emisión. Dneprovski se levantó y cuchicheó con el recién llegado; por lo visto lo conocía ya.

Terminaron de transmitir las últimas noticias. El nuevo compañero dió un paso hacia mí y me estrechó la mano. Era un hombre huesudo, algo encorvado, de blancos cabellos. Empezó a hablarme con gran confianza y cierta premura, entusiasmándose cada vez más. No sé si es que me habría reconocido o estaba enterado por alguien de que yo estaba allí, el caso es que sin andarse con rodeos me llamaba Fiódorov a secas y me tuteaba.

— Es magnífico que hayas llegado, porque nuestros comunistas están desorientados. Para algunos la conspiración consiste en esconderse mejor. Ahora recobro la confianza en que las cosas marcharán. La gente tendrá más fe en sus fuerzas al ver que el secretario del Comité Regional está a su lado, dirigiéndoles sin temor...

Se presentó brevemente:

— Chuzhbá.

Después prosiguió:

— He encontrado a Priadkó y Strashenko. Mañana llegarán aquí... Venid conmigo, es decir, a mi casa—. Noté que no invitaba a Goloborodko. Por lo visto tampoco tenía mucha confianza en él.

Ya en la calle, y de camino hacia su casa, Chuzhbá repitió entusiasmado varias veces.

— ¡Ah, amigos míos! Las cosas marcharán, marcharán sin duda. Si la dirección regional está en su puesto, yo os aseguro que todo saldrá a pedir de boca.

Tantas alabanzas me confundían. Pero en su exaltación había algo retador: parecía que me desafiaba y sus ojos brillaban maliciosos, como diciendo: "Vamos a ver cómo trabajas".

Hizo levantar de la cama a su mujer, la obligó a encender la estufa y a prepararnos algo para comer. Después, silencioso, escuchó toda la noche lo que hablábamos Dneprovski, Zubkó y yo.

Antes de abandonar la casa de Goloborodko habíamos decidido que al día siguiente, a las once de la mañana, Priadkó y Strashenko fueran a casa de Chuzhbá para informarnos.

Aquella noche estábamos todos impresionados por el parte de guerra del Buró Soviético de Información. Yo les decía que envidiaba a los guerrilleros de Dniepropetrovsk.

— Ellos tienen mayores dificultades que nosotros. Al lado de las ciudades no hay grandes bosques. ¡Cuánta audacia en ese asalto al cuartel! Nosotros debemos desplegar inmediatamente nuestras fuerzas. Debemos organizar en cada distrito un regimiento por lo menos de guerrilleros. Los rumores de la huída de Popudrenko pueden ser propagados por elementos hostiles a nosotros o por personas que necesitan justificar su inactividad —decía yo, pero mi corazón no estaba tranquilo.

Los dueños de la casa me instalaron en un pajar lleno de fragante heno seco, me dieron una manta y regaláronme una muda; me lavé y me cambié de ropa... A pesar de tanta dicha no hacía más que dar vueltas sin poder dormirme.

El parte de guerra habíame impresionado profundamente. Me imaginé en todos sus detalles las gigantescas proporciones de la lucha que sostenía el Ejército Rojo. Comprendí una vez más la espantosa amenaza cernida sobre nuestro Estado socialista. Y me sentía atenazado por la duda: ¿no estaría yo al margen de la guerra? El sentimiento de la propia impotencia es abominable. "Si

yo me encontrara en las líneas soviéticas —me dije—, sería seguramente oficial del Ejército Rojo. En todo caso no andaría comiendo de balde el pan del pueblo. En cambio aquí... ¿Será posible que el destacamento...?" De nuevo volví a pensar en el destacamento regional. No podía admitir de ningún modo que Popudrenko lo hubiera disuelto, ni siquiera que hubiese seguido la táctica de los dirigentes de Málaia Dévitsa. Sabía que Popudrenko era un hombre de extraordinario valor y espíritu combativo. Le entusiasmaban los libros que trataban de los guerrilleros de la guerra civil, y lamentaba no haber nacido a tiempo para participar en aquella guerra; en su casa, mucho antes de la agresión fascista, le llamaban el "Guerrillero".

Recordé con qué temeridad acostumbraba a conducir su coche. En una ocasión iba en auto al lado de la vía férrea y observó que una locomotora, al pasar, había prendido fuego a unas gavillas de trigo. El fuego se propagaba rápidamente. Popudrenko sabía que la locomotora llevaba agua y una bomba. Abandonó la carretera y, a campo traviesa, saltando por los hoyos, corrió con su auto tras la locomotora durante unos quince minutos. La alcanzó, hizo al maquinista volver y le obligó a apagar el fuego... Claro está que en la carrera rompió las ballestas del coche y se llenó la frente de chichones.

Era un hombre impulsivo, valiente, entusiasta. Mas, ¿no sería un valor aparente?

No, no era así. Antes de separarnos habíamos estado hablando mucho tiempo. El frente se encontraba cerca. Los charlatanes y cobardes, la gente poco firme ya se había delatado de una u otra forma. Popudrenko seguía siendo el de siempre, con la misma obstinación ansiaba combatir. En mi imaginación repasaba en aquellos momentos todo lo que sabía de Popudrenko, los más mínimos detalles de su carácter, de su conducta, para encon-

trar su talón de Aquiles, por decirlo así. Recordé su tierna solicitud por la familia; nosotros, sus compañeros de trabajo, a veces hasta nos burlábamos de él. ¿Quizás echase mucho de menos a su mujer y a sus hijos?... Pero no, no era eso. Y me vino a la memoria el siguiente caso. En uno de los primeros días de la guerra, Popudrenko entró en mi despacho de mal talante y casi furioso. Le pregunté: "¿Qué ocurre?". Sucedía que era el cumpleaños de su mujer y ésta había propuesto el siguiente brindis: "Para que papaíto y yo no nos separemos durante toda la guerra". El "papaíto" se enfureció: "¡Cómo puedes pensar que yo, un comunista y un hombre físicamente sano, no vaya a combatir?..." En el acto abandonó la casa. Y estaba seriamente disgustado: "¿Cómo es posible que en mi familia se pueda decir eso?"

Recordé también nuestro último encuentro. ¡Con qué entusiasmo, con qué calor hablaba Popudrenko de la tupida red de destacamentos que íbamos a organizar, de los trenes alemanes que volaríamos!...

En mis reflexiones nocturnas llegué a esta conclusión: era necesario abandonar las dudas y las suposiciones, y atenerse a la realidad circundante. Acordé conmigo mismo las propuestas que haría al día siguiente, las preguntas que plantearía a los dirigentes del distrito y esbocé el proyecto de una disposición del Comité Regional. No importaba que el Comité Regional estuviese representado sólo por mí: los Comités de Distrito necesitaban ser dirigidos y era preciso demostrarles que, como siempre, nosotros les unificábamos y coordinábamos su actividad.

Al día siguiente celebramos en la casa del viejo Chuzhbá una reunión, que no sé siquiera cómo calificar, si de Comité Regional de Chernígov en la clandestinidad, o de Comité de Distrito de Málaia Dévitsa, o simplemente de un grupo de comunistas. El dueño de la casa y su mujer taparon las ventanas con lo que pudieron,

y ambos se retiraron para montar la guardia: él en la terracilla y ella en la huerta. Priadkó, primer secretario del Comité de Distrito, nos informó del trabajo realizado durante un mes de ocupación.

Desgraciadamente, el viejo Chuzhbá tenía razón. Los dirigentes del distrito, en efecto, se habían desorientado. A consecuencia de ello se plantearon como objetivo principal mantener rigurosamente la conspiración. Por esa razón disolvieron el destacamento de guerrilleros, enviando a la gente a sus casas. Repartieron entre la gente los víveres de la base de los guerrilleros con el pretexto de que podía caer en manos del enemigo. "En casa de nuestros vecinos se conservarán mejor los productos, la ropa y las armas, que en el bosque" —dijo Priadkó. Obraba de acuerdo con el jefe del destacamento Strashenko. Más o menos venía a decir:

— Los hombres estarán en su casa, como si fueran simples campesinos. Pero en un momento determinado, cuando se les avise, se reunirán todos en el lugar fijado. Realizaremos la operación que sea: un asalto a una guarnición alemana, la voladura de un depósito o el exterminio de una caravana, y de nuevo a casa. ¡Que prueben los alemanes a descubrirnos!

Mas cuando preguntamos a Priadkó y a Strashenko cuántos comunistas había en el distrito y cuántos combatientes en el destacamento, no supieron respondernos. Además, y esto es lo más importante, eso no les preocupaba: "El no saber dónde están y cuántos son, significa que están bien escondidos".

Priadkó ni siquiera sabía dónde se hallaba Boikó, su segundo secretario. Este, dicho sea de paso, había interpretado de un modo muy original las reglas de la conspiración. Logró esconderse tan bien, que durante los dos años y medio que duró la ocupación alemana nadie le vió jamás. Solamente cuando llegó el Ejército Rojo salió de la clandestinidad. Y entonces supimos que

había abierto en un extremo de su huerta una profunda cueva que a través de un subterráneo se comunicaba con su casa. En aquella cueva vivió mientras los otros peleaban. No abandonó su escondite hasta 1943, y al quinto día de la liberación... murió. Esto, desgraciadamente, no es una leyenda, sino una verdad lamentable.

El día que celebramos la reunión en casa de Chuzhbá, no conocíamos ese caso sorprendente. Pero Priadkó y Strashenko fueron criticados por su excesivo entusiasmo "conspirativo".

Zubkó decía indignado.

— ¿Dónde estamos, en nuestra patria o en un país extranjero? ¿Por qué nos escondemos de nuestro pueblo y hasta el uno del otro? Mientras estemos ligados, mientras nos mantengamos unidos y cohesionados constituiremos una fuerza. Alrededor de nosotros, los comunistas que hemos quedado conscientemente en la retaguardia del enemigo, irán congregándose todos los capaces de luchar. En cambio, si luchamos uno a uno por separado, los alemanes nos sorprenderán fácilmente y nos liquidarán.

Yo estaba de completo acuerdo con Zubkó, pero fuí más violento en las expresiones. Al final de la reunión se exacerbaron los ánimos. La dueña de la casa me contó después que una vecina le había preguntado: "¿Quiénes estaban de borrachera en su casa?"

Priadkó, que era de suyo un hombre apacible y poco hablador, estaba muy abrumado y permanecía en silencio. Alguien dijo que la táctica seguida en Málaia Dévitsa equivalía a autodisolver la organización del Partido y lindaba con la traición. Strashenko, que era más vehemente y locuaz que su compañero, se indignó.

— ¿Acaso no es una prueba de fidelidad al Partido haber trabajado conscientemente en la retaguardia enemiga? Os aseguro que también esta táctica... tiene sus ventajas. Arriesgando menos, conseguiremos más.

Priadkó le interrumpió:

— Camarada Strashenko, debemos confesar que nos hemos desorientado.

Decidimos convocar en los próximos días el activo del Partido y de las Juventudes y preparar una reunión de todos los comunistas del distrito.

* * *

Nos enteramos que había llegado a Málaia Dévitsa —cabeza de distrito— un comandante alemán para organizar la gobernación en el distrito. Supimos, al mismo tiempo, que se habían practicado allí detenciones. La llegada de las autoridades alemanas iba acompañada de fusilamientos, detenciones, confiscaciones de bienes, pillajes y violencias. Era necesario darse prisa y aprovechar la circunstancia de que los alemanes no tenían aún sabuesos en cada pueblo, por lo cual el sistema de espionaje y delación estaba mal organizado todavía.

Dneprovski, Plevako y Zubkó venían ahora conmigo y estaban decididos a acompañarme al distrito de Koriukovka, para reunirnos con Popudrenko. Mientras tanto habían pasado a formar el grupo regional. No se me ocurría otro nombre para nuestro grupo, aunque Dneprovski y Plevako no eran miembros de la organización de Chernígov. En aquel momento ni siquiera yo sabía dónde estaban los otros miembros del Comité Regional clandestino. Yo necesitaba auxiliares para el trabajo en la región; en primer lugar, para obtener información de lo que sucedía en los distritos.

Más tarde supimos que hacia el distrito de Koriukovka, lugar donde tenía que estar el destacamento regional, se dirigían entonces muchos comunistas. La indicación del camarada Jruschiov —crear además de los destacamentos de distrito, un destacamento regional— dió un

gran resultado desde el punto de vista de organización. Algunos destacamentos de distrito se disgregaban por diversas razones, pero los hombres más firmes y fieles al movimiento guerrillero marchaban en busca del destacamento regional. La gente se enteraba de que al frente del destacamento estaban los dirigentes de la región y procuraban unirse a ellos.

Yo consideraba que mi deber no consistía en limitarme a ir en busca del destacamento, sino en congregar de paso las fuerzas regionales. Esto, en la práctica, significaba que en vez de marchar directamente al distrito de Koriukovka, tenía que dar vueltas y rodeos, tratando de abarcar la mayor cantidad posible de distritos. Muchos de los camaradas que conmigo salieran de Piriatino hacía tiempo ya que habían llegado. Yo seguía yendo de un sitio a otro. Había encontrado compañeros de camino, camaradas de trabajo.

Les dije:

— Si queréis, podéis ir solos y llegaréis antes. Pero si deseáis ayudarme, quedaos conmigo; constituiremos una especie de Comité Regional móvil.

Los camaradas prefirieron quedarse conmigo. Nos pasábamos andando la mayor parte del tiempo.

Es imposible contarlo todo, y además sería aburrido para el lector. Incluso en la clandestinidad, no se puede evitar el aburrido y monótono trabajo cotidiano. Queríamos saber con el mayor detalle posible lo que ocurría en los distritos, quiénes habían quedado allí, qué hacían los comunistas y los komsomoles.

En cada aldea encontrábamos ayudantes, casi siempre entre los jóvenes, que se dispersaban por las aldeas próximas y nos traían noticias precisas. Era una especie de servicio de información por estafeta.

Después de recorrer el distrito de Losínovka, regresamos a Petrovka, a la casa de Chuzhbá. Durante aquel tiempo, también él había estado no sé dónde, consiguien-

do para nosotros cinco bombas de mano y una browning. De su casa salimos para el caserío de Zhóvtnev, donde celebramos una reunión del activo del distrito de Málaia Dévitsa. En aquella reunión se constituyó el nuevo Comité Regional clandestino, al que se incorporó todo nuestro grupo.

Nuestras "expediciones" de reconocimiento por los distritos nos fueron de gran utilidad. Teníamos una idea bastante clara de los defectos en el trabajo de las organizaciones clandestinas, de la gente con que contábamos y del estado de ánimo del pueblo. Por eso sabíamos por dónde comenzar, cómo desarrollar el trabajo clandestino para ligarlo estrechamente con el pueblo, para que el pueblo sintiera que el Partido seguía existiendo, que lo defendía y lo llevaría a la lucha. Con esa idea, lanzamos los primeros documentos de Partido del Comité Regional: "Directiva a los secretarios de los Comités Urbanos y de Distrito del Partido" y un "Llamamiento a los trabajadores de la región de Chernígov". Este llamamiento fué difundido por nuestros mensajeros en treinta y seis distritos.

En Zhóvtnev nos albergó Evdokia Fiódorovna Plevako, una koljosiana sin partido, ya de edad, tocaya de nuestro camarada. La hospitalaria koljosiana nos cedió su casa, repartiendo con nosotros con absoluto desinterés lo poco que tenía; la quisimos pagar algo, pero ella se negó rotundamente y nos dimos cuenta de que nuestro ofrecimiento la había ofendido.

Yo creo que no es preciso decir que a Evdokia Fiódorovna podía haberle costado la vida su hospitalidad. Si los alemanes o sus sabuesos hubiesen llegado a saber que en su casa se reunía el activo de los comunistas del distrito, la habrían ahorcado sin duda alguna. Sin embargo, Evdokia Fiódorovna ni mostraba siquiera que nuestra presencia la inquietara lo más mínimo. Seguía ocupándose tranquilamente de sus quehaceres en la casa

o en la huerta, como si no hubiese alemanes y no la amenazara ningún peligro.

Una vez, agarré una pala y fuí a la huerta con el propósito de ayudarla. Ella se negó.

— Más vale que ayude usted al Poder soviético y al Ejército Rojo. Cuando hayamos vencido, mataré un ternero para usted y festejaremos nuestra victoria.

Recuerdo bien la emoción que me produjeron entonces sus palabras. Las pronunció tranquilamente, con el tono más normal. Percibí en ellas una gran fuerza de espíritu, el firme convencimiento de la victoria y la voluntad de hacer todo lo posible para acelerar la llegada de ese día, para ayudar a todos los que se batían contra el odiado enemigo.

Cada día venía más gente a visitar la hospitalaria casa de aquella notable mujer. Eran comunistas y komsomoles: nosotros les dábamos instrucciones y ellos se marchaban a trabajar: a difundir manifiestos, a transmitir de enlace en enlace las directivas del Comité Regional, a preparar una reunión general de distrito.

Los miembros del Comité Regional no sólo nos dedicábamos a dar instrucciones y a redactar octavillas. Teníamos también que multiplicar su número. Pero ¿de qué manera, si carecíamos de papel? No era fácil conseguirlo. Por fin el maestro Ivanenko, que había recorrido las casas de los chicos, nos trajo unos veinte cuadernos; otra alma caritativa nos consiguió algunas hojas de papel carbón.

No era tan sencillo sacar las copias. Yo tenía mala letra; era necesario, además de escribir con claridad, economizar el mayor espacio posible porque cada hoja de papel valía tanto para nosotros como si fuera de oro.

Poco después, sumáronse al grupo del Comité Regional nuevos camaradas: la ex-maestra Nadia Beliávskaia, joven comunista, y el "zapatero" Fiódor Ivánovich Korotkov.

El "zapatero" Korotkov, primer secretario del Comité de Distrito de Koriukovka, había quedado en la clandestinidad como miembro del Comité Regional. Después de muchas penalidades y andanzas, el camarada Korotkov habíase "instalado" cerca de nosotros, en el caserío de Vosnesensk.

En el caserío usaba otro nombre y otros documentos. En su juventud había aprendido el oficio de zapatero y esto le sirvió para hacerse pasar por tal entonces. Tan pronto supieron en el caserío que era zapatero, recibió muchos encargos; pero Korotkov no tuvo tiempo más que para hacer un par de botas que, por cierto, le salieron bastante mal: no querían mantenerse derechas, se torcían y acababan por caerse. Korotkov me lo contó riéndose a carcajadas, aunque tenía pocos motivos para ello; si hubiera existido la más mínima sospecha contra él, las botas podían haber sido una prueba muy seria.

Nos alegramos mucho de ver al "zapatero", pero no permaneció mucho tiempo con nosotros. En compañía de otros comunistas, Korotkov salió para los distritos a repartir nuestros primeros documentos de Partido. Korotkov tenía que recorrer catorce distritos. Llevaba liados a las piernas veintiocho ejemplares del llamamiento y de la directiva del Comité Regional. Más tarde, Korotkov fué jefe de un gran destacamento y durante tres años hizo vida de guerrillero, pero todavía hoy afirma que durante los diecinueve días que actuó de enlace del Comité Regional sufrió más que en los tres años de lucha guerrillera.

¡Enlaces! Durante los tres años de ocupación alemana, decenas y centenares de enlaces bolcheviques, arriesgando su vida, recorrían caminos, campos y bosques, con frecuencia desconocidos para ellos; de la ciudad a la aldea, de las aldeas a los destacamentos guerrilleros y desde allí hasta algún caserío, donde, a lo mejor, acababa de llegar un destacamento punitivo. A

veces, el enlace penetraba en el campo de concentración o en la cárcel, donde la Gestapo torturaba a nuestros camaradas.

Hay quienes creen que el trabajo de enlace es puramente mecánico, y que basta con saber caminar. Sería más justo decir que es necesario saber mirar. Tras cada esquina, tras cada árbol o arbusto acecha la muerte. Y menos mal si es una muerte por bala o bayoneta. Pero no, lo más seguro es que sea una muerte horrible después del tormento.

¡Cuántos de nuestros enlaces perecieron! ¡Y cuántas veces, al conocer la muerte del enlace, lo primero que hacíamos era denostar contra él! Sí, le recriminábamos por haber hecho fracasar el trabajo, por exponer la organización a un golpe. Después, naturalmente, recordábamos al compañero y derramábamos por él las parcas lágrimas del bolchevique. Para los bolcheviques la causa es siempre lo primero y por eso el enlace ni siquiera tiene derecho a una muerte heroica. Su obligación es vivir.

Al principio todo era difícil. No había gente con experiencia y no teníamos quien nos adiestrara. Más tarde aparecieron ya determinados centros de enlace, signos convencionales, "buzones de correos": huecos de árbol o el horno de una casa quemada... Durante el primer tiempo la cosa no era muy compleja: se daba una dirección verbal, por ejemplo, "distrito de Sósnitsa, para el secretario del Comité de Distrito". Pero había que tener en cuenta que ese secretario de Comité de Distrito se ocultaba, cambiando de vez en cuando de aldea e incluso marchándose al bosque. El enlace, a su vez, tampoco podía descubrirse. Supongamos que supiera que en la aldea había un comunista. Pero, ¿con qué derecho iba a decirle ese comunista la dirección del centro conspirativo de enlace? El enlace ni siquiera llevaba consigo el carnet del Partido.

* * *

Nos preparábamos con ahinco para la futura reunión del distrito; el mayor número posible de compañeros recorría las aldeas para avisar a los comunistas. De regreso al caserío, nuestros enlaces nos contaban con detalle todo lo que habían visto y oído. El distrito, evidentemente, estaba alborotado, el pueblo no se doblegaba a los invasores. Nos alegró sobre todo un suceso ocurrido en la cabeza de distrito, en el pueblo de Málaia Dévitsa. Nos lo contó Kulkó, a quien habíamos enviado para que notificara la reunión a los comunistas.

La cosa fué así. Kulkó estaba en casa de un camarada, ajustador de los talleres de máquinas y tractores, cuando llamaron a la puerta de la casa y entraron dos mozos forasteros con brazaletes en las mangas y empuñando sendas pistolas ametralladoras. Los mozos ordenaron al dueño de la casa y a Kulkó que acudieran inmediatamente a la plaza del teatro, donde se celebraba una reunión para "elegir" al burgomaestre y a los starostas de las comunidades.

No tuvieron más remedio que ir. ¿Cómo iban a negarse con los policías encima?

En la plaza se habían congregado unos trescientos hombres. Kulkó estaba en las últimas filas. Se acercó un coche y salió de él un coronel alemán, seguido de su ayudante. Subieron a la tribuna y por señas llamaron a la profesora de alemán y a tres rusos. En uno de ellos, Kulkó reconoció a un ex-funcionario del Comité Ejecutivo del Soviet del distrito.

El coronel, sin mirar al público, masculló con voz monótona e indiferente algo parecido a un discurso. Al principio habló de la gran Alemania, del nuevo orden, de que el bolchevismo y el marxismo estaban liquidados; en su discurso hubo también ciertas promesas y, al terminar, enumeró las candidaturas de los starostas, del burgomaestre y del jefe de policía del distrito, designados por el comandante.

La multitud escuchaba en silencio y con aire impasible. De pronto el ajustador dió un codazo a Kulkó. Los vecinos de al lado también se avisaban de la misma manera. La multitud se animó, oyéronse murmullos, después una risa, otra y, por fin, alguien gritó en voz alta y con entusiasmo: "¡Eso sí que está bien!"

Detrás de la tribuna, entre dos árboles, como las banderas de un barco, se alzaban dos grandes retratos de Lenin y Stalin.

Los que estaban en la tribuna tardaron unos cinco minutos en comprender lo que ocurría. El oficial alemán contemplaba a hurtadillas a la multitud, después se puso a mirar a los lados y, por último, se volvió; le imitaron todos los que se hallaban junto a él. La muchedumbre aprovechó el momento y una voz juvenil gritó:

— ¡Viva Ucrania soviética! ¡Viva el camarada Stalin! —varias voces corearon con bastante vigor

— ¡Hurra!

Los soldados alemanes, que montaban la guardia al lado del coche, comenzaron a disparar sus automáticos. Pero la gente rompió la cadena de los policías y se dispersó rápidamente. Al lado de Kulkó corría el joven que había lanzado el primer grito. Kulkó le preguntó: "¿Quién ha sido? ¿Quién ha levantado los retratos?" El muchacho miró fijamente a Kulkó, y por lo visto le pareció de confianza, pues respondió: "Los pioneros. ¡Buena nos va a caer ahora!" —y torció por una esquina de la calle.

Kulkó no esperó, naturalmente, a que le detuvieran. Se escondió en la bodega de la casa del ajustador, y por la noche desapareció de la aldea. Debo señalar que Kulkó estaba desconocido. Trabajaba con entusiasmo. Me enteré que, desde aquel día en que nos encontramos, no había vuelto más por casa.

— Volveríamos a reñir. Más vale que no vaya.

Encárgueme, Alexei Fiódorovich, algo difícil para no pensar —me pidió.

Atendimos gustosos su ruego y lo enviamos a Yáblunovka para que estableciera contacto..

* * *

A la casa de Evdokia Fiódorovna no venían sólo comunistas y komsomoles, sino gente sin partido. No recuerdo ahora a todos, pero un hombre se me ha quedado grabado en la memoria. Me dijo que era agrónomo de un sovjós, y que había venido porque a sus oídos llegó la noticia de que en nosotros podría encontrar apoyo moral y orientación. Eso, más o menos, fué lo que me dijo.

Debo advertir que no tratábamos de evitar a los visitantes. El caserío estaba rodeado de pantanos y a él sólo se podía llegar por un camino que se divisaba desde lejos. Si algún destacamento de policías o de alemanes aparecía por allí, podíamos verlo desde lejos y tomar medidas a tiempo. Pero por el camino no iba más que un hombre y sin armas además; no era cosa de temerle.

El agrónomo llamó a la puerta, aunque no estaba cerrada y pidió que alguien saliera para hablar con él. Salí yo. Me tendió la mano.

— Salud, camarada Fiódorov —me dijo.

Me fastidió un poco que me hubieran reconocido otra vez. Pero disimulé.

— ¿De qué se trata? —pregunté.

— He venido —me respondió— a pedirle consejo y, a su vez, a aconsejarle algo. ¿Me permite hablarle con sinceridad?

— Haga el favor.

Y comenzó el hombre a decir tales tonterías, que me pregunté si estaría en su sano juicio. La conversación

duró bastante. Sentados en los peldaños de la terracilla fumábamos, y el hombre "sincero" me exponía su punto de vista sobre la situación.

Sus razonamientos eran los siguientes: él, según afirmaba, era un hombre plenamente soviético, convencido del triunfo sobre Alemania; comprendía que la ocupación era un fenómeno temporal e incluso breve. Me dijo que estaba enterado de que los comunistas agrupaban las fuerzas de la resistencia para atacar la retaguardia alemana, y que él venía a exponernos su "sincero" punto de vista:

— ¿Para qué sublevar a la gente, camarada secretario del Comité Regional? ¿Para qué azuzar contra la población inerme a la máquina militar alemana? Esto nos conducirá a un superfluo derramamiento de sangre. Los alemanes se limitan ahora a saquearnos, pero si comenzamos a resistir, nos exterminarán.

— Es completamente cierto, eso es lo que harán.

— Pero ni yo ni mis hijos queremos que nos maten.

— Pues luchad, id con los guerrilleros, y responded a cada disparo con cinco.

— No, camarada Fiódorov, no estoy de acuerdo. Llegará un tiempo en que el Ejército Rojo quebrantará la máquina alemana. Esto es inevitable. Pero, ¿qué podemos hacer nosotros, con nuestras exiguas fuerzas?... Es un suicidio. Un hombre como usted nos hará falta también después de la guerra. Usted se quiere lanzar sobre los tanques alemanes con las manos vacías y arrastrar consigo bajo sus orugas lo que tenemos de más valiente, de más audaz, lo más honrado y sano. Precisamente porque no soy cobarde me atrevo a hablarle con tanta franqueza. ¡Recapacite! Le ruego que explique a los comunistas de la región...

No pude contenerme y metí la mano en el bolsillo, palpando mi pistola. El hombre "sincero" notó este movimiento, palideció y se encogió de hombros.

— No soy un traidor —dijo—. No tiene motivos para disparar contra mí.

Entonces saqué un poco la pistola del bolsillo.

— Tal vez será mejor que me vaya —resolvió el hombre "sincero"—. Usted, por lo visto, no puede comprenderme. Sin embargo, recapacite mis palabras.

De este modo terminó aquella conversación. El agrónomo se fué. Más tarde me interesé por él. "Es un hombre inofensivo —me dijeron—. Trató de evacuarse con la familia, pero se quedó rezagado en el camino, como les ocurrió a muchos". Tipos "inofensivos", como aquél, al principio consiguieron cierto éxito en su propaganda. Había que oponerles nuestra influencia comunista.

Faltaban pocos días para la reunión. Los activistas andaban diseminados por las aldeas, cumpliendo diferentes trabajos relacionados con los preparativos de la reunión. Nuestro grupo del Comité Regional comenzó de nuevo a visitar aldeas y pueblos, recogiendo información. Además, era hora ya de cambiar de residencia. La aparición de los propagandistas de la no resistencia al mal, auguraba, tal vez, la llegada de los alemanes.

Vasia Zubkó y Mijaíl Zínchenko —jefe del Estado Mayor del destacamento de Málaia Dévitsa— se dirigieron a la aldea de Buda, donde pensábamos celebrar la reunión; Nadia Beliávskaia y yo nos detuvimos en la aldea de Grábovo, para preparar un proyecto de orden del día; Dneprovski y Plevako salieron en dirección a Lisovie Soróchintsi. Dneprovski conocía bien a Bodkó, quería verle e invitarle, de paso, a la reunión.

* * *

Dneprovski nos trajo una noticia terrible: habían matado a Bodkó.

El 25 de octubre llegó a Lisovie Soróchintsi un coche de turismo. En la casa de Bodkó se presentaron el starosta, dos "S.A." y dos policías. Ordenaron a la mujer

y al resto de la familia que abandonaran la casa. Un minuto después sonaron varios tiros. Los alemanes y el starosta regresaron al coche y el policía arrojó el cadáver del presidente del koljós a la huerta, prohibiendo enterrarlo. Los verdugos se fueron sin reunir a la gente ni explicarles nada. Los alemanes habían dejado a tres enormes y fieros perros que se lanzaban sobre todo aquel que intentaba acercarse al cuerpo de Bodkó.

¡Así procedían!

¡El cuerpo del hombre que había servido a su pueblo de verdad y honradamente, entregándole todas sus fuerzas, yacía abandonado, y unos perros traídos de Alemania no permitían que se le acercaran los deudos!

Dneprovski me lo contó con la misma brevedad que lo relato aquí. No vi una lágrima en sus ojos. Unicamente parecía más silencioso que de costumbre. Conocía a Bodkó desde la juventud y era amigo suyo.

También yo tardé algún tiempo en poder hablar. La dueña de la casa se echó sobre la cama y rompió en sollozos.

— ¡Qué desgracia, qué desgracia! —gemía—. ¡Es horrible lo que hacen esos verdugos! ¡Matar a un hombre tan bueno!...

Apesadumbrado, salí a la calle: me asfixiaba en la casa. Me acordé del kulak de Kostromá, del baptista. ¿No sería aquello obra suya?

Dneprovski salió detrás de mí. Durante un cierto tiempo permaneció callado. Después, sin mirarme, comenzó su relato con voz sorda y monótona. En realidad no era un relato, parecía que pensaba en voz alta.

— Era un hombre especial. En el mundo, ni en el extranjero ni en la Rusia de antes, jamás ha habido gente así. Durante la guerra civil fué guerrillero. Pero bueno, eso no tiene importancia. No es ninguna cosa excepcional. Muchos fueron guerrilleros... Después nos acostumbramos a fijarnos sólo en los camaradas más

instruídos, que seguían destacándose. Bodkó pertenecía a otra categoría. Era de esos que permanecen en el mismo lugar que los colocó la revolución, trabajando en la aldea y en el distrito; es decir, en un plano reducido, y aun así, en puestos de segundo y de tercer orden...

Interrumpí a Dneprovski.

— Tú que le conocías bien, dime, ¿por qué le expulsaron del Partido?

— Espere, Alexei Fiódorovich. También yo he pensado en eso y ya llegaremos a ello... Pues bien, en puestos de segundo y de tercer orden. Es decir, nunca en un primer plano, ni de segundo secretario de distrito, sino de encargado de la economía comunal, o presidente de tribunal, o bien, en tiempos anteriores, de presidente del Comité de Campesinos pobres o de la sección de seguro social. ¡Y cuántos hombres así tenemos de presidentes de koljoses, Alexei Fiódorovich! Hombres sin instrucción, por decirlo así, pero no sin conocimientos. Los hombres como Bodkó son profundos y saben mucho. ¡Cuánto no habrá pensado, cuántos conocimientos diversos y cuánta experiencia no tendría! Era, claro está, un agricultor de vanguardia, y por lo que se refiere al régimen soviético, a sus leyes y costumbres, puede usted estar seguro de que Bodkó había estudiado y conocía tan bien el espíritu de ese régimen nuestro, nuevo, que nadie hubiera podido hacerle flaquear. No, ningún profesor... Cuando la revolución, Bodkó era un niño campesino, analfabeto; la revolución y el Partido le hicieron hombre. Y para él no había nada más preciado que el Partido, es decir, la causa del Partido, el espíritu constructor y creador de nuestro Partido. Durante muchos años fué presidente del koljós... Y hoy, Alexei Fiódorovich, cuando regresaba de la casa donde Bodkó ha vivido y trabajado y en donde le han matado, pensaba que ser presidente de koljós no es un cargo cualquiera. Es un nuevo tipo de hombre público, jamás

visto en la historia; un hombre que el genio de Stalin ha hecho nacer del seno del pueblo. Pero esto son consideraciones generales. Hablo así, tal vez, porque han matado a mi amigo. Le confieso que antes de la guerra, creía que hombres como él no valían gran cosa. Pero comprendo ahora que ellos son el apoyo y la base de todo nuestro régimen soviético.

No aseguro que éstas fueran las palabras exactas empleadas por Dneprovski. He intentado reflejar lo más fielmente posible sus pensamientos y su estado de ánimo. Escuchándole recordé mis conversaciones y entrevistas con Bodkó. ¡Era, en efecto, un hombre de gran personalidad, de amplio espíritu! Me imaginé en su puesto. El doble juego que se había visto obligado a llevar: ser starosta, pero comunista en el fondo; y soportar a todos los canallas que iban a verle, creyéndole uno de los suyos. ¡Oh, no! Yo no hubiera sido capaz de resistirlo, habría estallado con toda seguridad....

Dneprovski siguió hablando.

— Poco antes de la ocupación, me ocurrió lo siguiente. Fuí enviado a trabajar a la Dirección Política del Ejército. Como no hacíamos más que andar, y además por pantanos, tuve un terrible ataque de reuma. La Dirección Política del Ejército estaba instalada en Priluki, pero no había hospitales cerca. Como los médicos me aconsejaron que fuera a un koljós, me condujeron a Lisovie Soróchintsi y allí me encontré, después de muchos años de separación, con Bodkó. Me llevó, naturalmente, a su casa. También yo soy de Málaia Dévitsa. Habíamos ingresado juntos, casi en la misma fecha, en el Partido... Sólo al cuarto día de vivir en su casa me dijo que lo habían expulsado del Partido. Usted que le conoce, tal vez no me crea, pero le juro que me lo contó llorando a lágrima viva: "¿Qué voy a hacer, Pável? —me decía—. No puedo vivir sin el Partido. Lenin, con su palabra, me llevó a la causa del pueblo. Seguí a

Stalin por el camino koljosiano. Y ahora ¡de cuántas cosas me acusan!... Soy culpable, no lo discuto, como comunista no trato de eludir mi responsabilidad. Bueno es que me castiguen, pero sin el Partido no puedo vivir". Yo le respondí que si se trataba de un error, lo volverían a admitir, pero que se precisaba tiempo para investigar el asunto. "Pero, ¿qué se va a investigar ahora, Pável? Los alemanes nos atacan, los enemigos están ya encima, ¡y yo fuera del Partido! ¿Qué hacer? No me dejan incorporarme al Ejército Rojo, quiero ir de guerrillero y tampoco me dejan; el Soviet del distrito no me permite abandonar el koljós. Me presenté al Comité de Distrito y Priadkó me dijo: "Espera, no pierdas la confianza, tu asunto ha pasado al Comité Regional". Fuí a Chernígov para hablar con Fiódorov, pero estaban bombardeando los alemanes, y él estaba ocupado en evacuar las fábricas y los bienes del Estado. ¡No era momento oportuno para resolver mi asunto! ¡Ay, Pável, que penoso es estar fuera del Partido!..."

En aquel momento interrumpí a Dneprovski.

— Bodkó me dijo que había aceptado el puesto de starosta por indicación del Comité de Distrito.

— Claro, Bodkó fué al Comité de Distrito. No podía considerarse sin partido. Le habían retirado el carnet temporalmente. ¿Dónde puede ir un comunista cuando se siente apesadumbrado? ¡A ver a sus camaradas, naturalmente!

Despues de reflexionar un momento, dije a Dneprovski.

— Sí. Es indudable que era miembro del Partido... Su expulsión no está justificada... En el Comité Regional su asunto no llegó a mis manos. No recuerdo...

Sin embargo, recordé cómo, durante un bombardeo, se me acercó en el pasillo del Comité Regional un hombre, preguntándome sobre una solicitud que había presentado. Tenía un apellido corto y también ucraniano ¿No sería Bodkó?

— Camarada Dneprovski, el 25 de octubre, en Lisovie Soróchintsi fué asesinado un comunista, un miembro del Partido bolchevique. ¡Bodkó figurará como un héroe en las listas de nuestra organización de Chernígov!

Y al hablar así quise que mis palabras sonaran lo más solemnemente posible.

Al principio, planeábamos celebrar la reunión de los comunistas del distrito en casa de la maestra Zina Kavínskaia, joven comunista de la aldea de Buda. Pero Vasia Zubkó, que había ido allí de exploración, nos contó al regresar que el hijito de la maestra estaba enfermo de escarlatina. Kavínskaia, a pesar de la enfermedad de su hijo, salió a buscar otra casa en la aldea para celebrar la reunión, pero volvió toda alarmada: se habían presentado en Buda unos forasteros, preguntando por ella: por lo visto, estaban encargados de vigilarla.

— He comprobado personalmente sus palabras —dijo Vasia—. Al principio pensé que Kavínskaia se había asustado. Pero no, en efecto hay unos forasteros en la aldea, unos tipajos de largas narices que husmean por todas partes. Uno, incluso, se me acercó en la calle. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de aspecto repulsivo, con aire de sacristán retirado. Tiene una vocecilla atiplada y lleva una pequeña barbita.

— ¿El baptista? —pregunté yo involuntariamente.

— ¿Qué es eso del baptista, Alexei Fiódorovich?

— Es un buen agente del enemigo, Vasia, al tanto, seguramente, de las cuestiones religiosas. Que sea baptista es lo de menos, lo importante es saber si se trata del tipo que yo pienso. ¿Qué hace allí?

— Se me acercó a la salida de la aldea y me preguntó. "¿A dónde se encamina, patrón?"

— ¿Te llamó. "patrón"?

— Así me dijo.

— ¡Ay, Vasia, Vasia! Es el mismo kulak de Kostromá. Es indudable; él es quien mandó a los alemanes

a la casa de Bodkó. ¿Qué respondiste tú? ¿Estaba él solo?

— Estaba solo, pero hay dos más, muy parecidos a él, que también andan por la aldea. Al parecer no se conocen, pero hasta las mujeres dicen que se trata de la misma banda. Los alemanes están a punto de llegar para organizar su poder y han enviado a ésos para preparar a la gente y averiguar si hay guerrilleros por los alrededores. Tienen miedo.

Sentía unos deseos tan vehementes de echar mano a aquel traidor, que estuve a punto de proponer a Dneprovski, Plevako y Zubkó que fuéramos a Buda, nos apoderásemos del traidor y lo liquidáramos. Afortunadamente me contuve.

Cuesta trabajo ser precavido. A mí me era entonces muy difícil serlo. ¡Saber que a unos kilómetros se paseaba impunemente el hombre culpable del asesinato de Bodkó y no hacer nada!... Pensé muchas cosas, hice muchos planes, mas al fin decidí que en nuestra situación no podíamos dedicarnos a la caza de aquel tipo, no teníamos derecho a poner en peligro la reunión proyectada ni a descubrirnos.

— Por ahora, nada tenemos que hacer en Buda —dije suspirando profundamente—, la reunión la celebraremos en Peliujovka.

Pero en Peliujovka nuestros exploradores descubrieron asimismo gente sospechosa. De nuevo tuvimos que cambiar de lugar: el mismo día de la reunión, el 29 de octubre, varios camaradas (había entre ellos jóvenes comunistas, pioneros y también una viejecita decrépita) se apostaron en los caminos que conducían a Peliujovka. Se les dió una contraseña. A los que respondían del modo convenido, nuestros centinelas decían:

— No vayáis a Peliujovka. A las once de la noche en la administración forestal de Kámenka.

* * *

Era la primera vez que el Comité Regional clandestino convocaba una reunión tan amplia de comunistas. Claro que sólo de un distrito, pero concedíamos una gran importancia a esta primera reunión, que debía ser una prueba de nuestras fuerzas de organización y de la cohesión de las filas bolcheviques.

Llovía. Aunque el otoño estaba muy avanzado, la lluvia era fuerte y llevaba cayendo ya varios días seguidos. La tierra estaba toda empapada y los caminos convertidos en un barrizal. La cazadora de burda lana, de confección doméstica, que yo llevaba puesta, no se me secaba ni a tiros. Pesaba, sin exageración, más de veinticinco kilos. A veces me la quitaba, y al retorcerla chorreaba como una esponja.

Hablo de la cazadora, porque a todos les pasaba lo mismo. Teníamos tanto frío, que ni siquiera en las casas podíamos entrar en calor. Había escrito con un lápiz tinta el guión para la reunión y lo llevaba escondido lo más ocultamente posible, pegado casi a la piel. Tenía que recorrer unos cinco kilómetros para llegar a la casa de la administración forestal, pero el papel se me mojó por completo y las letras quedaron marcadas en mi pecho.

Muchos camaradas tenían que venir desde los confines lejanos del distrito, distantes unos treinta kilómetros. Todos llegaron a pie y la mayoría solos. Aquellos días había menos probabilidades de tropezar con los alemanes que después, pero el miedo era mayor. Hacía poco que el frente pasaba por aquí.

El guardabosque tal vez fuera una buena persona; pero nosotros no podíamos prevenirle de antemano. Cuando oscureció, varios compañeros llamaron en su casa y le pidieron que abriera la oficina. Vasia Zubkó fué el encargado de hablar con el guardabosque y de preparar el "salón de sesiones". Convenció rápidamente al hombre. Zubkó encontró dos quinqués y los puso en-

cima de la mesa; pidió al guarda unas mantas y, con ellas y varias hojas de contrachapado que encontró, tapó cuidadosamente las ventanas para que no se filtrase la luz.

La casa de la administración forestal era nueva, de claras paredes de madera; los muebles, mesas, bancos y sillas, de confección artesana, aún no estaban manchados de tinta. Metimos unos cuantos bancos que había fuera, sin preocuparnos siquiera de secarlos.

La lluvia caía sin cesar, golpeando monótonamente los cristales y el tejado. La gente iba reuniéndose poco a poco. Recuerdo que estuve bastante tiempo en la casa sin conseguir calentarme lo más mínimo. Volví a salir: ya no le tenía miedo a la lluvia; la ropa no podía empapárseme más de lo que estaba. La oscuridad del bosque era tan impenetrable, que los árboles se adivinaban solamente por el ligero crujido de las pequeñas ramas. ¿Cómo encontraban los camaradas esta casa, cómo se guiaban para llegar a ella? A cada instante se oía chapotear en el barro y el agua, y ahogadas maldiciones.

Gritábamos en medio de la oscuridad.

— ¡Por aquí, por aquí, camarada! Oriéntate por mi voz.

El guardabosque —hombre de barba negra y edad indefinida— obedecía con indiferencia lo que le ordenaba Vasia Zubkó. Iba de su casa a la oficina, buscaba en el jardín (al lado de la oficina había un jardín), tanteando los bancos en la oscuridad. No preguntaba nada, ni nadie le explicaba nada.

Por fin, en la habitación se reunieron unas cincuenta personas. Tomamos asiento. Los miembros del Comité Regional y de los Comités de Distrito ocuparon sus sitios ante la mesa. El guarda forestal, de pie, apoyado en el quicio de la puerta, parecía dormitar. "Sería conveniente —pensé— alejarle de aquí".

Alcé la mano reclamando silencio, aunque tan sólo se percibía un leve susurro.

— Camaradas, permitidme que declare abierta la reunión de comunistas del distrito de Málaia Dévitsa.

Miré hacia la puerta: el guarda había desaparecido. Magnífico. No había terminado aún las primeras palabras, cuando de pronto se abrió la puerta y entró el guardabosque llevando en la mano un blanco y largo envoltorio, y se dirigió hacia la mesa presidencial... Colocándose detrás, desenvolvió a la vista de todos el paquete. Era un gran retrato en colores del camarada Stalin. Aquel donde aparece sentado ante su mesa de despacho, con una lámpara de mesa a su izquierda. Por la ventana, en el fondo, se ve la torre del Kremlin con el reloj.

Todos nos levantamos y nos descubrimos. El guardabosque, aprovechando que yo me hubiera levantado, encaramóse sobre mi silla y colocó el retrato en la pared. En el mismo lugar probablemente donde estaba antes de la ocupación alemana.

— ¡Gracias, camarada! —dije yo estrechándole la mano—. ¡Gracias en nombre de todos!

— No hay de qué.

— ¿Es usted comunista?

— ¡Me iré en seguida! No les estorbaré. Diré a mi mujer que prepare té caliente para la presidencia por lo menos, pues no tenemos cacharros para todos —dijo como disculpándose.

Volvió a salir arrimado a la pared y desapareció tras de la puerta.

Pocos días antes, los pioneros de Málaia Dévitsa habían alzado sobre el pueblo, como una bandera, los retratos de Lenin y Stalin, y ahora, un simple guardabosque que no era miembro del Partido, traía el retrato de Stalin guardado por él. ¿No demuestra esto la entra-

ñable abnegación del pueblo por las ideas comunistas y el Poder soviético?

Más tarde supimos que en cada aldea, en casi todas las casas se guardaban los retratos de nuestros jefes. Tan pronto ocupaban los guerrilleros alguna localidad, la gente empezaba a sacar de los escondrijos los retratos de Lenin, Stalin, Jruschiov colocándolos en los sitios más visibles. No sólo eran escondidos los retratos, sino también banderas rojas, carteles y transparentes. Todo lo relacionado con el Poder soviético se conservaba cuidadosamente por el pueblo.

Cuando el guarda se fué, leí la directiva del Comité Regional, la orden del Estado Mayor Regional del movimiento guerrillero, que habíamos escrito la noche anterior en la aldea de Grábovo. Esta orden se ha conservado. Hela aquí:

ORDEN Nº 1

DEL ESTADO MAYOR REGIONAL DE DIRECCION DEL MOVIMIENTO GUERRILLERO DE LA REGION DE CHERNIGOV

30 de octubre de 1941

El ejército de bandidos del fascismo alemán, que ha irrumpido en el territorio de nuestra sagrada tierra soviética y ha ocupado el territorio de nuestra región natal, con ayuda de la vendida canalla nacionalista, lleva a cabo una política de terror contra nuestro pueblo: fusilamientos, violencias y saqueos.

1. El 25 de octubre de 1941, en la aldea de Lisovie Soróchintsi, los agentes de la Gestapo y policías reclutados entre los kulaks de la localidad, dieron muerte a Egor Evtujóvich Bodkó, presidente de koljós, patriota soviético, fiel hijo del pueblo.

2. En octubre de 1941, los agentes de la Gestapo sometieron en Ichnia a increíble tormento y feroz escarnio al camarada Tsarenko, ex-guerrillero dos veces condecorado.

3. En la aldea de Zaudaika, la policía, organizada a base de kulaks, asesinó el 14 de octubre a un soldado rojo que se ocultaba de los invasores alemanes para no caer prisionero.

4. En octubre de 1941, acusados de no haber querido delatar a los guerrilleros, fueron salvajemente asesinados varios funcionarios de los Soviets de la ciudad de Priluki.

5. Con el pretexto de que está prohibido trabajar los domingos y fiestas religiosas, los alemanes y sus agentes asesinan a los mejores representantes del pueblo soviético.

6. Los comandantes alemanes exigen que los comunistas y los jóvenes comunistas comparezcan para ser registrados, a fin de poder exterminarlos después.

El Estado Mayor del movimiento guerrillero de la región de Chernígov nombra a los siguientes camaradas para dirigir el movimiento guerrillero en el distrito de Málaia Dévitsa: jefe de destacamento, D. Strashenko; comisario, camarada Priadkó; jefe de Estado Mayor, M. Zínchenko.

Y ordena:

1. Crear un destacamento guerrillero único en el distrito con comunistas, jóvenes comunistas, activistas de los Soviets, koljosianos e intelectuales.

2. Misión del destacamento: inutilizar inmediatamente el ferrocarril Priluki-Nezhin, para lo cual será volado el puente entre las estaciones Galka-Priluki. Destruir trenes, autos y depósitos alemanes. Desplegar una amplia lucha contra los invasores fascistas.

3. Para perseguir y castigar a los traidores a la Patria, se nombra una comisión extraordinaria compuesta por Strashenko, Priadkó y Zínchenko.

4. Aprobar los grupos creados para la liquidación de los traidores a la Patria al servicio de los fascistas alemanes. Del 3 al 10 de noviembre deben ser ajusticiados en el distrito los siguientes traidores a la Patria:

a) el síndico Néimesh, suplente del starosta Lisenko;

b) el starosta y terrateniente Domantóvich, de Lisovie Soróchintsi;

c) el starosta de la aldea de Riédkovka.

5. Para el trabajo político cotidiano de masas entre la población del distrito, quedarán en cada aldea un comunista y dos jóvenes comunistas, utilizando para ello el activo koljosiano y del Soviet que haya quedado en los lugares.

6. Una vez cumplidas estas tareas, todo el destacamento deberá reunirse el 11 de noviembre en el lugar señalado para desplazarse según el itinerario que se indique.

7. La presente orden debe ser comunicada a todos los jefes, comisarios, combatientes del destacamento, grupos, comunistas y jóvenes comunistas.

8. El camarada Pavlovski queda encargado de comprobar el cumplimiento de esta orden.

El Jefe del Estado Mayor Regional
de dirección del movimiento guerrillero
de la región de Chernígov
Fiódor Orlov

Una orden es una orden. No se discute. Se acepta para cumplirla. Pero la reunión prosiguió. Teníamos cosas de que tratar, naturalmente. ¡Por fin estaban reunidos los comunistas del distrito! Habían hecho la prueba de vivir y trabajar por separado algún tiempo, pero todos reconocían ahora que la táctica seguida por la dirección del distrito era equivocada.

— Si nos rodean, aunque sea en este momento, aquí, en la casa forestal —dijo el joven Ilchenko, conductor de una segadora-trilladora— podremos abrirnos paso todos juntos. Qué hace uno solo, como Bodkó...

Fuera seguía lloviendo. De pronto, a través del ruido de la lluvia, percibí un sonido extraño, como si alguien se moviera al lado de la ventana. Todos nos pusimos en guardia; yo pensé en seguida en el baptista.

— ¡Ve a ver! —dije al orador.

Este sacó la pistola que llevaba escondida en el pecho y salió corriendo.

Un minuto más tarde oímos el siguiente diálogo.

— Pero tonto, ¿qué haces aquí? Podía haberte matado —hablaba Ilchenko, el conductor de la segadora-trilladora.

— No quise más que escuchar. Por el camino no hay nadie.

Era uno de los centinelas que montaban la guardia alrededor de la casa, que no había podido resistir la soledad, ni los deseos de escuchar y había abandonado su puesto.

Este caso del centinela nos sirvió de motivo para hablar de la disciplina.

No recuerdo bien todos los detalles de aquella reunión. Sé que fué bulliciosa y desordenada. Unos a otros se interrumpían frecuentemente, todos ansiaban exponer lo que llevaban dentro. Era la primera vez que nos reuníamos en gran número durante los meses de ocupación, y la gente tenía tantos problemas, observaciones, ideas y sentimientos que exponer, que la reunión, más justo sería calificarla de conversación entre camaradas, duró toda la noche. El guardabosque nos trajo un cubo de agua hirviendo; los que más frío tenían, recibieron un jarrito de agua bien caliente.

Entre otras cosas, descubrimos que no había entre nosotros militares profesionales y oficiales de la reserva del ejército solamente tres. Los restantes eran personas

de profesiones agrícolas: tractoristas, conductores de segadoras-trilladoras, jefes de brigadas agrícolas, criadores de ganado, mozos de cuadra, secretarios y presidentes de los Soviets rurales y, naturalmente, presidentes de koljoses. Aunque la mayoría pertenecía a la reserva y todos los años pasaban por una breve instrucción militar, ni siquiera todos sabían manejar bien el fusil.

— Tendremos que aprender y no perder de vista que utilizaremos fundamentalmente las armas que tomemos al enemigo.

Alguien planteó la siguiente cuestión.

— Las autoridades alemanas han hecho un censo de todos los especialistas. Seguramente, quieren utilizar en su aparato a los agrónomos, mecánicos y economistas; a muchos, los obligarán por la fuerza. ¿Qué actitud debemos tener ante ellos?

Este tema interesó vivamente a todos, se expusieron diversas opiniones. Poco después el asunto se planteaba con mayor amplitud; los camaradas hablaron de la vida de la población soviética, de la política que seguían los invasores, etc.

Los alemanes, claro está, tratarían de penetrar en todos los aspectos de la vida del pueblo, intentarían crear un aparato para saquear todos los bienes del país, aparte de lo que robaban. Pero, al mismo tiempo, procurarían convencer, envenenar por todos los medios la conciencia del pueblo. Los comunistas teníamos que actuar en la clandestinidad. Pero los alemanes se habían apoderado solamente del territorio; no pudieron hacerse dueños del alma del pueblo, de sus convicciones, de su dignidad y de su conciencia nacional. Lo mismo que antes, el pueblo nos creía a nosotros, a los comunistas, nos seguía y esperaba nuestras palabras. Los guerrilleros eran nuestro ejército clandestino, un ejército en la retaguardia del enemigo. Los comunistas que habían quedado en el territorio ocupado por los alemanes no podían

limitarse a la lucha guerrillera. Estábamos obligados a verlo y saberlo todo. Nuestra gente debía encontrarse en todas partes. Para combatir con éxito al enemigo, hay que conocer bien sus armas.

En tiempo de paz el Comité Regional, el de Distrito, las organizaciones de base de los comunistas estaban estrechamente ligadas al pueblo, dirigían todos los sectores de la edificación socialista. Bajo la ocupación alemana, los comunistas debíamos conocer también todo lo que sucedía en el territorio donde actuábamos. Sólo así podríamos organizar en todas partes la resistencia a las órdenes alemanas, a la agitación y la propaganda enemiga. Los alemanes tratarían de organizar la producción agrícola e industrial, el transporte, las transmisiones. Entonces es cuando nos harían falta los hombres de esas profesiones civiles. Necesitábamos a todos —médicos, farmacéuticos, agrónomos, tractoristas, mecanógrafas, artistas, mujeres de la limpieza—, a todos invitamos a luchar contra el fascismo y la ideología fascista, contra el llamado "nuevo orden" que querían implantar los alemanes. El sabotaje, los actos de diversión, los golpes de mano serían las armas legales del pueblo que ellos intentaban sojuzgar. Estábamos seguros de que todo hombre verdaderamente soviético se encontraba dispuesto interiormente a luchar. Nosotros, los comunistas, debíamos conseguir que los hombres no sólo quisiesen luchar, sino que pudiesen hacerlo. Teníamos que demostrarles que no estaban solos, que existía una poderosa organización comunista clandestina que llevaba al pueblo a su liberación.

Esta primera gran reunión clandestina de los comunistas de la región de Chernígov terminó a las cinco de la madrugada. De pie, cantamos "La Internacional". Al despedirnos, nos abrazamos, algunos se besaban. Todos sabían que el riesgo era mortal. Pero no se hablaba del riesgo, ni de la muerte, ni del peligro.

Nuestro grupo del Comité Regional —Dneprovski,

Zubkó, Nadia Beliávskaia, Plevako y yo— decidió salir en cuanto amaneciese en busca del destacamento guerrillero de Ichnia.

Nos permitimos descansar un poco antes de que clareara. En la aldea de Peliujovka, la mujer de un combatiente del Ejército Rojo, que vivía sola, nos ofreció su casa. Hacía frío allí, pero por lo menos no había humedad. Nos tumbamos en el suelo y no nos despertamos hasta las nueve de la mañana.

Y otra vez reanudamos la peregrinación. Nuestro objetivo era encontrar el destacamento de Ichnia, que era el grupo guerrillero de la región de Chernígov que teníamos más cerca.

El panorama era el siguiente:

Nuestro grupo, constituído por cuatro hombres y una muchacha, caminaba por el enfangado camino otoñal. Nuestro aspecto también dejaba mucho que desear. Uno de los hombres, barbudo y corpulento, con un bastón en la mano, calzaba unos enormes zapatones de retorcidas punteras, completamente mojados y ambos del mismo pie. Llevaba una chaqueta de burda lana casera, ceñida por una sufra, los bolsillos abarrotados y voluminosos. Una vieja gorra a la cabeza; llevaba algo metido en el pecho, por lo cual sobresalían encima del vientre unos ángulos agudos... Creo que no hubiese costado trabajo adivinar que llevaba allí bombas de mano. Mas los transeúntes, cosa extraña, no se daban cuenta de ello. Aunque, ¡cualquiera sabe lo que pensaban! El hombre corpulento era yo, Fiódorov, en aquel entonces, Fiódor Orlov, y Alexei Kostir según mi documentación.

El segundo, era un hombre moreno, alto, bastante grueso, con un abrigo de piel de castor, botas de soldado y gorra encasquetada hasta las cejas. Su aspecto es solemne, grave, diría incluso que severo. Anda a grandes pasos. El hombre alto se detiene al lado de los charcos grandes y profundos y espera al corpulento.

Éste se le encarama a las espaldas y el alto, sin hablar ni responder a las bromas de su humana carga, pasa al otro lado. Es Pável Vasílevich Dneprovski, alias Vasílchenko.

El tercero, es un hombre joven; viste una vieja chaqueta guateada, pantalones de montar y desteñidas botas de tafilete. Y aunque el pantalón está manchado de barro, la chaqueta presenta varios desgarrones y el rostro hace muchos días que no ve una navaja de afeitar, el joven conserva, no se sabe por qué milagro, un aire elegante y gallardo, como si fuera de paseo. Parece que lleva bajo la chaqueta una guerrera bien cortada de brillantes botones. Como el camino discurre, en su mayor parte, por medio de bosques y zarzales, el joven se adelanta a cada instante, unas veces a la derecha, otras a la izquierda, se encarama a algún altozano, otea la lejanía y vuelve a reunirse de nuevo con el grueso de la comitiva: su misión consiste en comprobar si hay peligro. Este arrogante y astroso mancebo, es nuestro explorador y magnífico camarada Vasia Zubkó.

La mujer lleva una falda oscura de algodón, una chaqueta de cuero y un pañuelito rojo. Las novelas han descrito ya hace mucho tiempo su figura: es una típica activista femenina. Probablemente haya conseguido con gran dificultad este atavío para parecerse más a este tipo de mujer. Es morenucha, de estatura mediana, de unos veintitrés o veinticuatro años, pero por el peinado y por su manera de vestir aparenta más edad. La muchacha considera que la seriedad es el rasgo fundamental del bolchevique y la preocupación la característica de la seriedad. Lleva en la mano un hatillo blanco, de una blancura impoluta, que parece almidonado. Para todos nosotros es un misterio cómo se las arregla Nadia para conservarlo tan limpio. El contenido del hatillo es asimismo un misterio. La joven guarda celosamente ese secreto, aunque ninguno de sus compañeros de camino trata de

descubrirlo. La mujer se aparta frecuentemente con alguno, detrás o delante del grupo y mueve con aire de reproche la cabeza. Probablemente está descontenta de alguno de sus compañeros y explica al otro la razón. Cuando en la carretera divisa a alguien, la mujer de la chaqueta de cuero se adelanta a sus compañeros y es la primera en enfrentarse con quien sea. Si se trata de alemanes o de gente sospechosa, la mujer se coloca el hatillo en un hombro, avisando a los demás; ¡cuidado! Esta joven es Nadia Beliávskaia, nuestra fiel compañera.

El quinto, en otro tiempo grueso y ahora casi escuálido, es un hombre pelirrojo, de sorprendente buen humor. Está dispuesto a cantar en cualquier momento e invita a los demás a corearle. Bromea continuamente y siempre se mete con alguien. Nadia, por supuesto, no aprueba semejante conducta. El hombre pelirrojo lleva una larga chaqueta gris y botas de tosca piel: es Pável Lógvinovich Plevako.

Si alguien hubiera observado la marcha de nuestro grupo, hubiese visto cómo depués de dar vueltas y rodeos volvía al mismo sitio; los componentes del grupo tan pronto se dispersaban como volvían a reunirse. A veces, cuando veían gente, hablaban con ella mucho tiempo, otras, daban la vuelta y, rápidamente, se ocultaban en el bosque o entre los matorrales. Al entrar en una aldea, antes de llamar en una casa, la examinaban atentamente. Salían de improviso, por la noche. De día se ocultaban en un almiar o entre unas gavillas de heno y dormían.

En una palabra, llevábamos una vida extraña, salvaje, por decirlo así. Nuestra piel curtióse y se tostó, en los pies se nos hicieron fuertes callos. En general, aquellas interminables andanzas nos templaron. Nadie se resfriaba, ninguno tomaba gotas ni sellos, ni siquiera estábamos de mal humor. Nos habíamos acostumbrado

a dormir en cualquier sitio y levantarnos inmediatamente como si tal cosa.

Vasia Zubkó llevaba ya varios días intentando localizar con ayuda de dos comunistas del distrito de Ichnia al destacamento de guerrilleros. Pero ninguno de ellos pudo comunicarnos nada concreto, aunque habían invertido bastante tiempo en sus pesquisas. Esto me sacaba de quicio: "¡Vaya unos exploradores que en su propio distrito no pueden averiguar nada!". Nos aseguraron solamente que el destacamento existía y que llevaba el nombre de "Jruschiov".

Todavía en Chernígov, antes de la ocupación, sabíamos que el destacamento de Ichnia había elegido como campamento inicial el bosque de Ombishi. Decidimos comenzar a buscarlos por este bosque.

En la mañana del 1 de noviembre, nuestro grupo pasó al distrito de Ichnia, e, involuntariamente, participó en un juego extraño y muy confuso. Sabíamos que el destacamento estaba cerca, a unos quince kilómetros tal vez. Buscábamos el destacamento y el mando de éste sabía, por mediación de nuestros enlaces, enviados ya desde el caserío de Zhóvtnev con la directiva del Comité Regional, que andábamos cerca y también nos buscaban. Los alemanes, con sus cómplices nacionalistas, nos buscaban a nosotros y al destacamento. Unos nos engañábamos a los otros, todos nos vigilábamos, embrollábamos las huellas; en una palabra, todo ocurría como en una buena novela detectivesca.

Nueve días estuvimos dando vueltas por el distrito y debo confesar que nuestras aventuras, lejos de agradarnos, nos producían irritación; en cambio las dificultades... sí, a veces las dificultades nos alegraban.

Pero será mejor que lo cuente por orden.

Por aquel entonces, en la mayor parte de los distritos, los invasores habían organizado ya un cierto poder.

Los comandantes habían hecho venir toda una serie de canallas nacionalistas ucranianos de las regiones occidentales anteriormente sojuzgadas y delincuentes comunes. Entre esos "cuadros" reclutaron a los policías y a los starostas.

Y si dos semanas atrás, la población trataba con bastante afabilidad a los rusos que vagaban por aquellas zonas, ahora ya había comenzado a tomar sus precauciones.

En uno de los sectores del bosque de Ombishi, entramos en la casa de un viejo guarda forestal. Le preguntamos qué sabía de los guerrilleros. El hombre, a su vez, nos preguntó quiénes éramos.

— Somos prisioneros, nos dirigimos a Repki, nuestro distrito natal.

— Bueno, id allá, pero, ¿qué tienen que ver con eso los guerrilleros?

En esto entró su hijo, un muchacho de unos veinticinco años. Este fué más claro y nos dijo francamente que no nos creía.

— No hagáis el tonto. ¿Acaso no ve cualquiera que no sois prisioneros? Decidme, ¿para qué queréis saber dónde están los guerrilleros?

Le dimos a entender que estábamos ligados con los guerrilleros, que queríamos reunirnos con ellos. El muchacho se alegró al oírnos y dijo a su madre que nos diera algo de comer. El mismo se dispuso a obsequiarnos, a atendernos y después, se marchó no sé adónde, diciendo que iba por aguardiente. Estuvo ausente unos cuarenta minutos. No consiguió aguardiente pero sí averiguó lo más importante para nosotros.

— Seguid este camino, pasaréis el río Udai y al llegar a la aldea de Priputni preguntad por el caserío de Petróvskoie, cuando lleguéis al caserío buscad a Grisha, el guarda. El sabrá seguramente dónde están los guerrilleros.

Dimos calurosamente las gracias al padre y al hijo, les estrechamos las manos, pero desde aquel momento, comenzó a perseguirnos la mala suerte.

Seguimos el camino indicado y, poco después, vimos el río y el puente, y allí un grupo de gente. Nadia Beliávskaia se adelantó.

Como no alzaba el hatillo, nos dirigimos hacia allí.

El puente había sido volado por el Ejército Rojo durante la retirada. Sólo unos pilotes asomaban en el agua. La gente allí reunida eran los habitantes de las aldeas vecinas. Las autoridades de los distritos los habían enviado con la orden de colocar tablas sobre los pilotes y construir un puentecillo para peatones.

Trabajaban en ello unas quince mujeres: el jefe de la brigada era un muchacho de unos veintidós años, carpintero.

Las koljosianas se alegraron de la ocasión que se les ofrecía para descansar, y se sentaron en la orilla, rodeando a Nadia, que las hablaba animadamente. Nosotros también nos sentamos. Nadia trataba de convencer a las mujeres de que sabotearan todas las indicaciones y órdenes de las nuevas autoridades.

— ¿Para qué construís el puente y reparáis los caminos? Con eso restablecéis la comunicación entre las aldeas y las ciudades, ayudáis a organizar el transporte. Eso es lo que quieren los alemanes. Marchaos ahora mismo. ¡Dejadlo todo! Y mejor sería que arrancarais las tablas que habéis clavado. ¡Demostrad que estáis con el Ejército Rojo, con los guerrilleros!

Las mujeres escuchaban atentamente a Nadia. Eran casi todas jóvenes y fácilmente impresionables. El muchacho, jefe de la brigada (sabíamos que se llamaba Misha Gurin) bebía las palabras de Nadia. No hacía más que repetir:

— ¡Eso es cierto, muy cierto! ¡Formidable!

Al otro lado del río, a un kilómetro, aproxima-

mente, se veía la aldea de Priputni, a donde queríamos ir. El puente estaba casi terminado. Bastaría colocar unas diez tablas más para poder pasar.

Tiré con disimulo a Nadia de una manga, intentando hacerla comprender con los ojos: "Está bien lo que dices; sin embargo necesitamos pasar al otro lado. No lo olvides". Pero ella continuó.

El muchacho dió el ejemplo. Fué el primero en correr hacia el puente y, sin pararse a reflexionar, empezó a tirar tablas al agua.

— ¡A ver, muchachas, manos a la obra! ¡Que se vayan al diablo! La responsabilidad para todos.

Las muchachas no lo pensaron mucho. En medio de gritos, risas y bromas desmontaron en media hora todo el puentecito. Al muchacho le pareció esto poco. Ordenó a su brigada arrojar al agua todos los materiales de construcción que tenían en la orilla del río.

Me aparté con Nadia a un lado.

— Pero, querida, ¿qué has hecho?

Mi pregunta, lejos de turbarla, la sorprendió.

— Pero, Alexei Fiódorovich, si invitamos a los campesinos a hacer sacrificios, debemos empezar dándoles el ejemplo.

Esto, naturalmente, era lógico. Pero yo hubiera preferido que Nadia hubiese comenzado a hacer agitación desde el otro lado del río... El agua estaba espantosamente fría. Nos mojamos hasta la cintura, vadeando el río.

* * *

No entramos en Priputni. Zubkó se adelantó y al regresar nos dijo que algo ocurría en la aldea.

— La gente está alborotada, se ha reunido y las mujeres manotean mucho...

Después del involuntario baño teníamos tal aspecto, que preferíamos no ser vistos, y decidimos, aunque

anochecía ya, seguir directamente hacia el caserío de Petróvskoie. Nos enteramos que estaba a unos cuatro kilómetros de allí. En Petróvskoie vivía el guarda Grisha.

Era de noche ya cuando llamamos a una casa de pobre apariencia, torcida, con el techo de paja. La dueña nos dejó entrar de mala gana. Sin embargo, Pável Lógvinovich la hizo reír con sus bromas y ella, ablandándose, nos prometió cocernos unas patatas. Nosotros, claro está, no nos negamos. Colocó el puchero con las patatas sobre una mesa muy baja, tan débilmente iluminada que apenas nos veíamos.

Toqué con el pie la mesa y me di cuenta que se trataba de una gran cesta de mimbre puesta boca abajo y recubierta con una tabla.

— ¿Cómo es que no tiene usted ni una mesa? —pregunté al ama de la casa.

— Soy pobre y viuda. Coso..., pero cosiendo no se gana para una mesa...

Nosotros necesitábamos detenernos allí por lo menos un día o dos. Se nos ofrecía un pretexto inmejorable.

— Nosotros podemos hacérsela —dije a la mujer—. ¿Por qué no hacerle una mesa a una buena persona? Yo, precisamente, soy carpintero. Pável Lógvinovich y yo, en un día, le haremos una mesa que hasta podrá bailar encima. Nadia, mientras tanto, podrá lavar la ropa. Favor por favor: usted le calentará el agua.

Dicho y hecho. La dueña de la casa pidió a unos vecinos instrumentos de carpintería y comenzamos a trabajar desde la mañana del día siguiente. Nadia se puso a lavar. Vasia Zubkó fué en busca de Grisha el guarda.

Volvió de mal humor. Había encontrado a Grisha: era un muchacho de diecisiete o dieciocho años, pero sorprendentemente receloso y desconfiado.

— No he podido sacarle nada, Alexei Fiódorovich —me contó Vasia—. Créame que mi olfato de explora-

dor no me engaña: estoy seguro de que no sólo él, sino su madre y su hermanita saben perfectamente dónde están los guerrilleros; le hice toda clase de insinuaciones, le dije que era comunista, pero me ha jurado y perjurado que no sabe nada.

La mujer encontró unas tablas en el patio del koljós y nos pusimos manos a la obra. Plevako golpeaba con el martillo y yo manejaba la garlopa. En los cristales de las ventanas se agolpaban los chiquillos y, detrás de ellos, aparecieron las mujeres. Empezamos a recibir encargos.

— Venid a mi casa. Necesito reparar las puertas para el invierno...

— Mi cama es muy mala. ¿No podríais hacer una nueva? Tengo dinero, pero no hay carpinteros en el caserío.

Se presentó también un hombre con cara de pocos amigos y casi nos sometió a un interrogatorio.

— ¿Hace mucho que os dedicáis a este oficio?

— Es mi profesión fundamental. Trabajaba en una fábrica de muebles de Chernígov. Pero la guerra... Y ahora vengo del campo de prisioneros...

La verdad es que yo en mi vida había sido carpintero, pero conocía bastante bien el oficio. En los tiempos en que trabajaba en la galería de la mina, tuve que aprenderlo. El entibador debe ser casi carpintero. Plevako también sabía manejar con habilidad el martillo y el formón.

Aunque el hombre aparentó que nos creía, comprendimos que no debíamos permanecer muchos días allí.

Dneprovski y yo fuimos en busca de Grisha el guarda. Confiábamos en lograr convencerle mejor que Vasia. ¡Pero quiá! Era un muchacho testarudo. No nos miraba a los ojos. Respondía a nuestras preguntas como si no fuéramos comunistas, sino jueces alemanes. Comencé a

pensar incluso que, desde el otro lado del río, nos habían enviado intencionadamente a él para despistarnos.

Dneprovski, acalorándose, le espetó:

— ¡Pero cómo eres, muchacho! A nosotros nos consta que eres de las Juventudes, que estás en contacto con los guerrilleros. Nosotros somos comunistas, necesitamos encontrarlos a toda costa, si no los alemanes... —y Dneprovski hizo como si apretara un dogal imaginario alrededor del cuello...

Grisha quedó caviloso. Le dejamos reflexionar. Comprendíamos que la cosa era bastante ardua para él. En efecto, ni siquiera un bolchevique con mucha experiencia hubiera sido capaz de resolverlo de buenas a primeras. Además, según nos enteramos más tarde, la cuestión se complicaba porque el día anterior los guerrilleros habían ejecutado a un traidor en Priputni y roto, en el caserío de Petróvskoie, el precinto de una base, llevándose al bosque ocho sacos de harina... ¡Vaya uno a saber quiénes eran los forasteros! Si efectivamente comunistas o policías enviados por los alemanes...

— Mirad una cosa, camaradas... En Priputni vive el presidente del koljós, se llama Didenko. Ahora está en casa. Tal vez os diga algo... Es la tercera casa a la izquierda. Pero no ir directamente por la calle, sino por las huertas...

Dneprovski y yo reconocimos que Grisha obraba cuerdamente: en vez de decidir él solo un problema tan peliagudo nos enviaba a casa de un camarada de mayor experiencia. Yo recordaba el nombre de ese presidente y además lo conocía personalmente. Marchamos en la dirección indicada por Grisha.

Pero en Priputni tuvimos mala suerte. Didenko no estaba en casa; se había marchado el día anterior sin decir nada. Su mujer nos recibió cordialmente, incluso demasiado, hablándonos con una voz muy dulce. Pero no nos miró a los ojos, ni pronunció la palabra

"camarada", ni cerró la puerta de la casa por dentro, ni nos invitó a sentarnos: se veía que la intimidábamos.

Cuando salimos, le dije a Dneprovski.

— Estoy seguro de que nos toman por policías. ¡Qué situación más poco envidiable tienen esos policías! Pero es formidable lo bien que nuestro pueblo defiende a los guerrilleros. ¡Ni aunque les amenazáramos con pistola, dirían nada!

— Es probable que Grisha haya estado aquí para prevenirle. Y nosotros, dos viejos tontos, le hemos creído.

¿Qué podíamos hacer? Dimos unas vueltas por la calle del lugar y nos encaminábamos ya de nuevo hacia Petróvskoie, cuando, de pronto, vimos al lado de las caballerizas un grupo de gente. Fuimos allá, y entre los mujiks de la aldea descubrimos a Grisha, de pie al lado de su caballo, empapado de sudor. Le llamé y muy enfadado le dije:

— Pero, vamos a ver, ¿qué es lo que estás haciendo con nosotros? ¿por qué nos mientes y nos engañas como si fuéramos tontos?

— Fusiladme, pero no sé nada —dijo Grisha con decisión en la mirada y hasta con mucha insolencia.

Miré al muchacho: por la expresión resuelta de su rostro, por el brillo de sus ojos comprendí que no diría nada aunque le amenazaran de muerte. Entonces tuve la sensación, clara y neta, de que era guerrillero y, además, de toda confianza.

Le susurré al oído:

— Soy Fiódorov, el secretario del Comité Regional, ¿comprendes? ¡Necesito ligarme hoy mismo con el jefe del destacamento!

Grisha me miró de pies a cabeza, una sombra de sonrisa animó su rostro, y después, con una seriedad exagerada, repuso:

— Yo, camarada Fiódorov, no sé nada. Pero si

quiere vaya a ver al contable del koljós, Stepán Pogrebnoi, tal vez él le diga algo.

— Bueno, pero si vuelves a engañarnos...

Naturalmente, nos volvió a engañar. No sé si el muchacho le habría advertido o si sería una casualidad, pero el contable no estaba en su casa... Su mujer nos dijo:

— Quizás quieran ver a Didenko, está en la escuela, hoy se celebra allí una reunión de starostas. Ha llegado el burgomaestre del distrito y ha convocado a los starostas de todas las aldeas.

Yo estaba furioso. Era el tercer día que andábamos dando vueltas sin conseguir nada. ¡No era cosa de salir al medio de la calle y ponerse a gritar que era Fiódorov y que me enseñaran el camino que conducía hacia los guerrilleros! Cuando no era preciso me encontraba con infinidad de gente que me reconocía, en cambio ahora... ¿Sería posible que mi aspecto hubiera cambiado tanto? Antes de la guerra había estado en Priputni más de cinco veces... ¿Sería posible que volviéramos a Petróvskoie sin haber logrado averiguar nada? Era hasta vergonzoso. De pronto acudió a mi mente una idea descabellada y de una audacia rayana en la temeridad a primera vista.

— Oye, Pável —dije a Dneprovski—. ¿Sabes?... ¿Sabes, Pável? vamos a la escuela. ¡Sí sí, a la reunión de starostas! ¡Ocurra lo que ocurra! Allí de fijo encontraremos a alguno de los nuestros. Además, alguna vez tenemos que conocer al burgomaestre, saber quién es ese canalla.

Dneprovski tardó en responderme. Sus temores eran fundados: la empresa era arriesgada, en caso de fracasar poníamos en peligro toda la organización regional.

— Como a usted le parezca, Alexei Fiódorovich; si usted cree que no hay otro remedio... Yo, naturalmente, le acompañaré.

A mí me parecía que era necesario. En caso preciso recurriríamos a las bombas de mano. Teníamos cinco cada uno. Además las pistolas: la de Dneprovski y las dos mías.

* * *

A la puerta de la escuela vimos un coche de tipo anticuado, con las ruedas de goma, tirado por un tronco de caballos bastante lustrosos, pero de distinto tamaño. Los asientos de este vehículo antediluviano estaban cubiertos por los rojos almohadones de un diván. Un viejo de barbas, arropado en su pelliza, dormitaba en el pescante. El carruaje, con toda probabilidad, lo habrían sacado del museo del distrito.

— Abuelo —pregunté dirigiéndome al viejo—, ¿está el starosta aquí?

El viejo sonrió maliciosamente, me guiñó un ojo y, con cómica gravedad, respondió:

— ¡Qué starosta ni que ocho cuartos, mozo! ¡Es el suplente del burgomaestre del distrito, Pável Glébovich Guz, que ha venido de inspección!

El pasillo estaba atestado de polvorientos pupitres, que llegaban casi hasta el techo. Las puertas de las aulas permanecían cerradas. En una de ellas oímos voces y llamamos. Entramos con un aspecto exageradamente humilde, quitándonos los gorros.

Un hombre de unos cincuenta años estaba sentado tras una amplia mesa, destinada, probablemente, a experimentos físicos; semitumbado en el sillón dábase tirones del bigote. Su rostro era vulgar, pero la ropa... En seguida se veía que no estaba acostumbrado a ella. Llevaba una chaqueta de negro y brillante paño, procedente también del museo con toda seguridad; una bordada camisa ucraniana, y extendido en el respaldo del sillón veíase un abrigo de pieles. Era indudable que este tipo pretendía hacerse pasar por un gran señor

o un terrateniente, en todo caso por un alto funcionario de antes de la revolución. Tardó unos cinco minutos en darse cuenta de nuestra presencia. Sostenía en una mano un legajo de papeles y fruncía el ceño dándose importancia.

En la habitación había otras tres personas más. Una joven gruesa de rostro asombrosamente estúpido, empolvada hasta los mismos ojos. La secretaria, por lo visto. Pero no tenía nada que hacer y dibujaba florecitas sobre la mesa.

Detrás del "alto funcionario", al lado de la ventana, había un soldado alemán ya de edad, sentado en una silla. Nos miró con indiferencia, bostezó y volvió la cabeza. ¿Cuál sería su papel? ¿De guardián o de representante? ¡Cualquiera sabe! El hombre se aburría.

El cuarto debía ser un vecino de la aldea: un tipo manifiesto de viejo borracho. Nariz roja y un mechón asomando del gorro. En aquel rostro, de ojos turbios, fuera de la afición a la bebida, era imposible leer nada. Permanecía de pie, con las manos apoyadas en la mesa, esperando órdenes seguramente. En general, todo esto parecía una escena de un estúpido vodevil.

En el aula no había pupitres; en lugar de ellos bancos en el centro y adosados a las paredes. En un rincón, una estufa de hierro encendida.

Nosotros nos quedamos parados, apoyándonos bien en un pie, bien en otro. Esta gente me producía un sentimiento de repulsión y al mismo tiempo de amargura.

Por fin, el "señor" suplente del burgomaestre se dignó fijar su atención en nosotros.

— ¿Qué deseáis?

Me acometió un deseo irreprimible de agarrarle por el cogote, sacarle a la calle y apalearle delante de todos. Pero respondí humildemente.

— Buscamos al starosta. Hay una ley alemana de

ayudar a los prisioneros puestos en libertad. Para eso queremos ver al starosta...

El hombre, rebosante de satisfacción, henchido de petulancia, ni siquiera nos interrogó ni nos miró atentamente. El deseo de presumir le invadía.

— ¡Yo que voy a ser starosta! Ahí tenéis al starosta —dijo señalando al borracho—, él conoce las leyes y se ocupará de vosotros.

— Está bien —farfulló el starosta.

Pero el "señor", una vez que había empezado, no podía ya detenerse. Hablaba con énfasis, gesticulando con aire majestuoso.

Dneprovski le hizo algunas preguntas, le dijo que íbamos a nuestras casas y que no sabíamos lo que pasaba en los frentes ni cómo arreglárnoslas para vivir.

— El invencible y glorioso ejército de la gran Alemania está aniquilando a las últimas unidades del Ejército Rojo en las estribaciones de los Urales. Moscú y Petersburgo se han rendido a merced del vencedor, Ucrania está libre...

Entusiasmado por su propia elocuencia se puso en pie, echó hacia atrás la cabeza, lanzando continuas miradas al soldado alemán sentado junto a la ventana. Pero éste, imperturbable, bostezaba y tamborileaba con los dedos en el cristal.

Comenzó a congregarse la gente. Guz nos propuso, a Dneprovski y a mí, que asistiéramos a la reunión.

— Así sabréis cómo hay que construir la nueva vida.

Como era de suponer, aceptamos gustosos. Yo me senté en un extremo del banco, al lado de la estufa. Dneprovski a tres pasos de mí. No habíamos hecho más que tomar asiento, cuando entró Didenko. Me reconoció y en el primer instante quedó tan perplejo que se puso pálido. Después logró dominarse y con voz bastante indiferente preguntó al starosta quiénes éramos. Al

saberlo, dijo que nos instalaría para pasar la noche cerca de su casa.

Ante la escuela se detenían a cada instante nuevos carros. Era una especie de reunión del "activo" de las aldeas inmediatas. Guz había convocado a esta reunión, además de los starostas y presidentes de koljoses, a maestros y agrónomos. La mayoría sentíase cohibida. Ninguno hablaba en voz alta y nadie sonreía siquiera. Me fijé también en que unos y otros evitaban mirarse a los ojos, como si estuvieran avergonzados. Sí, la mayoría tendría seguramente vergüenza por haberse doblegado y haber venido a escuchar a este tipo.

En esto sucedió una escena indignante. Un nuevo carro se aproximó al edificio de la escuela, oímos sonoras blasfemias seguidas de un gran alboroto y de una pelea.

— ¡Ay! —gritaba alguien con voz ronca—. ¡No pegadme, buena gente!

Durante bastante tiempo no cesó la baraúnda en el pasillo, después se abrió la puerta y varios campesinos, rojos y excitados, metieron a empellones dentro de la habitación a un hombre con las manos atadas.

Era un mozarrón alto, de unos treinta años. Con la cabeza gacha, como un buey, no levantaba los ojos del suelo. Sus manos, atadas a la espalda con una correa, estaban azules por la presión. Los alborotados cabellos le cubrían la frente, hilillos de sangre deslizábanse de las comisuras de los labios. En una mejilla tumefacta veíase la huella de un tacón.

Guz, haciendo una mueca imperativa, preguntó:

— ¿Qué ocurre?

El hombre maniatado hizo un movimiento como para precipitarse sobre él y Guz alzó las manos como para defenderse del golpe.

— ¡Miserable! —gritó uno de los que traían al detenido, dándole tal empujón que le hizo caer de rodillas.

Se le acercó otro campesino y le dió una patada en un costado, una viejecita que llevaba un hatillo en la mano le escupió varias veces en la cara. Era imposible entender qué significaba todo aquello.

Cuando los ánimos se tranquilizaron un tanto y el detenido fué metido en un rincón, Guz preguntó esperanzado:

— ¿Es un guerrillero?

Todos contestaron a la vez, y se armó otro alboroto. Guz frunció los labios con gesto desdeñoso. Tan sólo diez minutos más tarde supimos de lo que se trataba.

Después de la retirada del Ejército Rojo, regresó al caserío de Glújovschina Spiridón Fediuk, llamado el "Jabalí". Llevaba unos ocho años sin aparecer por su aldea natal. Se sabía que era un golfo, un ladrón y un asesino, y que le habían condenado en Vorochilovgrad a siete años por asalto a un lavadero. Lo primero que hizo el "Jabalí" al regresar fué montar un aparato hecho por él de destilación de alcohol. Bebía día y noche, amenazando a todos con denunciarles. La noche anterior la gente oyó gritos en la casa más apartada del caserío, donde vivía la mujer de Kaliuzhni, oficial del Ejército Rojo. La mujer salió corriendo de la casa con un puñal clavado en la espalda hacia los campesinos que acudían en su socorro. Allí mismo cayó muerta. Los campesinos entraron en la casa y hallaron estrangulada a Nastia, una niña de siete años, hija de Kaliuzhni, y lleno de contusiones y terriblemente asustado, a Vasia, un chiquillo de tres años.

Los campesinos se lanzaron al bosque en persecución del "Jabalí" y lo atraparon.

Guz comenzó el interrogatorio. Todos escuchaban con gran atención. Hasta el alemán había desorbitado los ojos y tenía la boca abierta. Después acercóse a Guz y le dijo algo al oído. Guz saltó inmediatamente del asiento y gritó a la sala:

— ¿Hay aquí un maestro de alemán? Necesitamos un intérprete.

Se adelantó una viejecita y la sentaron al lado del alemán.

— Y bien, ¿qué dices? —preguntó Guz al detenido con fingida severidad.

— Soltadme las manos, enseñaré el documento... —respondió éste.

Cuando el starosta de la nariz roja desató al bandido, éste metió la mano en el pecho y sacó un papel arrugado, entregándoselo a Guz. El suplente lo examinó un buen rato, después se lo tendió al alemán, quien asintió con la cabeza y se lo devolvió.

— Bueno... —dijo—. Está bien, está bien— volvió a repetir arrugando la frente. Estaba visiblemente perplejo—. Se trata de lo siguiente: este ciudadano, llamado Fediuk, es un delegado de la comandancia alemana... —y volviéndose hacia el detenido añadió:

— Ha sido una confusión, en seguida le pondrán en libertad.

El bandido miró con insolencia a su alrededor.

— Señor burgomaestre —dijo en voz alta— yo vigilaba a María Kaliuzhnaia y sabía que estaba en contacto con los guerrilleros. Su marido es comunista. Todo el caserío, señor burgomaestre, es guerrillero.

— ¡Es mentira, miente! —gritaron los vecinos.

La emoción se apoderó de toda la sala. Todos cuchicheaban, se hablaba a media voz.

Alguien gritó.

— ¡Ahorquemos al asesino!

El alemán, que seguía atentamente todo lo que ocurría, dió un salto y descargó su pistola automática, disparando al techo. Inmediatamente todo quedó en silencio. El alemán volvió a sentarse y tiró de la manga a la intérprete.

— Soy policía —volvió a repetir Fediuk—. A casa

de María Kaliuzhnaia acudían guerrilleros todos los días...

— Si ibas a restablecer el orden, ¿para qué te has llevado estas cosas? —dijo una vieja tirando sobre la mesa un gran envoltorio.

— Lo he confiscado —respondió el bandido sin la más mínima turbación.

Aquellas palabras produjeron un efecto mágico sobre el soldado alemán. Se puso nervioso y comenzó a apremiar a la intérprete. La anciana se levantó y con la voz estremecida, tartamudeando, dijo:

— El señor soldado alemán le ruega, señor suplente de burgomaestre, que no olvide que según las instrucciones vigentes, todas las piedras preciosas, obras de arte, de pintura y escultura que haya entre los objetos confiscados por las autoridades municipales, deben entregarse al fondo Goering... —mientras hablaba la viejecita, el soldado la apremió varias veces con airadas exclamaciones.

Un silencio absoluto reinaba en la sala. Yo apretaba con los dedos crispados el mango de una bomba. Miré varias veces a Dneprovski. Jamás lo había visto así. Si Guz, o el alemán, o el policía detenido no hubiesen estado tan ocupados con sus "asuntos", y se hubiesen fijado en Pável Vasílevich... Estaba intensamente pálido y le sacudía la fiebre. Tenía la mano derecha metida en el bolsillo y me lanzaba miradas suplicantes. "¡Comencemos, comencemos ya, Alexei Fiódorovich!". Sólo así podían ser interpretadas sus miradas. La tentación era inmensa, en efecto. Lanzar una bomba y después... ¡Qué difícil era contenerse! Pero no podíamos dejarnos llevar por un impulso ciego.

Me di cuenta de que había sido reconocido no sólo por Didenko. Unos ocho hombres, por lo menos, no hacían más que mirarme. Probablemente ellos también esperaban una señal mía. Pero en la habitación éramos

no menos de treinta personas, casi todos hombres. Confieso, que estaba muy nervioso, con los nervios de punta. Miraba a los que tenía más cerca. ¿Qué pensaban? ¿Estarían armados? ¿A lado de quién se pondrían en caso de pelea?... El alemán volvió a cargar tranquilamente su pistola automática... ¿Cómo se distribuirían las fuerzas? ¿Y qué ocurriría si de esos treinta, veinticinco eran como Fediuk?

Guz tardaba en hablar. Por fin, con la gravedad de un Salomón, pronunció:

— ¡Poned en libertad a este defensor del nuevo orden! Todos deben saber que los bolcheviques, lo mismo que todos sus parientes, están fuera de la ley.

Tomó el envoltorio de la mesa y se lo entregó al alemán.

— Ahora —prosiguió Guz—, pasemos al orden del día de nuestra reunión.

Uno de los presentes gritó de pronto:

— ¡Escuadrón, a caballo! —y se desplomó al suelo, víctima de un terrible ataque de epilepsia.

El alemán, furioso, vociferó algo y se puso a patalear. Fediuk y el starosta agarraron al desgraciado por las manos y lo sacaron al pasillo. Sus paisanos salieron detrás.

Ni Fediuk ni el starosta de la nariz roja volvieron a la sala. Un minuto después oímos el traqueteo de un carro que se alejaba: seguramente se llevaban al epiléptico.

Guz comenzó a hablar. A gritos, haciendo visajes, la boca espumeante, amenazaba a los guerrilleros con el puño y reía histéricamente. Era indudable que tomaba a Hitler como modelo de orador.

A mi lado se sentó la vieja maestra que había servido de intérprete al alemán. Temblaba y procuraba aproximarse a la estufa. Me era antipática, y me volví de espaldas a ella. De repente vi al lado de la puerta a

Misha Gurin, el muchacho carpintero que con las mujeres había desarmado el puentecito sobre el río Udai. Estaba fumando. Yo me levanté, me acerqué a él y, hablándole al oído, le pedí:

— Dame papel, muchacho.

Me dió un trozo de periódico. Comencé a liar un pitillo y, mientras tanto, apreté con fuerza su pierna con mis rodillas y fruncí el ceño. El muchacho susurró de un modo apenas perceptible.

— ¡Después de la reunión en casa de Didenko!

Regresé a mi sitio al lado de la estufa. Al sentarme, se me enganchó en el borde del banco un bolsillo y cayo de él una bala de pistola de las que estaba repleto. Miré rápidamente hacia el suelo, pero la viejecita traductora la había ocultado ya con el pie. Su mirada continuaba igual de inexpresiva; como todos, contemplaba con torpe indiferencia a Guz. "Por lo visto —pensé yo— hay aquí mucha gente honrada".

Guz estuvo haciendo el payaso una hora y media por lo menos. Por fin pasó del histerismo patético al aspecto "práctico". Dijo que era necesario reparar los puentes y caminos, que todos se registrasen en la alcaldía, que los aptos para el trabajo no se ausentaran de la aldea sin permiso. Se indignaba porque en la escuela primaria no habían comenzado aún los estudios.

— Tenemos programas y planes de estudios, mañana hay que comenzar.

Alguien preguntó ingenuamente:

— ¿Mañana? ¡Pero si es fiesta, es 7 de Noviembre!

Guz, poniéndose como la grana, saltó:

— ¿De qué fiesta hablas? ¿Qué agitación bolchevique es ésa?

No hubo detenciones ni disparos. Pero Guz aprovechó esta circunstancia para hablar otros quince minutos.

Cuando terminó la reunión, Guz nos hizo una seña a Dneprovski y a mí, y nos presentó a Didenko.

— Este ciudadano os instalará para pasar la noche.

Cuando Dneprovski y yo salimos de la sala, nos rodearon en apretado corro unas diez personas. En el oscuro pasillo no podíamos distinguir quiénes eran los que nos rodeaban tan estrechamente. Sólo cuando salimos a la calle lanzamos un suspiro de alivio. Resultó que era una guardia voluntaria.

Nos repartimos en grupos de dos o tres. Una hora más tarde estábamos reunidos, pero no en casa de Didenko, como pensábamos primero, sino en un extremo de la aldea, en una casa abandonada, donde vivían entonces dos pastores uzbekos.

Eran dos soldados rojos a quienes se había encargado, durante la retirada, de guardar un rebaño bastante considerable de vacas y ovejas. Pero fueron cercados y quedaron en la retaguardia. Llevaban un mes y pico vagando por los bosques del distrito de Ichnia. Los alemanes responsabilizaron del ganado al starosta de Priputni. Pero los soldados rojos convertidos en pastores no siempre dormían en la aldea, y el rebaño que se les había confiado, disminuía poco a poco.

— En el bosque hay un jefe, un buen jefe —me explicó sonriendo uno de ellos—. ¡En el Uzbekistán no hay lobos, en cambio aquí hay muchos! —decía con cómica seriedad.

Los pastores me prometieron ponerme en contacto al día siguiente, a través de Didenko, con el jefe del bosque y con los "lobos".

En la casa de los pastores uzbekos se congregó la mitad por lo menos de los hombres que asistieron a la reunión de Guz. Aquí no parecían los mismos: hablaban con animación, con sencillez y libertad. ¡Cuánto lamenté no haber sabido entonces, en la escuela, la cantidad de buena gente con que podíamos contar! Allí mismo hubiéramos podido liquidar a Guz y a sus guardianes. Pero su suerte estaba ya decidida desde aquel momento.

Montamos una estrecha vigilancia alrededor de Guz, de Fediuk y del starosta de la nariz roja.

Aquella misma noche, Dneprovski y yo regresamos al caserío de Petróvskoie, a reunirnos con nuestros camaradas. Didenko se puso de acuerdo con nosotros para recogernos al día siguiente y de ningún modo más tarde del 8 de noviembre, en el caserío, en casa de Grisha el guarda, y conducirnos al destacamento. "Jruschiov".

* * *

Ahora comprendimos claramente que Grisha, como otros muchos, nos había estado despistando y tomando el pelo: todos recelaban de nosotros. En las aldeas la gente conspiraba ya por su cuenta. Había mucha gente vagabundeando: los campesinos comprendían que la mayoría de ellos eran soviéticos, de confianza, pero era difícil conocerlos a primera vista. Por eso estudiaban detenidamente a cada uno. Más tarde supimos que en las aldeas, estrechamente ligadas con los guerrilleros, se informaba al jefe del destacamento o al comisario de cada nueva persona que aparecía, y con mayor razón si se trataba de todo un grupo.

Ahora, una vez aclaradas las cosas, creíamos que no habría más obstáculos y que al día siguiente, aniversario de la Gran Revolución de Octubre, estaríamos en el destacamento. Tal vez hubiera allí un aparato de radio y pudiésemos oír la Plaza Roja, a Stalin, y pasar la fiesta entre gente nuestra.

Cuando regresamos "a casa", es decir, al caserío de Petróvskoie, la mesa de la viuda estaba ya terminada. Pável Lógvinovich había comenzado a tallar las patas. Era preciso dar una impresión de trabajo.

A la mañana siguiente nos dedicamos a reparar nuestro calzado. Todos teníamos los zapatos y las botas hechos una calamidad. Pero lo importante era hacer tiempo hasta que llegara Didenko.

Observamos, entre otras cosas, que aquel día la gente salía poco a la calle. De vez en cuando los chiquillos. Tanto las niñas como los niños iban limpios. Nadie trabajaba. No hubo manifestación, pero todos celebraron la fiesta; esto, por sí solo, constituía la manifestación.

La patrona nos contó, que incluso en las casas donde trataban a las autoridades alemanas con temor o servilismo, no se trabajaba este día para no indisponerse con la mayoría del vecindario.

Nosotros también organizamos un pequeño banquete reunidos en torno a la mesa nueva. Nadia y la dueña de la casa hicieron un "borsch" grasiento y consiguieron no sé dónde "braga"* hecha en casa y vino de remolacha. Cuando estábamos comiendo, llegó el hombre que nos había preguntado de dónde éramos y qué pensábamos hacer.

También él había estado en la reunión convocada por Guz.

— Es hora ya de que os vayáis —nos advirtió severamente—. Lleváis aquí unos días y basta.

Después nos explicó:

— Han pasado tres jinetes. Uno era el policía del distrito, otro, aunque llevaba ropa de campesino, era alemán, y el tercero era el bandido de Fediuk. Me parece que se disponen a hacer una de las suyas.

Y en esta situación, Didenko sin aparecer, y Grisha ausente también, pues había marchado, probablemente, a enlazar con el destacamento. Era imposible continuar allí. Dimos las gracias a la dueña de la casa y nos dirigimos al próximo caserío, a Glújovschina, sito a una legua de allí, dejando el encargo de que Didenko nos fuera a buscar.

No nos atrevimos a ir por la carretera. Seguimos unos senderos y nos metimos en un sitio tan intrincado

* *Braga*. Especie de cerveza doméstica. (N. del Trad.)

que a duras penas logramos salir de los pantanos. Pasamos toda la tarde y parte de la noche vagando por aquellos parajes. Transidos de frío, mojados y sucios, nos caíamos de cansancio. Hasta el día siguiente por la mañana no llegamos a Glújovschina. Pero esto, después de todo, fué una suerte.

Amanecía y vimos entrar en el caserío a un numeroso grupo de jinetes. Al instante oímos tiros y exclamaciones en alemán. Lo más probable era que aquel destacamento hubiera salido en nuestra persecución.

Volvimos a adentrarnos en el bosque. Poco después tropezábamos con un ferrocarril de vía estrecha abandonado. Comenzaba en el caserío de Petróvskoie, pero ignorábamos a dónde conducía. Mas no podíamos elegir. Como a nuestro alrededor sólo había pantanos y charcos, decidimos seguir por el terraplén,

Vasia se adelantó para reconocer el terreno. Poco después regresó desde la curva.

— Viene un jinete solitario —advirtió.

Nos ocultamos entre unos matorrales. Cuando el caballo pasaba junto a nosotros, saltamos de nuestro escondite. El jinete, sorprendido, levantó los brazos. Y aunque iba vestido de campesino, comenzó a balbucear inmediatamente en alemán. Lo hicimos bajar del caballo, le desarmamos y nos apartamos a un lado con él, llevándonos también la montura.

— Thäelmann, Thäelmann —repetía el alemán.

Pero cuando le quitamos las prendas que llevaba por encima, "su piel de ovejita", y le pusimos los cañones de las pistolas sobre los distintivos "S.A." que se veían en el cuello, dejó de repetir el nombre de Thäelmann y cayó de rodillas.

En la situación que estábamos era arriesgado disparar. Recordé el consejo del chófer norteño: "A veces, camarada comisario, más vale hacerlo callandito".

Por primera vez, durante todo mi viaje, monté a

caballo. Lo lógico es que me hubiera agradado, pero el caballo, desgraciadamente, relinchaba sin cesar e intentaba tirarme. Tuve que desistir. Vasia Zubkó y yo llevamos el caballo a la profundidad del bosque y lo atamos a un árbol: tal vez nos sirviera más tarde.

Veinte minutos después estábamos de regreso en el lugar donde habíamos dejado a nuestros compañeros. Pero alrededor de la hoguera no vimos a tres personas, sino a cinco. Si no hubiera sido por el pañuelo de Nadia hubiese creído que no eran ellos. Nos acercamos. Con nuestros compañeros estaban dos mozos más con un gran saco cada uno. Los sacos rezumaban humedad; seguramente contenían carne.

Empezamos una conversación un tanto extraña.

— ¿Quiénes sois?

— ¿Y vosotros quiénes sois?

— Nosotros volvemos del frente.

— Lo mismo que nosotros.

— ¿Qué hacéis por aquí?

— ¿Y vosotros, a qué habéis venido aquí?

Les escuché un buen rato y, por fin, cansado de aquellas interminables preguntas, dije sacando del bolsillo mi pistola y colocándola en la palma de la mano.

— ¡Mirad quiénes somos nosotros! ¿Conocéis a Sichov? (Sichov era el jefe del destacamento de guerrilleros de Ichnia).

— Conocemos a Sichov.

— ¿Y a Popkó? (era el secretario del Comité de Distrito de Ichnia).

— Sí, también, pero ¿de dónde conocéis vosotros esos nombres?

— Yo soy Fiódorov, ¿habéis oído ese nombre?

Seguían sin creerme. Tuve que describir con todos los pormenores posibles al jefe y al comisario. Además recordé un detalle que hizo reír y convenció definitiva-

mente a los camaradas. Sichov tenía la cómica costumbre de repetir a cada momento "muy bien, muy bien".

— Camarada Sichov, la vaca de su vecino ha reventado.

— Muy bien, muy bien.

— Camarada Sichov, su mujer se ha puesto enferma.

— Muy bien, muy bien.

Cuando conté este detalle a los muchachos, no vacilaron en reconocer que éramos de los suyos. Permanecimos un poco más al lado de la hoguera. Vasia Zubkó fué en busca del caballo alemán y después asamos un trozo de carne del saco de nuestros nuevos camaradas en un asador improvisado. Repusimos fuerzas, descansamos y seguimos caminando por las intrincadas sendas guerrilleras.

* * *

Más tarde vi decenas de destacamentos y unidades guerrilleras, pude compararlos y formarme una opinión de cada uno de ellos. Pero el 9 de noviembre de 1941 era la primera vez que tropezaba con un destacamento guerrillero en acción, con aquel original grupo de hombres.

Los últimos días nos habíamos fatigado mucho, estábamos verdaderamente rendidos. Atravesamos pantanos casi intransitables. Pasamos hambre y frío. Teníamos las ropas empapadas. En cuanto entramos en el terreno ocupado por el destacamento, tanto mis compañeros como yo nos sentimos por primera vez en seguridad. Podíamos "dar suelta a los nervios", es decir, no tener que estar a cada momento ojo y oído avizores, no mirar con desconfianza a cada persona. Ahora nos encontrábamos en medio de nuestros camaradas. En medio de gentes que contaban con una defensa armada, que tenían su orden interior y sus leyes.

Así, pues, nuestra tensión nerviosa se debilitó; y hay

que tener en cuenta que eran casi sólo los nervios los que nos mantenían. Nos acometió un apremiante deseo de descansar, de lavarnos, de dormir de verdad. Los guerrilleros nos recibieron cariñosamente, ¡qué digo cariñosamente! Nos acogían con entusiasmo, nos abrazaban, nos besaban, nos sacudían largo tiempo las manos. Todos se disputaban por llevarnos a su chabola. Encontramos muchos conocidos; la sinceridad de sus sentimientos no dejaba lugar a dudas. Pero...

Sí, existía también un "pero". Hubo que moderar un poco el entusiasmo de nuestros amigos, emplear otro tono, tomar aire de jefe, por decirlo así. He descrito ya con bastante detalle el aspecto que yo ofrecía; cuando llegué al destacamento mis ropas estaban más destrozadas aún y al lector le parecerá cómico seguramente que con aquella facha "tomara aire de jefe". Pero esto era imprescindible y he aquí por qué:

Yo había ido al destacamento de Ichnia no para descansar ni para sentirme seguro desde el punto de vista personal. Independientemente del aspecto que tuviera, o de la necesidad de conservar mis fuerzas, no estaba autorizado a olvidar ni por un instante mis obligaciones. No temo ser mal comprendido. Cualquiera que haya sido jefe sabe lo que quiero decir.

Como jefe del Estado Mayor Regional del movimiento guerrillero requerí el informe reglamentario y, antes de descansar, recorrí el campamento para inspeccionarlo.

En doce cabañas hechas de ramas, situadas bajo los árboles a varios pasos de distancia entre sí, se habían instalado los combatientes, cada uno a su gusto y como había podido: unos sobre sacos rellenos de paja, otros sobre la hierba no seca aún, algunos sobre sus pellizas. Vi tres o cuatro hogueras. En una de ellas, unas mujeres hacían gachas en un gran perol. Al lado de otras, se calentaba la gente. Dicho sea de paso, ya hacía frío: cuatro grados bajo cero, aunque no había nevado aún.

Cada combatiente llevaba las armas consigo. Revisé varios fusiles y pistolas. Estaban sucios, muchos sin haber disparado un tiro. Vi también un mortero de compañía, inactivo y abandonado. Nadie sabía manejarlo y ni siquiera intentaron aprender. En esta primera visita de inspección lo probamos, lanzando varias minas.

Recorriendo los puestos de vigilancia y las avanzadas encontré al viejo medio loco que Simonenko y yo habíamos encontrado un mes atrás cerca de Lisovie Soróchintsi. Era aquel viejo que iba con la vaca escuálida y amenazaba con el puño a los aviones alemanes. Sentado sobre un tocón levantaba acta del interrogatorio de un prisionero. El soldado alemán tenía desabrochado el capote, la guerrera y los pantalones. Permanecía de pie, los brazos en posición de firmes y sujetándose los pantalones. Dos guerrilleros sentados en tierra le apuntaban con las pistolas. Al ver al jefe, el viejo dió un salto, hizo el saludo militar y dió la novedad con bastante brío.

— Camarada jefe del destacamento, el combatiente intérprete Sádchenko. Por orden del comisario del destacamento estoy interrogando al bandido prisionero, llamado soldado del ejército alemán...

Por lo florido del estilo ya no me quedaba duda de que era el viejo de la vaca. El no me reconoció o no quiso reconocerme.

— ¿Quién es este hombre? —pregunté al jefe cuando nos separamos—. ¿Y dónde está su vaca?

— ¿Cómo sabe, camarada Fiódorov, la existencia de esa vaca? Sí, en efecto, vino con una vaca. Dice que es profesor de alemán de Poltava. Su historia es interesante y la repite sin contradecirse, así que, por ahora, no tenemos motivo para desconfiar.

Sichov me contó con detalle la historia del viejo. La casa donde vivía en Poltava había sido bombardeada y su mujer, mortalmente herida, murió en sus brazos.

Tenía un hijo en el Ejército Rojo y una hija estudiando en un instituto de Moscú. Los alemanes, al apoderarse de Poltava, hicieron un censo de todos los profesores de alemán. Le propusieron trabajar en la comandancia. Aquella misma noche el viejo abandonó la ciudad llevándose lo único que le quedaba: la vaca.

Pero el viejo tenía que registrarse en todos los sitios a donde llegaba. Los alemanes, al enterarse que sabía alemán, le pedían que les sirviera de intérprete. Entonces el viejo cogía su vaca y se marchaba a otra parte... Luego empezó a rehuir a la gente, no entraba en pueblos ni aldeas. Así tropezó con un puesto de guerrilleros.

— Nos es muy útil: es la única persona del destacamento que conoce el alemán.

Terminada la visita de inspección, escuché el informe oficial del mando. Sólo después nos pusimos a comer.

Durante la comida nos acribillaron a noticias. Supe que Kapránov y Druzhinin estaban vivos y salvos; lo mismo que yo salieron con fortuna de Piriatin, habían estado aquí, dirigiéndose después al destacamento regional.

Me enteré de que el destacamento regional actuaba y de que los rumores de su disolución habían sido propalados por un puñado insignificante de desertores.

Popudrenko era ya conocido por su valor y su audacia. A su destacamento se dirigía la gente desde todas partes. El destacamento iba organizándose, ampliándose, pero... Y a continuación, la conversación versó sobre toda clase de temas en litigio. Pero como las discusiones deben resolverse en presencia de ambas partes, trataremos de esto más tarde.

— ¿Cómo es posible —pregunté yo al mando del destacamento—, que habiendo mandado gente de confianza a buscarme al distrito de Málaia Dévitsa no hayan podido encontrarme? Celebramos allí una gran reunión; fué

gente de todo el distrito. ¡Vaya unos exploradores que tenéis! A ver, quiero saber quiénes son.

A una llamada del jefe se presentó un muchacho alto y delgado, de unos veintitrés años, con uniforme de soldado del Ejército Rojo. Se llamaba Andrei Koritni. Su voz me pareció conocida.

— ¿Cómo es posible, camarada Koritni, que no haya podido usted encontrarnos en su distrito natal?

El muchacho me contó que le habían pillado los alemanes, y entonces advertí que se trataba de aquel mismo Andrei que en Seskí, junto al pajar, hablaba con su novia.

— Oyeme, amigo —le dije—, tal vez hayas golpeado a un alemán con el hacha, tal vez seas un muchacho valiente, pero desde luego no fuiste a verme a mí, sino a tu novia.

El muchacho se puso rojo como la grana y balbuceó unas protestas, pero yo proseguí:

— ¿Qué has decidido? ¿A dónde vas a estudiar, a Dniepropetrovsk o a Chernígov? ¿Has mandado ya aviso a tu amada?... —El muchacho creyó seguramente que yo era un brujo. Me miraba con tal aire de asombro, que todos se echaron a reír—. Ya que se lo has prometido, tráela al destacamento. Convenceremos al jefe.

También encontré allí a la muchacha jefe de brigada de Lisovie Soróchintsi y, al día siguiente, un muchachito me entregó una carta. Era la primera vez que recibía una carta desde que estaba en la clandestinidad. El muchachito me dijo:

— Me han pedido que se la entregue personalmente, en propia mano.

El papel estaba doblado cuidadosamente, formando un triángulo. Lo abrí y busqué la firma: Yákov Zússerman.

— ¿Dónde está Zússerman?

— Se ha ido al destacamento de Popudrenko. Ya son cinco con él.

He aquí lo que me escribía Yákov:

"Alexei Fiódorovich: Tal vez crea usted que soy una persona susceptible, demasiado caprichosa y nerviosa. En efecto, tengo ahora unos nervios imposibles. Estuve en Nezhin, pero tenía usted razón, no debía haber ido. Habían concentrado a los judíos en un ghetto rodeado de alambre espinoso. La gente me dijo que a mi mujer y a mi hijito los habrían matado ya. Dos noches seguidas estuve dando vueltas alrededor de las alambradas. Faltó poco para que me atraparan. Los alemanes dispararon contra mí. ¿Qué podía hacer? Estuve cinco días escondido en casa de unos amigos, pero no pude resistir más. Por la ventana observaba a los alemanes, veía con qué insolencia se portaban, las barbaridades que hacían. Les vi pegar por la calle a un viejo, golpeándole con las culatas y les vi saquear una tienda. Entonces recordé que usted me había invitado a ir al destacamento guerrillero, pero aún confiaba en saber algo de mi familia.

Encontré a un amigo, al ciego Yasha Batiuk. Reconoció mi voz y me llevó a su casa. Esto, Alexei Fiódorovich, me produjo una gran impresión; me sentí muy emocionado y me dió vergüenza. Yo tengo una gran fuerza física, estoy sano, en cambio Yasha Batiuk es ciego desde la infancia. Pero tanto él, como su hermana Zhenia y su padre escriben proclamas y las difunden por la ciudad. En casa de Yasha se reúnen por la noche los jóvenes comunistas. Usted, seguramente, sabrá que él, siendo ciego, se ha quedado a trabajar en la clandestinidad. Es muy enérgico, no teme a la muerte y todo el mundo le aprecia mucho. Quise quedarme en Nezhin para ayudarle, pero Yasha me ordenó marchar, teniendo en cuenta que soy judío. Me explicó que sería más útil en un destacamento guerrillero. En la ciudad

me reconocerían y detendrían en seguida. Cuando Yasha supo que había estado con usted y que sabía dónde encontrarle, se alegró mucho de que yo pudiera ponerle en relación con el secretario del Comité Regional del Partido. Incluso quiso acompañarme para hablar con usted, pero su padre y sus camaradas le disuadieron. Entonces Yasha escribió una carta y me dieron orden de salir. Me proporcionaron armas y me acompañó un muchachito al cual dejo esta carta.

La carta que envió para usted Yasha Batiuk no la he enseñado en el destacamento; tal vez venga usted por aquí, entonces sabrá que yo he marchado, siguiendo sus consejos, al destacamento regional. A mi juicio, el mando de este destacamento es demasiado débil. He visto cometer a los alemanes tantos horrores, que no puedo soportar que un destacamento entero se limite a esconderse en el bosque o que dé uno o dos golpes de mano a la semana. El ciego Yasha Batiuk, con sus jóvenes comunistas, trabaja más y con mayor audacia que la dirección de aquí.

Tal vez esto no me incumba; sigo el viaje como enlace. Le hubiera escrito con más detalle... Dejo esta carta por si acaso, por si no le veo en el destacamento de Popudrenko. Entonces le contaré todo con más detalle.

Hasta la vista, camarada Fiódorov, si no me matan por el camino".

Pregunté al muchachito que me había entregado la carta de Zússerman.

— ¿Hace mucho que se fué Yákov? ¿Se ha peleado con el mando de aquí?

El muchachito me dijo que no; Zússerman no había reñido con nadie, pareciendo siempre tranquilo. pero dijo que tenía que cumplir una misión en el destacamento regional y hacía aproximadamente una semana que había marchado.

El muchachito añadió.

— Yo también soy de Nezhin. Vine aquí con Zússerman, pero me gusta más estar en la ciudad, con los jóvenes comunistas. ¡Es muy interesante trabajar con el camarada Batiuk! En la ciudad le conocen todos y todos le aprecian. Antes de la guerra era abogado. Camarada Fiódorov, ¿cree usted que puedo volver a Nezhin?

* * *

La situación que existía entonces en el destacamento de Ichnia se explicaba porque, tanto en este destacamento como en otros muchos, los hombres estaban aún buscando el camino acertado.

No eran solamente Zússerman ni su camarada de Nezhin los que sentíanse nerviosos. Había en el destacamento un soldado del Ejército Rojo, evadido de un campo de prisioneros; se llamaba, no recuerdo ahora si era su nombre o un apodo, Gólod*. Era un muchacho muy bullanguero, impaciente y audaz.

— ¿Qué hacemos aquí perdiendo el tiempo en hacer instrucción, cuadrarse y comer gachas? —gritaba—. ¡De morir, morir con música! ¡Ya que nos decimos guerrilleros, debemos pelear y armar trifulca!

Pertenecía a lo que pudiéramos llamar el grupo más extremo, constituído por unos muchachos que ansiaban una vida "libre". Se imaginaban la vida guerrillera exenta de preocupaciones, siempre la aventura y el asalto, y después ¡viva la alegría! Estaban enterados de que Dneprovski y yo habíamos asistido a la reunión de los starostas. Por esa razón Gólod pensaba que yo era partidario de esa tendencia insensata. Vino a mí para quejarse del jefe y del comisario.

— No hacemos más que instrucción...

Había otro grupo de tendencia opuesta, partidario de

* *Gólod* significa hambre en ruso. *(N. del Trad.)*

esperar, de reunir fuerzas, prepararse, estudiar con atención al enemigo y después, en la medida de lo posible, atacarle. El grupo partidario de este punto de vista no estaba encabezado por nadie, pero era numeroso. El mando, Sichov y el comisario Gorbati no estaban ni con unos ni con otros y hacían equilibrios entre los dos extremos. En esos roces internos, discusiones y mítines gastábase muchísimo tiempo.

El mando no tenía un plan de acción determinado. Nadie podía contestar a preguntas como éstas: ¿Dónde y cuándo atacar? ¿Cuál era el punto más débil del enemigo? ¿En qué aldea contaban los guerrilleros con el máximo apoyo? El enlace con los campesinos estaba organizado; en casi todas las localidades había gente de confianza, pero el papel de esta gente era pasivo. Recibían al enlace del destacamento, le daban de comer y le ofrecían una cama. Todo lo más, le contaban cuándo habían pasado los alemanes. Pero no hacían ningún trabajo de agitación ni propaganda; ni siquiera se ocupaban de explorar debidamente los alrededores.

El mando del destacamento de Ichnia no comprendía tampoco que su grupo guerrillero de distrito era una parte del gran ejército clandestino; que era preciso organizar un enlace cotidiano con los destacamentos vecinos, con el Estado Mayor Regional, que era necesario concertar los planes de común acuerdo.

El destacamento, por cierto, sólo llevaba dos meses constituído y algo tenía en su haber: había liquidado tres puestos enemigos, ejecutado a varios traidores y minado la carretera. El destacamento había prestado ayuda a seis soldados rojos fugitivos del cautiverio, que se incorporaron a la guerrilla. El propio hecho de su existencia tenía importancia. Al mando no le faltaba razón cuando decía que se precisaba bastante tiempo para organizar el destacamento.

A pesar de todo, el destacamento de Ichnia parecía

más bien un refugio, y en el mejor de los casos, un grupo de gente que se limitaba a defenderse del enemigo. Era evidente que el mando había prolongado demasiado el período organizativo. Ya era hora de corregir esta situación. En el destacamento había muchos que lo comprendían así y esperaban de nosotros, en particular de mí, como dirigente, medidas decisivas. Nuestra presencia animó mucho a la gente; sintieron que el destacamento no estaba solo.

Al otro día, se leyó la siguiente orden ante los guerrilleros formados.

ORDEN

DEL ESTADO MAYOR REGIONAL DE DIRECCION DEL MOVIMIENTO GUERRILLERO DE LA REGION DE CHERNIGOV (BOSQUE DE OMBISHI)

9 de noviembre de 1941

El Estado Mayor Regional del movimiento guerrillero señala que el mando del destacamento de Ichnia —jefe del destacamento camarada P. P. Sichov, comisario camarada V. D. Gorbati, secretario del Comité de Distrito del Partido camarada Popkó— ha realizado un buen trabajo de organización, creando un sólido armazón del destacamento guerrillero para llevar a cabo efectivas acciones militares contra los invasores germano-fascistas. Pero la dirección del destacamento guerrillero no ha utilizado todavía estas posibilidades, no ha desplegado un amplio trabajo de partido y político entre la población, no ha procurado atraer al destacamento guerrillero a los mejores hombres ni ha organizado un buen servicio de exploración; el destacamento no sostiene una amplia lucha implacable contra los invasores germano-fascistas, no ha tomado la iniciativa en sus manos en la lucha contra los invasores, no ha respondido al terror, des-

encadenado por los fascistas y sus agentes, con el terror rojo y potentes golpes contra los invasores alemanes que han asesinado ya en el distrito de Ichnia a decenas de personas inocentes: al delegado político camarada Yaroshenko en la aldea de Buromka, a un koljosiano en la aldea de Rózhnovka y a un soldado rojo en la aldea de Zaudaika.

El Estado Mayor Regional del movimiento guerrillero *ordena* al mando del destacamento guerrillero de Ichnia:

Inutilizar inmediatamente el ferrocarril de Kíev-Bájmach, volar el puente ferroviario entre Kruti y Pliski, provocar continuos descarrilamientos de los trenes alemanes, destruir autos, depósitos de armas, municiones, exterminar a los alemanes y a sus agentes. Exterminar a los destacamentos alemanes acantonados en Ichnia, Parafievka, Kruti.

Destruir los registros donde figuran los comunistas. Suprimir al starosta de la aldea de Zaudaika y a los nacionalistas ucranianos. Celebrar, en el término de diez días, reuniones con los comunistas guerrilleros, planteando las tareas de lucha contra los invasores alemanes.

Desplegar, inmediatamente y con toda amplitud, el trabajo de reclutamiento de los mejores hombres para el destacamento guerrillero.

Organizar un servicio de exploración sistemático y profundo y el enlace con cada aldea del distrito y con los distritos vecinos, para lo cual conviene tener en el destacamento a dos mujeres-enlaces y utilizar para ello también, si es posible, a un muchacho y a un viejo. Disponer en cada aldea de dos o tres personas para el trabajo de reconocimiento y enlace, para saber cada día y cada hora lo que ocurre en las aldeas y en el distrito.

Cada guerrillero es ejecutor de las directivas del Partido y del Gobierno, por consiguiente debe realizar un trabajo político de masas entre la población; el guerrillero debe preocuparse por los intereses materiales de los trabajadores, debe defenderles y ayudarles en este aspecto.

Para asegurar el cumplimiento de todas estas medidas, el destacamento debe desfilar sistemáticamente, en orden de combate, por las aldeas del distrito y, en caso necesario, por otros distritos, realizando al mismo tiempo todas las tareas que tiene encomendadas: liquidación de todos los elementos hostiles, destrucción de las bases del enemigo, puentes, trenes, autos, etc., trabajo político de masas entre la población, ayuda material a los trabajadores, para que éstos la perciban prácticamente, etc.

La regla fundamental del trabajo del guerrillero debe ser el cumplimiento de las misiones de combate simultáneamente con el trabajo de educación política entre la población: elevación del nivel ideológico y político de los guerrilleros, estrecho enlace y amplia ayuda a la población y lucha implacable en todas partes contra los invasores alemanes.

Del cumplimiento de dicha orden informar al Estado Mayor Regional de dirección del movimiento guerrillero de la región de Chernígov.

El Jefe del Estado Mayor Regional
de dirección del movimiento guerrillero
de la región de Chernígov

Fiódor Orlov

Grisha, el guarda, nos trajo una noticia: la secretaria de Guz habíase escapado. El mismo la había visto, incluso había hablado con ella. Al principio no quisimos ni escucharle. ¡Vaya una cosa importante! ¡Una muchacha empolvada y metidita en carnes había abandonado al suplente del burgomaestre! ¿A nosotros qué nos importaba? Pero la historia resultó ser digna de atención.

La muchacha no se había ido, se había fugado. Había sido víctima de un chantaje. Grisha no se enteró bien, si era su padre quien había sido comunista y funcionario responsable de los Soviets o si ella misma, antes de la guerra, había sido una activa joven comunista.

Las vecinas que habían recogido a la muchacha llamaron a Grisha. Ella, hecha un mar de lágrimas, hablaba mucho y confusamente, ocultando, sin duda, bastantes cosas. Sus lágrimas eran sinceras: así, por lo menos, se lo pareció a Grisha. Guz había sido maestro en la escuela donde la muchacha estudiara. Cuando llegaron los alemanes, Guz la llamó y le propuso trabajar en el ayuntamiento. La muchacha intentó negarse, entonces él la amenazó con delatarla, y la muchacha, asustada, aceptó. Al ver cuán viles eran los alemanes y sus secuaces, su temor se convirtió en pánico. Además, Guz la "amaba".

— No puedo, no puedo, prefiero ahogarme que seguir allí con él. Escondedme de ellos, por favor, escondedme.

La muchacha quería comunicar a los guerrilleros que Guz pasaría a la mañana siguiente por el camino de Priputni-Ichnia.

— Matadle, detenedle —decía la muchacha—. Yo misma lo haría, pero soy débil. Vosotros no me creéis, lo sé; soy una malvada, una traidora. Pero ya veréis cómo no miento. Comprobadlo y juzgadme después, haced conmigo lo que queráis, ahorcadme, fusiladme...

Aquello podía ser una provocación; los alemanes podían haber enviado intencionadamente a la joven. Me puse a recordar su conducta durante la reunión de los starostas en la escuela. Recordé que la muchacha dibujaba algo y que además, al principio de la reunión, cuando Guz hablaba con nosotros sobre "temas generales", contándonos cómo sería Ucrania bajo la protección alemana, la joven le había preguntado:

— ¿Cómo se organizará la instrucción superior de las mujeres?

Guz se volvió hacia ella todo rojo y babeante, vociferando:

— ¡Bastante lata habéis dado ya! ¡Qué instrucción femenina ni que ocho cuartos! ¡El marido, los chicos y la cocina! Terminaréis la escuela primaria y, además, clases culinarias y de costura.

La secretaria se esforzó entonces por sonreír, pero no fué una sonrisa, sino una mueca tan lastimera y servil que producía asco mirarla. ¿Y un ser como aquél se había rebelado?

Preguntamos a Grisha:

— ¿Por qué no la has traído? Aquí veríamos de qué pájaro se trata.

— Ella tenía miedo de venir y era arriesgado traerla por la fuerza, podía gritar...

Examinamos los "pro" y los "contra", y decidimos, aun con el riesgo de que fuera una provocación, montar vigilancia en el camino y ocultar en el bosque vecino a un grupo bien armado.

A la mañana siguiente el teniente Glat, el soldado Gólod y tres guerrilleros con sus automáticos se tiraron cuatro horas seguidas tumbados en la tierra helada al borde del camino. Guz no pasó, pero tampoco apareció ningún destacamento alemán.

El final de esta historia lo supe mucho más tarde. Entonces estábamos furiosos con Grisha, le insultábamos: "¡Papanatas, te lo crees todo!" A Grisha se le criticó con dureza, pero injustamente.

Cuando Guz descubrió la fuga de su secretaria, organizó su captura en todas las aldeas vecinas, y por este motivo permaneció unos días más en el distrito... Pero la gente que había decidido ayudar a la muchacha era más fuerte y leal que los miserables ayudantes de Guz. La muchacha logró ocultarse. Un mes más tarde llegó

primero al destacamento de Ichnia, y después al regional. Guz no escapó a la venganza popular... Pero esto pertenece a la historia posterior.

Nuestro grupo del Comité Regional permaneció en el destacamento "Jrushiov" tres días. Descansamos, nos pusimos ropa limpia, y, por fin, obtuve unas botas y pude despedirme de mis zapatones de un mismo pie. Las cañas de las botas eran tan estrechas que no entraban bien en la pantorrilla y los pantalones hechos en Lisovie Soróchintsi colgaban encima de ellas. Me afeité la barba, pero me dejé bigote. Cuando Nadia Beliávskaia me vió, observó con desagrado que parecía un kulak. Pero éste era un disfraz cómodo. Teníamos que recorrer cien kilómetros más hasta llegar al dispositivo del destacamento regional.

Se unieron a nuestro grupo Stepán Maxímovich Shúplik, poeta guerrillero, y el joven guerrillero Vasia Poiarko. Dos combatientes armados con automáticos debían guiarnos hasta el río Diesná.

* * *

Recientemente he recibido como regalo un librito de versos en ucraniano de Stepán Maxímovich Shúplik, editado en Kíev: "Las canciones del guerrillero abuelo Stepán". Me encontré con la siguiente poesía:

UNA BUENA NOCHE

Era ya al anochecer;
nos gana el sueño cansino;
de las leguas del camino
son como plomo los pies.

En la casita aldeana
un rincón para dormir
pedimos. De mala gana,
la dueña no quiere abrir.

La explico grave y austero
que el frío hiela en la calle
y la cuento con detalle
quiénes son los guerrilleros.

Mis versos digo en voz alta,
y se aplaca la mujer.
Lumbre en el horno resalta,
nos prepara de comer,
pone la mesa de pino
y nos invita a beber
un tibio vaso de vino.

Buena noche en la casita
junto a la estufa caliente.
A la mañana siguiente
la dueña a comer invita
sus rubios y tiernos panes.
Y al marcharnos nos incita:
"¡Matad a los alemanes!".

Estos versos describen un episodio auténtico acaecido en la aldea de Volovitsi.

Llegamos a esta aldea, según cuenta el poeta, cuando oscurecía. Estábamos helados, hambrientos y completamente rendidos, con un sueño que apenas podíamos tenernos de pie. Nos parecía que si nos sentábamos, seríamos ya incapaces de levantarnos. Llamamos en la primera casa que vimos al paso. La dueña entreabrió la puerta, y yo en el acto metí el pie por el resquicio. La mujer quiso cerrar la puerta y, al tropezar con mi bota, se puso a chillar. Por la abertura nos llegó un olor a "borsch" y a pan recién sacado del horno y el maravilloso calor de una casa abrigada. Esto me animó, empujé la puerta y entré, seguido de mis siete compañeros.

¡Qué manera de gritar la de aquella mujer! ¡Como si fuéramos bandidos! Claro que ella precisamente nos había tomado por bandoleros, por asesinos. Tratamos de explicarle que solamente queríamos calentarnos y que no atentaríamos ni contra su vida ni contra sus bienes. La mujer permanecía sorda a nuestras palabras y seguía gritando como si la degollaran. Esto era particularmente desagradable porque, según noticias que teníamos, encontrábase en la aldea un destacamento de requisa alemán bastante considerable.

Los camaradas se descolgaron los automáticos —estaban cansados de llevarlos— y la dueña, creyendo que era una amenaza, calló inmediatamente. Sólo entonces comenzó a comprender lo que decíamos. Hablábamos por turno, explicándole quiénes eran los guerrilleros, cómo defendían los intereses del pueblo. De pronto, la dueña preguntó:

— ¿Por qué no os quitáis los abrigos?

Poco después nos ofreció "borsch", y cuando Stepán Maxímovich le recitó algunos de sus versos, la mujer, con los ojos empañados de lágrimas, dijo que también tenía aguardiente.

— ¿No queréis un poco para quitaros el frío?

Como veis, todo sucedió tal como lo relata el poeta. Pero Stepán Maxímovich se olvidó de un detalle muy importante. Como Dneprovski no bebía vodka, la dueña de la casa le obsequió con un licor preparado por ella. Esto era un indudable testimonio de que habíamos sabido ganarnos su simpatía.

Nos pusimos a hablar. La dueña de la casa era la mujer del ex-presidente del Soviet rural; el marido no tardaría en regresar.

Nos contó que en el otro extremo de la aldea había alemanes; al decirlo nos miró con expectación.

Seguidamente ocurrió algo que el poeta relegó al olvido o que no supo poner en verso.

Eramos ocho personas. Según la dueña de la casa los alemanes no serían menos de cincuenta, armados con fusiles automáticos y ametralladoras. Hubiera sido insensato atacarles con nuestras fuerzas, pero también era insensato no hacer nada.

— Los alemanes han puesto un bando —dijo la dueña de la casa—, para que mañana la aldea entregue 240 vacas y 80 lechones.

— ¿Dónde han puesto ese bando? —pregunté yo. Se me ocurrió la idea de dar un susto a los alemanes.

La mujer me explicó que los avisos estaban colgados en los postes, al lado de la ex-oficina del koljós.

— ¿Sabéis una cosa, muchachos? —propuse yo a los compañeros—, vamos a escribir una orden.

Les expuse mi plan. La dueña no acababa de comprender lo que nos disponíamos a hacer, pero nos dió gustosa papel y tinta. Ninguno teníamos sueño. Nos entusiasmamos y poco después la orden estaba lista y reproducida en diez ejemplares.

ORDEN

DEL JEFE DEL EJERCITO GUERRILLERO DE LA REGION DE CHERNIGOV, TENIENTE GENERAL ORLENKO

Chernígov, octubre de 1941

Tan pronto hube dictado el encabezamiento, la mujer, radiante de contento, preguntó: "¿Entonces, tenéis muchas fuerzas?"

Los invasores germano-fascistas, con ayuda de sus siervos, policías, kulaks, nacionalistas ucranianos y demás canalla, saquean al pueblo ucraniano, imponen contribuciones a los campesinos en trigo, ganado, patatas y demás productos.

Con el fin de acabar con este pillaje de los invasores fascistas y de sus siervos, ordeno:

1. Prohibir categóricamente a todos los ciudadanos entregar trigo, ganado, patatas y demás productos en concepto de contribución a los invasores alemanes.

2. Las personas que infrinjan esta orden y lleven trigo, ganado, patatas y demás productos a los invasores germano-fascistas serán castigadas con la dura mano revolucionaria, como viles traidores a la Patria soviética.

3. Los jefes de los destacamentos guerrilleros establecerán puestos secretos en los caminos que conducen a los puntos de acopio.

4. Los starostas y los policías que cumplan las disposiciones de los saqueadores alemanes respecto a la contribución (de trigo, ganado, patatas, etc.) serán inmediatamente aniquilados con su nido de víboras.

¡Camaradas campesinos y campesinas! ¡Ni un kilo de carne, de trigo, de patatas ni de ningún producto para los saqueadores germano-fascistas!

* * *

La mujer no encontró clavos ni tampoco tenía cola. Nadia Beliávskaia descubrió en el poyo de la ventana una cajita de agujas de gramófono; decidimos utilizarlas. Inmediatamente después de la cena Vasia Zubkó y Plevako, acompañados de la dueña de la casa, salieron para quitar los avisos y bandos alemanes y en su lugar poner los nuestros.

La dueña nos instaló cómodamente a todos. Dneprovski, que sufría de reuma, se acostó en la estufa. Dormimos perfectamente. La mujer nos despertó al amanecer. Su marido había regresado ya y nos aseguró que en Volovitsi no había quedado ni un alemán: habían huido todos.

Debemos confesar que no contábamos con este resultado cuando escribíamos nuestra orden. Queríamos

demostrar simplemente que los guerrilleros estaban alerta. El resultado era sorprendente. Eso quería decir que el enemigo no se sentía muy seguro en tierra soviética.

Es cierto que el dueño de la casa nos dijo que al frente del destacamento de requisa había un intendente esmirriado y cobarde. En cuanto le informaron de la "orden", empezó a agitarse y a correr de un lado para otro, diciendo que el servicio de información le había comunicado hacía tiempo que se aproximaba un numeroso grupo de guerrilleros.

Por la mañana nos dieron muy bien de comer y el dueño nos acompañó hasta la orilla del río Diesná, señalándonos un paso estrecho y helado por completo. Nos explicó también el camino más corto para llegar a la aldea de Reimentárovka del distrito de Jolmi,

— ¡Hasta la vista, camaradas! —dijo al despedirse—. En Reimentárovka hay gente que conoce a Mikola Napudrenko. . .

No sé por qué muchos campesinos deformaban así el apellido de Nikolai Nikítich Popudrenko.

Siento mucho haberme olvidado del nombre del hospitalario matrimonio de Volovitsi. Tanto ella como él eran indudablemente verdaderos ciudadanos soviéticos.

Allí, a orillas del Diesná, debían abandonarnos los dos guerrilleros de los automáticos; en esta parte comenzaban unos bosques bastante espesos, donde era fácil esconderse y podríamos pasarnos sin ellos. Al despedirse de nosotros, uno de los guerrilleros me dijo que tenía absoluta necesidad de hablar conmigo a solas.

* * *

Nos apartamos a un lado, metiéndonos entre unos matorrales. El camarada tardó en comenzar y tuve tiempo de examinarle detenidamente. Confieso que aunque habíamos hablado y llevábamos juntos tres días, no

me había fijado atentamente en nuestros acompañantes. Eran dos guerrilleros, uno más joven que el otro. Ahora, intrigado, lo examiné con atención.

Tenía delante de mí a un hombre alto, de edad, envuelto en un abrigo de paño, evidentemente hecho en la ciudad. En el arco de la nariz señales de haber llevado gafas. Recordé que durante el camino le había visto cambiarse frecuentemente de hombro el automático. A juzgar por su aspecto era un hombre de ciudad, de trabajo intelectual. "Querrá quejarse seguramente de la dirección del destacamento" —pensé.

— Camarada Fiódorov —comenzó el hombre con voz insegura, aunque en tono que pudiéramos llamar oficial—, me dirijo a usted como a un diputado del Soviet Supremo, miembro del Gobierno. Como me pueden matar...

— ¿Quién? ¿Por qué?

— Los alemanes o los nacionalistas ucranianos... estamos en guerra.

— Sí, eso es verdad, puede ocurrir —me vi obligado a reconocer—. Le ruego que sea breve. Como ve, no tengo despacho y no tenemos donde encerrarnos. Cuénteme su secreto.

Entonces el hombre se dió prisa; desabrochóse el gabán y, levantando uno de los faldones, descosió con un dedo el forro y sacó un paquete plano, bastante voluminoso.

— Tome —dijo tendiéndome el paquete—. Aquí hay veintiséis mil cuatrocientos veintitrés rublos. Este dinero pertenece a la Oficina forestal de la industria de la carne y de la leche. Es el dinero que había en caja el día que evacuamos de Kíev. Soy el jefe contador, me llamo...

Yo apunté el nombre de este camarada, pero perdí aquellas notas; cosa no difícil en tres años de vida guerrillera.

Después de haberse presentado, el contable continuó.

— Yo evacué con un grupo de colaboradores, pero en el viaje nos bombardearon el tren y quedamos cercados. Después... ¡Cuánto he sufrido hasta llegar al destacamento! Le suplico que acepte este dinero, en estas condiciones no puedo tenerlo conmigo. Ese dinero pertenece al Estado, yo no tengo caja de caudales ni siquiera una maleta, y además, me pueden matar...

— ¿Pero por qué no lo entregó usted al jefe del destacamento? Si a usted le hubieran matado o simplemente herido, los compañeros hubiesen mirado sus cosas... y habrían podido tomarle por un merodeador.

— ¡Eso es lo que quiero evitar! Pero, camarada Fiódorov, no puedo entregar ese dinero al jefe. Hay que firmar el recibo y él no tiene facultades...

— Oigame, camarada contable, lo único que no comprendo es por qué ha hecho usted de esto un secreto. Lo natural hubiera sido lo contrario; hacerlo delante de testigos...

— No, la suma es importante, no conozco a la gente y las circunstancias son poco propicias.

— Bueno, venga el recibo. ¿Dónde tengo que firmar?

— Aquí, pero, por favor, cuente antes el dinero.

— ¿Para qué? De todas formas quemaré ahora mismo estos billetes.

— Pero debe usted contarlos antes, camarada Fiódorov. No tiene por qué fiarse de mí.

— A usted le han confiado algo más valioso. Le han confiado un arma y la guardia de unos hombres. Veo que es usted un hombre honrado. ¿Para qué vamos a perder una hora o quizás más en contar papeles?

— Camarada Fiódorov —exclamó el contable; la irritación sonaba en su voz—, le comprendo, pero no puedo proceder de otro modo. Llevo treinta y dos años manejando dinero como cajero y contable...

Me encogí de hombros, suspiré y me puse a contar.

Invertimos en ello más de una hora. Naturalmente no faltaba ni un kopek. El cuadro que formábamos debía de ser bastante peregrino. A orillas de un río helado, en medio de unos matorrales cubiertos de nieve, dos hombres, sentados, estaban contando un fajo de billetes.

Después los quemamos y me calenté los dedos a la llama de esta original hoguera: se me habían helado contándolos.

Los camaradas que nos esperaban también estaban ateridos. Sobre todo Zubkó y Plevako. Inquietos por mi larga ausencia, se arrastraron sobre la helada tierra hacia el lugar donde nos habíamos ocultado.

— Como tardaba tanto en volver —explicó Plevako—, pensamos que... pero cuando le vimos contando dinero, nos tranquilizamos.

El contable le miró con asombro, sin comprender esa indiferencia ante el dinero. Al despedirnos, me estrechó fuertemente la mano.

— ¡Gracias, camarada Fiódorov! Ahora me sentiré con mayor libertad, combatiré mejor, no tendré tanto miedo a que me maten.

* * *

Nos hallábamos aún en el distrito de Ichnia cuando supimos que Popudrenko y sus hombres habían pasado del distrito de Koriukovka al de Jolmi. Por eso nos dirigimos a Reimentárovka, aldea situada en la linde de un gran bosque. Era indudable que en esta aldea había gente ligada con el destacamento regional. Sin embargo, por la experiencia anterior, comprendíamos que no era cosa tan fácil encontrar a los guerrilleros.

En el destacamento de Ichnia descansamos, nos mudamos de ropa y repusimos fuerzas. El tiempo era agradable: nevaba de vez en cuando y no hacía mucho frío; estábamos a mediados de noviembre. Era fácil caminar, los pies no se hundían en el barro. Observé

que los camaradas habíanse hecho más silenciosos. Todos teníamos en qué pensar.

Llevaba dos meses en el territorio ocupado por los alemanes. ¿Qué ocurría en el país, cuál sería el curso de la guerra?

Durante todo aquel tiempo había oído la radio sólo dos veces: en casa de Goloborodko y en el destacamento de Ichnia. La había escuchado con avidez, tratando de imaginarme por dos o tres partes del Buró Soviético de Información, y por las noticias fragmentarias llegadas a mis oídos, toda la marcha de la guerra. Se combatía en las inmediaciones de Moscú; sobre nuestra capital, el corazón de nuestra Patria, cerníase una grave amenaza. Y tal vez en ningún lugar eran acogidas estas noticias con tanto dolor, con tanto sufrimiento, como en las regiones ocupadas.

Los combatientes y jefes del Ejército Rojo, los obreros y dirigentes de la producción en nuestra retaguardia soviética, los koljosianos del territorio soviético libre tenían un trabajo concreto, claro, definido. En cambio nosotros, los combatientes y trabajadores de la clandestinidad, estábamos aún buscando el camino y las formas de organización, reuniendo fuerzas y armas.

¿Qué había visto y aprendido yo durante aquellos dos meses?

Había visto mucho, había tropezado con centenares de personas, había hablado con decenas de ellas.

Comencé a resumir y sintetizar mis impresiones; analizar las entrevistas, las conversaciones, las ideas; descubrir lo principal y lo característico. Sin ello, hubiera sido imposible encontrar la táctica debida en la lucha guerrillera y en la labor clandestina.

En mi memoria quedaron grabados los episodios ya descritos. Aunque entonces recordaba mucho más; las cosas eran más recientes y estaban más frescas. Pero los episodios principales fueron ésos precisamente.

Dicho sea de paso, no me puedo quejar de mi memoria. Sabe seleccionar los hechos y las observaciones más precisas y características.

Por ejemplo: poco antes de la ocupación de Chernígov por los alemanes, hice con un grupo de futuros guerrilleros un cursillo de minas y explosivos. En una de las clases se me inflamaron en el bolsillo, al golpearlas sin querer, unas cerillas. Me hice una quemadura bastante grande en una pierna, cosa que, como es natural, no pude olvidar. Pero al relatar los últimos días de mi estancia en Chernígov, este suceso se me olvidó.

Haciendo un esfuerzo mental, recuerdo que durante los primeros días de la ocupación alemana, cuando vagaba solo, tropecé con un caso de asesinato. Esto sucedió en la aldea de Vóronovka. Los dueños de la casa en que me albergaba estuvieron discutiendo acaloradamente toda la tarde y parte de la noche todos los detalles de lo ocurrido. Se trataba de un crimen pasional. Yo escuché con gran atención, pero ahora ni siquiera puedo decir con exactitud quién había asesinado a quién: si la mujer al marido o el marido a la mujer.

Sin embargo, otro episodio quedóseme grabado en la memoria con todos sus detalles. La cosa ocurrió en el caserío de Petróvskoie; una vez estaba yo sentado en la escalera de la terracilla, cuando se me acercaron dos mujeres, visiblemente excitadas.

— ¿Es usted miembro del Partido? —preguntó una de ellas.

Contesté negativamente. Ambas se miraron decepcionadas. Cuando quise saber de qué se trataba, me contaron de mala gana que discutían por un lechón. Pelagueia acusaba a Marusia de habérselo robado. Pero Marusia afirmaba que el hijo de Pelagueia había robado a su hermana aquel lechón recién nacido.

— Bueno, ¿y para qué necesitáis en ese pleito a un comunista? —pregunté perplejo a las mujeres.

— ¿Y a dónde vamos a ir ahora? No hay tribunales ni milicia. Tenemos un starosta y el policía de distrito. ¡Pero ésos qué van a ser jueces!...

El contable, del que he hablado ya, me entregó aquel dinero no porque yo le fuera simpático, sino porque en mí veía a un diputado, a una persona de confianza del pueblo.

Menciono el caso de las mujeres, no porque pueda ser más o menos pintoresco, sino porque caracteriza lo que para el pueblo significaban los comunistas.

Recuerdo otro episodio. Me lo contó Evdokia Fiódorovna Plevako, y más tarde lo oí referir a otras personas. Una koljosiana fué a aclarar la ropa al río en los días de la ofensiva enemiga. De pronto vió a un hombre que se estaba ahogando. La koljosiana lo sacó a la orilla y entonces se dió cuenta de que había salvado a un oficial alemán. Este se deshizo en frases de agradecimiento, pero la koljosiana, terriblemente disgustada, en cuanto el alemán dió media vuelta, lo golpeó con una piedra en la cabeza y lo tiró al río, empujándole con el pie para mayor seguridad.

Esto, naturalmente, pudo haber sucedido. Pero lo más importante es que lo contaron en diferentes lugares, convirtiéndose casi en una leyenda. Es significativo que el final de esta historia, donde quiera que la oyese, fuera el mismo: la koljosiana se incorporaba a los guerrilleros.

En Ucrania no había entonces ni estaciones de radio clandestinas ni prensa bolchevique. Los que trabajábamos en la ilegalidad conocíamos únicamente el espíritu del pueblo, su vida, por nuestras observaciones personales y por nuestro trato con la gente. Y a pesar de que estas observaciones eran limitadas, y a veces casuales, lográbamos captar lo esencial.

La mayoría aplastante del pueblo ucraniano odiaba a los alemanes. Los odiaban las mujeres y los hombres,

los adolescentes y los niños. Los odiaban los obreros y los koljosianos, los intelectuales y las amas de casa.

Los alemanes contaban con el apoyo de un insignificante puñado de envilecidos y cobardes. Trataban de instigar en los débiles y en los vacilantes los sentimientos más ruines: la codicia, la soberbia, la ignorancia, el antisemitismo, el nacionalismo, el servilismo, la deslealtad. Pero en nuestro país hay pocos aficionados a esto. Los alemanes no han comprendido en absoluto el carácter de nuestro pueblo.

Me he convencido en ejemplos prácticos de que el pueblo, en las dificilísimas condiciones de la ocupación enemiga, seguía considerando a los comunistas como a sus verdaderos dirigentes. Y allí donde eran activos los comunistas, era activa la población; allí donde los comunistas estaban organizados, la población también lo estaba.

He podido comprobar que la preparación oportuna para la actuación clandestina de los bolcheviques y del movimiento guerrillero ha dado indudables resultados positivos.

Los comunistas de la región de Chernígov actúan, la organización existe. Estoy rodeado de camaradas de trabajo, de miembros de la organización bolchevique. No es una casualidad que estemos aquí: cumplimos la voluntad del Partido, la voluntad del pueblo.

En aquellos momentos estaba persuadido de que contábamos con magníficas premisas para desplegar un potente movimiento guerrillero.

* * *

Vasia Zubkó interrumpió mis reflexiones. Me indicó un cruce de caminos a unos trescientos metros de nosotros.

— ¡Alexei Fiódorovich, mire, son nuestros! ¡Palabra de honor que son nuestros!

Atravesando el camino por donde íbamos, pasaban galopando unas diez personas a caballo; guerrilleros por todas las trazas: unos con capotes, otros con chaquetas guateadas y entre ellos, una mujer.

— ¡Mirad, mirad, la mujer lleva un sable y un automático! ¡Desde luego son guerrilleros! —gritó entusiasmado Vasia y llevándose los dedos a la boca lanzó un agudo silbido, echando a correr hacia adelante.

No cabía duda. También yo grité, pero comprendí en seguida que los guerrilleros no oirían nuestros gritos ni el silbido. Saqué la pistola y disparé tres veces al aire. Nadia también sacó del bolsillo de su chaqueta de cuero una browning y disparó; la repercusión hizo que el arma se le cayese de la mano: era la primera vez que disparaba.

Los jinetes oyeron los tiros, sin duda, pero no respondieron, ni ninguno de ellos se volvió hacia nosotros. Por lo visto no tenían tiempo que perder.

La cosa era fastidiosa, pero nada podíamos hacer. Seguimos andando. Este hecho nos dió tema de conversación. Me pareció reconocer que uno de los jinetes era Vasia Konoválov, artista del Teatro de Drama de Chernígov, y Nadia juraba que en aquel grupo iba Popudrenko.

Luego discutimos si habían obrado bien los guerrilleros no haciendo caso de los disparos.

— ¡Y menos mal que ha salido así la cosa! —refunfuñó Dneprovski—. Si hubieran hecho caso, no lo hubiésemos pasado muy bien. No dudarían que eran alemanes los que disparaban y no nos hubieran respondido con tiros al aire. ¡Menuda respuesta nos habrían dado!

Sí, no le faltaba razón. Sin embargo, era una lástima que no se hubiesen detenido. ¿No habrían salido a buscarnos?

A Reimentárovka llegamos tarde, ya anochecido. La aldea nos pareció sombría. El viento agitaba las copas

de los altos árboles, aullaba un perro y no se veía un alma por las calles. Al pasar por delante de una casa oímos una monótona voz de vieja rezando en voz alta. Golpeé en la ventana; la vieja calló. Volví a llamar con más fuerza. Se abrió un ventanuco y vi una mano que me tendía un trozo de pan.

— Toma —bisbiseó la viejita.

Tomé un gran cacho de pan y murmuré confuso:

— Déjanos pasar la noche dentro, abuelita.

— No es posible.

Seguimos andando. Había ya oscurecido por completo.

— Mire a la derecha —dijo Shúplik.

En la oscuridad brillaban unos puntos luminosos, como ojos de lobo.

— Es un grupo de mujiks que están fumando —adivinó Plevako.

Así era en efecto. Al lado de la caballeriza del koljós estaban unos ocho viejos sentados y fumando. Al ruido de nuestros pasos, callaron expectantes.

Entablamos conversación. Les preguntamos cuándo habían estado allí los alemanes, qué tal marchaban las cosas en la aldea. Nos respondían de un modo evasivo, aconsejándonos que fuéramos a ver al starosta. Uno de los viejos se levantó, lanzó una blasfemia y se fué; después oímos que aceleraba el paso y echaba a correr.

Todo esto no auguraba nada bueno. Sobre el bosque se alzó la luna. Yo sabía aproximadamente dónde se encontraba la casa de Naum Korobka, presidente del koljós "Primero de Mayo".

Korobka no estaba en casa y su mujer no quiso abrirnos. Entonces llamamos en la casa vecina. Pero estábamos tan cansados que nuestras voces sonaban inseguras y suplicantes.

El dueño de la casa salió a la puerta y con bastante grosería nos dijo que nos fuéramos.

— ¡Muchos sois los que andáis por aquí!

En aquel instante oyóse el rodar de un carro que se detuvo al lado de nosotros.

— Traen patatas —dijo el dueño sin dirigirse a nadie.

Del carro saltaron tres hombres. No tuve tiempo ni de mirarlos; en un segundo nos vimos rodeados y uno de ellos ordenó:

— ¡Manos arriba!

Mas inmediatamente, casi sin intervalo, gritó:

— ¡Camarada Fiódorov! Muchachos, ¡ha llegado Fiódorov, Alexei Fiódorov!

En el acto comenzaron los abrazos. El primero que se las ingenió para abrazarme y besarme fué el dueño de la casa. Resultó que la casa era un punto de enlace de los guerrilleros.

Venían en el carro desde el destacamento el artista Vasili Jmuri, Vasili Sudak y Vasili Masur: tres Vasilis. Aquí, en Reimentárovka, las koljosianas hacían pan para el destacamento regional; el carro venía a buscarlo.

— Ya está, ya está cocido vuestro pan —dije enseñando a Jmuri el trozo de pan aún tibio que me había dado la viejecita.

No estaba equivocado; la viejecita, en efecto, cocía pan para los guerrilleros. Toda la aldea era nuestra. Los alemanes ni se atrevían a asomar por allí.

Los guerrilleros trataron de convencernos de que marcháramos en el acto para el destacamento; estaba a unos quince kilómetros de la aldea. Pero nosotros preferíamos dormir primero.

Al día siguiente, antes de que amaneciese, subimos al carro y, lentamente, seguimos a través del bosque.

* * *

El carro estaba lleno de aromáticos y altos panes de trigo, cubiertos con una lona. En los bordes íbamos sentadas unas diez personas. Un caballo pequeño y peludo

tiraba del carro por el estrecho sendero forestal, sin apresurarse y moviendo continuamente las orejas, como escuchando lo que decíamos. Hablábamos sin cesar, reíamos alegremente y con frecuencia, despertando con nuestras voces a los pájaros. Las chovas alzaban el vuelo, graznando malhumoradas, insultando seguramente a aquella gente bulliciosa que turbaba la calma del bosque.

Por entre los árboles y de los matorrales salían hombres de gesto grave con el automático apercibido, pero al saber quiénes íbamos en el carro corrían para estrecharnos las manos y se esforzaban por contarnos algo. También ellos eran de Chernígov.

— ¿Recuerda usted, camarada Fiódorov, cuando nos despidió en el teatro, antes de que saliéramos para el bosque?

— Lo recuerdo, naturalmente.

— Uno le preguntó entonces qué hacer con la úlcera de estómago. Usted le contestó: "Deje la úlcera aquí, y vaya a combatir". Aquél era yo —me cuenta el centinela de la avanzada—. Y, en efecto, aquí me tiene usted combatiendo sin acordarme de la úlcera.

En el puesto siguiente, otro centinela me preguntó:

— ¿Va a estar mucho tiempo con nosotros, camarada Fiódorov?

— ¡Hasta la victoria!

— Soy el carpintero de la fábrica de instrumentos musicales, ¿recuerda?

— Recuerdo.

Amanecía cuando el carro se detuvo en un prado junto a un auto de turismo. Bajo las tupidas ramas de los abetos, los techos de las chabolas formaban una especie de pequeños cerros. Al lado de una de ellas distinguí a un hombre gordezuelo y bajito muy atareado con un cajón. El hombre levantó el rostro y nos miró fijamente.

— ¡Kapránov! —grité—. ¡Vasili Lógvinovich! ¿No quieres reconocer a tu gente?

Como una bola se precipitó rodando hacia nosotros, todo sofocado por la emoción.

— ¿Por qué no nos habéis prevenido, demonios? Hubiera preparado el samovar, algo de comer... Estamos como en casa, acostumbrados ya... En aquella chabola duermen Popudrenko y el comisario. Despertadles, despertadles...

Inclinamos la cabeza y entramos en la chabola.

— ¡Dormís demasiado, demasiado!

Popudrenko tardó un buen rato en reconocernos. Luego, de la emoción se le saltaron las lágrimas. Nos abrazamos, naturalmente. Y después se levantaron todos. No hacían más que mirarnos, comentaban nuestro atavío, nuestras barbas, nos daban palmadas en la espalda, nos abrazaban, nos apretujaban. Luego nos hicieron sentar ante una mesa enorme. Y alrededor se congregaron todos los de Chernígov, los de la ciudad: rostros conocidos, sonrisas amistosas...

Humea un gran perol. Todos tienden las manos hacia él y sacan unas patatas. Vasili Lógvinovich llena de aguardiente los jarros.

— Diga algo, Alexei Fiódorovich.

Yo estaba muy emocionado.

— Pues bien, camaradas —dije alzando el jarrito metálico—. Estamos vivos y eso está muy bien. Vosotros no me habéis engañado ni me habéis hecho traición, ni yo tampoco a vosotros. Habíamos convenido en encontrarnos en el bosque y aquí estamos. Me dijeron, cuando andaba buscándoos, que el destacamento se había disuelto. No lo creí. También a vosotros seguramente os habrán contado de mí muchas tonterías. Pero en estos dos meses nos hemos desarrollado, hemos aprendido un poco, y los alemanes y demás canalla no nos engañarán fácilmente. Vosotros habéis aprendido

aquí, yo en el camino que me traía hacia vosotros. Y ahora vamos a luchar como es debido. ¡A luchar en contacto con los demás destacamentos, con todo el pueblo ucraniano, con el Ejército Rojo, bajo la suprema y sabia dirección del camarada Stalin!

La chabola estaba abarrotada, y alrededor, en el prado, también había gente; todos los que podían, habíanse reunido allí. Popudrenko y yo abandonamos la chabola. Espontáneamente se organizó un mitin.

FIN DEL PRIMER LIBRO

Jersón
Enero-agosto 1946

INDICE

PALABRAS DEL AUTOR 9

Capítulo primero
BOMBAS SOBRE CHERNIGOV . . . 11

Capítulo segundo
DIAS DIFICILES 41

Capítulo tercero
EL COMITE REGIONAL ACTUA . . 138